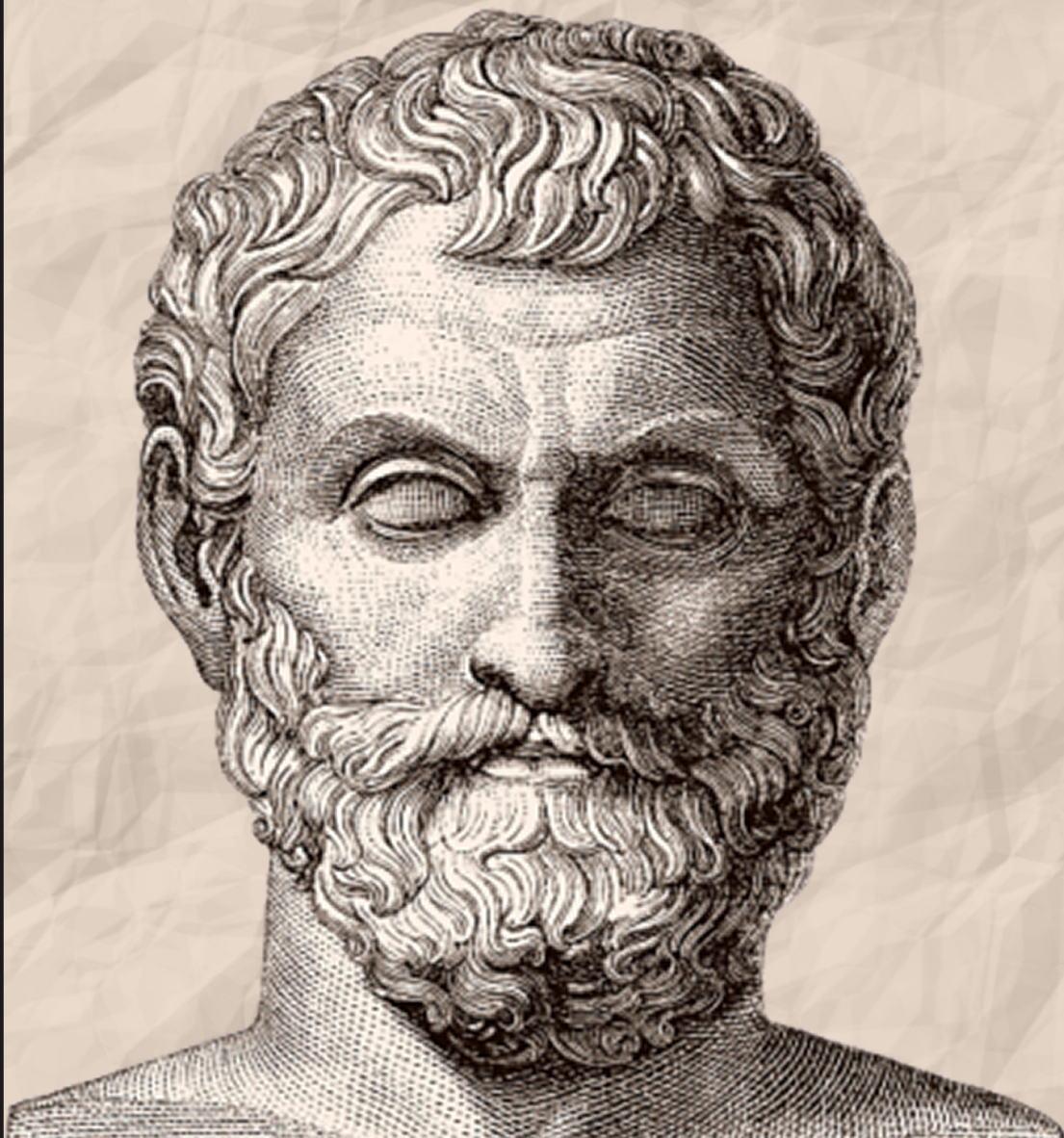




Sello Editorial
UNIVERSIDAD
DEL ATLÁNTICO

PROLEGÓMENOS A LA FILOSOFÍA

-LECCIONES PARA ACUSMÁTICOS-



JOSÉ GABRIEL COLEY

ISBN: 978-958-5131-68-2

Prolegómenos a la Filosofía: Lecciones para acusmáticos.
© José Gabriel Coley.
Editorial: Universidad del Atlántico
Aprobación: Agosto 2020

José Gabriel Coley
Grupo de Investigaciones Cronotopías
Universidad del Atlántico

**PROLEGÓMENOS A LA FILOSOFÍA:
Lecciones para acusmáticos**



Catalogación en la publicación. Universidad del Atlántico.
Departamento de Bibliotecas

Coley Pérez, José Gabriel.

Prolegómenos a la filosofía: lecciones para acúsmaticos /
José Gabriel Coley Pérez, Juan David De la Hoz Hernández
(editor literario). – 1 edición. – Puerto Colombia, Colombia:
Sello Editorial Universidad del Atlántico, 2020.

213 páginas. 17x24 centímetros.
Incluye bibliografía

ISBN 978-958-5131-68-2 (Tapa Blanda)

1. Metafísica 2. Filosofía de la ciencia I. Autor. II. Título.

CDD 100 C695

Depósito legal según el Decreto 460 de 1995. El sello editorial de la Universidad del Atlántico se adhiere a la filosofía de acceso abierto y permite libremente, la consulta, descarga, reproducción o enlace para uso de sus contenidos, bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>



© Editorial Universidad del Atlántico.

Km 7 Antigua vía Puerto Colombia.

<https://editorial.uniatlantico.edu.co/revistas/>

publicaciones@mail.uniatlantico.edu.co

Barranquilla - Colombia

Agosto 2020

Hecho en Barranquilla - Colombia

Portada: Busto atribuido a Thales de Mileto considerado como el primer filósofo griego.

DEDICATORIA

A MI QUERIDO GLAUCÓN.

PROLEGÓMENOS A LA FILOSOFÍA

Es la última obra filosófica del profesor José Gabriel Coley Pérez. Es ella, un ejercicio preliminar que muestra lo que hay que hacer para llevar a cabo una argumentación filosófica a fondo, como lo hizo el profesor Immanuel Kant Reuter con sus prolegómenos a toda Metafísica del Porvenir.

El profesor Coley hace una cadena de oro de todo su trabajo académico durante 40 semestres en el trajinar filosófico. Es la puesta en escena filosófica, de todas sus cogitaciones a sus estudiantes. En ellas se pregunta por los orígenes, enseñanza y desarrollo de ese hilo áureo de la filosofía. Desde el paso del *Mytos* al *Logos*, interrogando a los presocráticos sobre sus primeros principios; la disertación sobre la Mayéutica Socrática, la Justicia, la Episteme en Platón, la Política y la Ética en Aristóteles; pasando por el esfuerzo académico que tuvo que hacer el esclavo en el libro séptimo de la República de Platón, con el único interés de salir de su ignorancia o *Apaideusia* y llegar triunfador a la *Paideía*.

El profesor pone en práctica en esta investigación, la reflexión Hegeliana que dice: es necesario hacer el esfuerzo del concepto con el único fin de sacar al estudiante de su ignorancia. Porque en el texto de Platón citado es donde se inicia la Metafísica de Occidente, y estos Prolegómenos a la **Filosofía** así lo demuestran.

Numas Armando Gil

Director Grupo de Investigaciones Cronotopías.
Universidad del Atlántico

CONTENIDO

DEDICATORIA.....	9
PRESENTACIÓN.....	19
PRÓLOGO.....	23
INTRODUCCIÓN.....	29
PARTE I.....	35
HACIA UN ESQUEMA SOBRE EL TRASEGAR DE LA IDEA DE MATERIA.....	35
Sobre pinos y pianos.....	37
Piedras, palos y progreso se escriben con P.....	38
Amor, odio y una teoría de siglos.....	41
Aproximándonos al sentido de la materia.....	43
EL HOMBRE COMO SER BIO-SOCIO-PSICO-CULTURAL.....	47
La evolución de la vida.....	49
El Homo Sapiens.....	51
El hombre se toma el planeta.....	54
LA APARICIÓN DEL MITO.....	57
Premisas semiológicas sobre el mito.....	58
El contenido vital del mito.....	60
Algunas autoridades hablan sobre el mito.....	62

EL MITO ENTRE LOS GRIEGOS	64
Los dioses y los hombres	65
Vigencia de los dioses.....	67
La deificación antropomórfica	69
LAS ENSEÑANZAS DE LOS PRIMEROS GRIEGOS	
CONTADAS OTRA VEZ	71
Todo nace en Oriente.....	73
Los jonios: los primeros filósofos.....	75
Los eleatas.....	77
El problema del conocimiento	78
Pitágoras y los números.....	79
Filosofía, literatura y matemáticas	81
ALGUNAS CONSIDERACIONES HISTÓRICAS SOBRE	
LA APARICIÓN DE LAS ESCUELAS PRESOCRÁTICAS	
Y SUS IDEALES FILOSÓFICOS	83
Thales de Mileto: Logos, el Agua	87
Anaximandro de Mileto: Logos, el Ápeiron.....	89
Anaxímenes de Mileto: Logos, el Aire	90
Pitágoras de Samos: Logos, el Número.....	90
Heráclito de Éfeso: Logos, el Cambio.....	91
Parménides de Elea: Logos, el Ser es	93
Empédocles de Agrigento: Logos, los Cuatro	
Elementos	94
Anaxágoras de Clazómenas: Logos, Homeomerías,	
Nous.....	95
Demócrito de Abdera: Logos, los Átomos.....	97
LA ELABORACIÓN DEL CONCEPTO “LOGOS”	98
Heráclito, Anaxágoras, Pitágoras y Parménides	98
Heráclito de Éfeso	99
Anaxágoras de Clazómenas	102
Pitágoras de Samos	105
Parménides de Elea.....	110
EL LOGOS: RAZÓN E INTELIGENCIA	116
Lógoc.....	119
Noûs.....	120

COLOFÓN. MITO Y TRAGEDIA ENTRE LOS	
AMERINDIOS	125
Proemio.....	125
Los dioses solares	127
La cultura del maíz	128
El destino y el número 4	130
El incesto y otros mitos	131
La tragedia del 12 de octubre	133
PARTE II	135
¿QUÉ ES, POR QUÉ Y PARA QUÉ LA FILOSOFÍA?	
UN INTENTO DESDE LOS CLÁSICOS	135
El qué hacer filosófico.....	136
El por qué.....	138
Pero continuemos con los clásicos	140
Brochazos gordos sobre la filosofía en la modernidad	143
ESQUEMA ARBITRARIO SOBRE LAS PRINCIPALES	
PARTES DE LA FILOSOFÍA	148
LA FILOSOFÍA EN BARRANQUILLA	149
Barranquilla, caso especial.....	150
La República Liberal.....	152
La Normalidad Filosófica	153
Grupos de Investigación Filosóficos	155
Posgrados y “Polémica Filosófica”	158
Foros y Conversatorios	159
Temporis Partus.....	161
NUESTRO PROGRAMA DE FILOSOFÍA	166
Breves antecedentes.....	166
Un marxista entre dominicos.....	167
Viacrucis de un Programa.....	169
Habemus Programa.....	171
MAPA FILOSÓFICO MUNDIAL	174
CARTA DE UN PROFESOR DE FILOSOFÍA	176
ANEXOS	180
BIBLIOGRAFÍA	211

FIGURAS

Figura No 1. Principales partes de la filosofía.....	148
Figura No 2. Mapa Filosófico Mundial.....	174
Figura No 3. Escudo de la Asociación Filosófica Del Caribe Colombiano.....	175

PRESENTACIÓN

He aquí un testimonio de 20 años de actividades académicas de esta, nuestra empresa de la razón. El 21 de julio de 1997, el profesor Eduardo Bermúdez Barrera echó a andar el Programa de Filosofía del Alma máter a las 7: a.m., con la primera clase sobre Teoría del Conocimiento.

Este texto está constituido esencialmente por la sistematización de materiales de clases, utilizados durante el ejercicio de 40 cursos en la asignatura “Introducción a la Filosofía”, que he impartido ininterrumpidamente en todos los primeros semestres que han desfilado por nuestra universidad.

Se recogen, pues, una serie de conferencias e investigaciones que como docente he estado implementado en diferentes momentos y escenarios de este trayecto educativo, que felizmente allega a dos décadas de existencia. Por ello se va a encontrar repeticiones puntuales en algunos acápites, las cuales no fueron obviadas para ser históricamente fiel a los originales; éstas, más bien, deberán tomarse como reiteraciones de ideas, pues los cuerpos textuales aquí reunidos tienen cada cual su propia unidad orgánica e independencia, aunque exista secuencia y engarce entre ellos como se verá.

He sido profesor en V, VII y VIII tanto tiempo como en el I Semestre, pero mi dedicación pedagógica fue mayor con los primíparos. Los de arriba ya estaban (y están) enrumbados y dependían (y dependen) de ellos mismos. Los “menores de edad”, y muchos lo son cronológicamente hablando, siguen siendo mi objetivo fundamental para removerles lo “establecido” en sus mentes, violentarlos y desafiarlos en la búsqueda de la razón. Por ello, esta obra está dedicada a los que Pitágoras llamaba “Acusmáticos” (principiantes) y no a los que también él denominaba “Matemáticos” (iniciados).

Sin embargo, me he cuidado de que esta obra no sea solo para ‘bebés’. Por el contrario, es tan madura que muchos estudiantes de VIII Semestre, de trabajo de grado o egresados, debieran leerla para refrescar sus irreversibles vocaciones filosóficas, renovando así la fuerza del pensar. Entonces sería cómo casarse en segundas nupcias con “Sophya”...

Inicialmente, el título que había elegido para el libro era “Mi querido Glaucón”, en homenaje a ese estupendo diálogo — entre un maestro y su discípulo— que presenta Platón en la República (VII) a modo de alegoría, para indicarnos cómo salir de la caverna hasta la contemplación de las ideas puras a la luz del sol. Porque ese es, en últimas, el mensaje que pretendo dejar a los lectores sobre los orígenes de la Filosofía, o el paso del mito al logos entre los griegos, especialmente entre los presocráticos, que son los inventores de la Filosofía en Occidente. O los sintetizadores de las ideas dispersas de las culturas milenarias de Oriente, que ellos magistralmente lograron cristalizar en Anatolia en el siglo VI A. de N.E. y que alcanzó su madurez en Atenas tiempo después.

Pero, definitivamente, resolví titularlo **PROLEGÓMENOS A LA FILOSOFÍA** porque no pretende ser sino eso: una introducción, invitación o incitación a esta disciplina; nunca un compendio acabado, suma o manual. Acaso una tentación, excitación o motivación a usar la razón, que a veces se comporta como si tuviera mal carácter y nos ofuscamos. Esto es, no sabemos aplicarla correctamente. En fin, es una

compilación de lecciones para primíparos.

En la Segunda Parte paso a aproximarme, pero ahora basado en los clásicos (Sócrates-Platón-Aristóteles) al concepto de Filosofía, para luego mirarla un poco desde la modernidad a través de varias de sus figuras cimeras que intentan definirla. Posteriormente, no podía faltar, incorporé un escrito sobre el desarrollo de las ideas filosóficas en Barranquilla, resaltando —a partir de mis experiencias personales— la fundación, importancia y presencia de nuestro Programa de Filosofía a lo largo de su existencia académica. Es decir, es un ejercicio de filosofía no es abstracto, sino situado, pues trata de temas indispensables que todo estudiante de entrada debe saber.

Como anexos escogí cuatro lecturas breves pero claves, que convidan a seguir, insistir y persistir con seriedad en los senderos ascendentes de esta disciplina racional, pero dejándonos todos llevar solo de la mano de los clásicos, los cuales deben ser los únicos preceptores para aprender a filosofar por nosotros mismos. “No se aprende Filosofía, se aprende a filosofar”, la cual únicamente termina con la muerte.

Considero que este texto es básico para cualquier pregrado en filosofía, o para cualquier estudiante, estudioso o lego en esta actividad de la razón. Las particularidades que se señalan al final de la segunda parte, serían lo único específico para Barranquilla y la Universidad del Atlántico, pero estas bien se pueden desarrollar de acuerdo a las condiciones e historia de cada Universidad y su entorno.

El autor

Homenaje al Vigésimo Aniversario del Programa de Filosofía
Barranquilla - Colombia.

PRÓLOGO

Para los primeros días de un fresco diciembre de 1980, visité al profesor José Gabriel Coley Pérez en la antigua sede de la Universidad del Atlántico. El motivo fue organizar un evento académico conmemorativo de los 25 años de la muerte del filósofo y abogado barranquillero Luis Eduardo Nieto Arteta, que se cumplirían en abril de 1981. Un común amigo nos había contactado para tal efecto, el cual llevamos a cabo exitosamente.

El profesor Coley Pérez dirigía el Taller Filosófico “Thales de Mileto”, que convocaba a un grupo de estudiantes y docentes, cultores de la filosofía, de esa Institución de Educación Superior, entre los que recuerdo a Moisés Varticovsky y Jean Henry. De nuestra parte, habíamos fundado el Centro de Filosofía de Barranquilla, junto a otras personas vinculadas al Programa de Filosofía de la Universidad Metropolitana, como Julio Núñez Madachi, Mónica Gontovnik, Piedad Sánchez, Diego Marín.

En ese entonces, tenía referencias del liderazgo estudiantil de Coley, como se le conoce a secas en los ámbitos académicos de la Ciudad. Estaban aún cercanos los intensos años de las luchas universitarias de los setenta, donde se había destacado como líder y excelente orador. Hoy podemos afirmar, sin lugar a dudas, que la dirigencia estudiantil de Coley, como

hombre de visión y acción educativa, gradualmente se fue redireccionando hacia el ámbito académico-administrativo, donde contribuyó significativamente a la organización del X Foro Nacional de Filosofía, realizado en Barranquilla en 1990; la fundación del Instituto de Filosofía “Julio Enrique Blanco”, en 1991; los Conversatorios Filosóficos, en 1991; la Facultad de Ciencias Humanas, en 1994; y el Programa de Filosofía de la Universidad del Atlántico. En 2017, celebramos los primeros 20 años del Programa y este libro es fruto de ello.

PROLEGÓMENOS A LA FILOSOFÍA es producto de la cátedra. Es una cordial invitación a ingresar en el mágico mundo de Sophya. Es, también, el resultado de un incesante preguntar y preguntarse por el sentido de la vida. Es una invitación a la reflexión filosófica propia y situada.

En su primera parte, el autor nos conduce desde sus meditaciones sobre la religión en general, hasta la concepción del pecado cristiano en particular. Luego, continúa con sus cavilaciones sobre esa abstracta y paradójica idea de la materia, para ir llevando al lector desde las aporías de lo infinitamente divisible y el inverosímil átomo de Leucipo hasta el atomismo de la química moderna, con la Tabla Periódica de Mendeléiev y la Ley de la Conservación de la Materia de Lavoisier.

En su afán didáctico, por seguir invitando a la juventud a filosofar, el profesor Coley actualiza sus conceptos sobre la materia viva, la evolución biológica y la Cultura. Hace acopio del saber desarrollado en los años 90 por Wilderson Archbold, y hoy retomado por nuestro joven egresado y actual profesor Oscar Caicedo, recién doctorado en filosofía de la universidad de Salamanca. Nos explica, Coley Pérez, su visión del Homo sapiens cuatridimensional: Bio-Socio-Psico-Cultural. La escena está preparada así, para exponer el origen del filosofar a partir de los mitos. El énfasis en los antiguos griegos no impide al autor finalizar esta primera parte con el mito y la tragedia en los pueblos Amerindios, lo

cual es, a nuestro juicio, uno de los aportes más destacados del libro.

La segunda parte comienza con la triple y ambiciosa pregunta: ¿qué es, por qué y para qué la filosofía? Dado que la filosofía es el preguntarse lo mismo, es irrelevante si queda o no respondida la triple y ambiciosa pregunta con esta obra. Lo que sí vale anotar es la voluntad de Coley para contribuir a crear espacios académicos especializados en el área filosófica en el Alma máter del Caribe colombiano, y más allá.

El recuento de esta actividad está resumido aquí, con respuestas concretas a las preguntas de cómo ha sido posible un pensamiento filosófico en Barranquilla y de cómo fue creado el Programa de Filosofía en la Universidad del Atlántico. Sus resultados, hoy día se pueden mostrar con orgullo encarnados en las nuevas generaciones que se han formado y se siguen formando en nuestras aulas, y que ya, sin falsas modestias, se han integrado al panorama mundial, como puede verse en el mapa filosófico adjunto al acápite que se refiere al Programa de Filosofía en este texto que definitivamente no me puedo sustraer a encomendar.

Eduardo Bermúdez Barrera, PhD

Profesor de la Facultad de Ciencias Humanas
Universidad del Atlántico, Barranquilla, Colombia

“LA CLARIDAD ES LA CORTESÍA DEL FILÓSOFO”

INTRODUCCIÓN

*Pecar por conocer
Primer paso para salir de la minoría de edad*

Para realizar esta nota de introducción consulté una serie de textos y tuve en mi escritorio la Biblia, Platón, Agustín, Kant, Feuerbach, Marx, Engels, Nietzsche, Kaustky, Hainchelin, Sartre, Reich y otros. Sin embargo, luego de consultarlos a saltos y zancadas, como diría Montaigne, sacar apuntes y glosas, resolví no teorizar nada basado en las fuentes señaladas, sino inferir ideas y escribir de corrido estas sintéticas cuartillas para que sirvan como inicios a este libro, por lo que solo citaré lo que sea absolutamente necesario. He aquí el resultado:

Algunos autores sostienen que nuestra especie no debe llamarse Homo Sapiens sino Homo Religiosus porque, desde que apareció en el planeta, la religión ha sido su distintivo. En efecto, a pesar de que la religión todo y nada explica, ha ayudado a vivir, indispensablemente, a los seres humanos más elementales.

La palabra religión proviene del latín re-ligare, esto es, re-ligar, re-unir, a los hombres con Dios, después que estos rompieron el pacto con Él por sus desobediencias, intrepideces y pecados. Es decir, la religión es la segunda

oportunidad de salvación para volver al paraíso perdido y vivir la verdadera vida en el cielo, sin sufrimientos, sin muerte, a condición de que cumplan en la tierra las leyes divinas, las cuales coinciden en esencia en todas las religiones. Pues, a pesar de los diferentes matices que existen entre cada una, no son más que la sublimación de las normas de conducta que deben observar los individuos para que una sociedad determinada sobreviva. Por eso, históricamente, los Estados —hasta los modernos e incluso los socialistas— en última instancia son teocráticos, porque Dios es la fuente absoluta de toda autoridad, de todo poder y, por supuesto, de todas las leyes.

Como afirmara Kautsky (1980): “Todas las religiones, con sus dioses y sus semidioses y sus profetas y sus mesías y sus santos, han sido creadas por la fantasía crédula de los hombres, que no habían llegado aún al pleno desenvolvimiento y a la plena posesión de sus facultades intelectuales. En consecuencia, el cielo religioso no es otra cosa que un milagro donde el hombre, exaltado por la ignorancia y la fe, vuelve a encontrar su propia imagen, pero agrandada y trastocada, esto es, divinizada”.

La historia de las religiones (que comenzó con la mitología), la del nacimiento, la grandeza y la decadencia de los dioses que se sucedieron en la creencia humana, no es nada más que el desenvolvimiento de la inteligencia y de la conciencia colectiva de los hombres. A medida que en su marcha progresiva descubrían —fuera en sí mismos o fuera en la naturaleza exterior— una fuerza, una cualidad o un gran defecto cualquiera, lo atribuían a sus dioses, después de haberlos exagerado y ampliado desmesuradamente, como lo hacen de ordinario los niños por un acto de fantasía producto de su inocencia o ignorancia. Gracias a esa modestia y a esa piadosa generosidad de los hombres creyentes y crédulos, el cielo se ha enriquecido con los despojos de la tierra y, por una consecuencia necesaria, cuanto más rico se volvía éste, más miserable se volvía la tierra, afirma Kautsky (1980).

Una vez instalada la divinidad, fue proclamada como suprema causa de causas incausada, el árbitro y el dispensador absoluto de todas las cosas: el mundo fue ya nada, la divinidad lo fue todo; y el hombre, su verdadero creador, después de haberla sacado de la nada sin darse cuenta, se arrodilló ante ella, la adoró y se proclamó su criatura y su esclavo.

El cristianismo es precisamente la religión por excelencia, porque expone y manifiesta, la plenitud, la naturaleza, la propia esencia de todo sistema religioso que es el empobrecimiento de la humanidad, el sometimiento y el apocamiento de los hombres en beneficio de la divinidad. El cristianismo, además, representa un sistema sincrético de Occidente ya que reúne creencias, mitos y tradiciones de diferentes religiones del mundo, las cuales las ha incorporado a su ser, incluyendo hasta concepciones paganas.

Y continúa Kautsky (1980):

“Para el cristianismo, siendo Dios todo el mundo real, el hombre no es nada. Siendo Dios la verdad, la justicia, el bien, lo bello, la potencia y la vida, el hombre es la mentira, la iniquidad, el mal, la fealdad, la impotencia y la muerte. Siendo Dios el amo, el hombre es el esclavo”.

Los cristianos dicen que en la Biblia está todo, hasta la salvación, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. A propósito, quiero puntualizar lo siguiente:

Todos los libros sagrados de todas las culturas nos cuentan sobre cómo el hombre perdió el paraíso, pero no cómo recuperarlo aquí y ahora, terrenalmente, sino de manera celestial y después de la muerte.

Según la Biblia judeo-cristiana (1986) predominante en Occidente, Adán y Eva fueron expulsados del paraíso por culpa del pecado original (Génesis) que se transmitirá por herencia hasta el juicio final (Apocalipsis).

En ese paraíso lleno de árboles frutales, Eva y Adán, —en estado de inocencia total (o sea ausencia de conocimiento, luego ignorancia) — son tentados por una serpiente que “era el más astuto de todos los animales que Yahvé Dios había hecho”, quien impulsa a Eva y luego a Adán, a comer del fruto del árbol prohibido explicando: “De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe bien que el día en que comeréis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y el mal... y como viese la mujer que el árbol era bueno para comer y apetecible a la vista y excelente para lograr sabiduría, tomó su fruto y comió”.

¡El pecado estaba consumado!

Al respecto pregunta el filósofo Wilhelm Reich (1982): “Si el árbol es un árbol del conocimiento, para conocer las diferencias entre el bien y el mal, ¿Qué hay de malo en comer de sus frutos? Y, si los comes, ciertamente podrás seguir mejor y no peor los caminos de Dios (...)

“A través de todas las edades, el hombre se ve perseguido por la necesidad de conocer a Dios, de seguir los caminos de Dios, de vivir el amor de Dios y la vida de Dios; y cuando comienza a hacerlo se le castiga, se le expulsa del paraíso y se le condena a la miseria eterna...”

Una vez se consumó el “pecado”, continúa la Biblia (1980): “Entonces se les abrieron a ambos los ojos, y se dieron cuenta que estaban desnudos; y consiguieron hojas de higuera y se hicieron unos ceñidores”.

Es decir, el comer del fruto del árbol prohibido significa, además, que se conocieron genitualmente y luego se avergonzaron. Pecaron por conocer y por eso fueron expulsados de Edén. La más hermosa serpiente de Dios, creada por Él mismo, símbolo de la vida y del órgano sexual masculino, los había seducido. Salieron del paraíso por amor, no para morir sino para perpetuarse, a través de sus sexos, pero sobre todo por conocer; no solo al sexo sino al mundo;

para entenderlo, someterlo y construir su propio paraíso, sin la ayuda de ese Dios egoísta y castigador sino a través de su propia razón. Esto es, con el “sudor de su frente”, luego cabeza, luego cerebro, luego pensamiento. Deseo recordar de paso que la fascinación del hombre por la serpiente se manifiesta en Esculapio, Shiva, los dragones chinos, los amerindios, Cleopatra, etc., que no solo en la Biblia hebrea. Es universal.

No obstante, el paraíso —utopía prefigurada o no— se ha ido construyendo a pesar de todas las religiones, a través de miles y miles de generaciones, con base en el conocimiento, el entendimiento y la utilización del mundo para el bienestar ascendente de la humanidad como un todo unitario. La verdadera salvación de nuestra especie es el conocimiento para la acción y superación. Así surgió la ciencia y la tecnología que le han permitido al hombre ser ilustrado y servirse de su propia razón, como diría Kant, alcanzando la “mayoría de edad” para no regresar jamás al fondo de la caverna de Platón y poder ver la luz perpetua sin depender de ningún Dios y, sobre todo, sin prohibiciones. Todo está servido. ¡Salud! Y recuerden: Pecar por conocer no es pecar. Al contrario, os hará libres...

PARTE I

HACIA UN ESQUEMA SOBRE EL TRASEGAR DE LA IDEA DE MATERIA

Nota: Este primer acápite es una generalización de ideas sobre lo que llamamos “materia” y que hoy la ciencia afirma. El autor no ha hecho más que racionalizarlas para difundirlas pedagógicamente entre los estudiantes. Se busca ir abriendo horizontes a los muchachos (y al lector en general) para una comprensión del mundo diferente. Pero como el hombre forma parte del mundo, en el segundo acápite se complementa lo expuesto en el primero y se entra un poco en el origen y evolución de la vida hasta aparición de nuestra especie Homo Sapiens y con ella el pensamiento y la búsqueda de la explicación al misterio de la existencia a través del mito y la Filosofía. Son únicamente esquemas, pero indispensables para el que se inicia. Solo entonces se entrará al tema central del libro, si es que ya de por sí no lo habré hecho.

Hace aproximadamente dos millones de años, un precursor del hombre encontró una piedra del tamaño de la mano a la cual la erosión había accidentalmente proporcionado un borde agudo; al manejar aquel objeto extraño lo encontró útil, tanto para tallar una rama como para luchar contra el enemigo.

Consultando un poco a la historia de la ciencia me topé con el siguiente e interesante comentario que vale la pena reproducir: “En 1962 los físicos del sincrotrón rompe-átomos de 33 millones de electrón voltios dispararon partículas a

través de una plancha blindada de 12 metros de espesor y descubrieron la existencia de dos diferentes variedades de neutrino, misteriosa y evasiva partícula, lo más cercano a la nada que algo pueda ser y tan penetrante que puede atravesar 160 billones de kilómetros de plomo como una bala atraviesa una nube”.

Aunque lejanos en el tiempo y en la inteligencia, el hombre primitivo con su piedra y el hombre moderno con su sincrotrón, se ocupaban de la misma empresa: la investigación de la materia. Diferían solo en su intención: el primero trataba de utilizar la materia, su civilizado sucesor trataba de comprenderla. Pero hasta él mismo también es materia, materia viviente, pensante y autoconsciente.

El estudio de la materia ha enseñado al hombre a guisar, vestirse, hacer vivienda, fabricar instrumentos, desbrozar la maleza, cultivar, construir ciudades, surcar los mares, tomarse el planeta, llegar al espacio. Le ha dado los medios de destruirse en guerras termonucleares, o bien la esperanza de eliminar algún día a su peor maldición, la pobreza.

Pero, a pesar de todo lo que se sabe sobre la materia, los errores persisten partiendo de sus fundamentales enigmas. Cuando más se indaga, mayor complejidad. Se ha comprobado por ejemplo que nada, ni siquiera el más duro diamante, es realmente compacto y que el átomo es casi todo espacio vacío.

¿Qué es en realidad la materia? Lo que ocupa espacio, dice el diccionario; aquello que constituye la sustancia del universo físico... La tierra, los mares, la brisa, el sol, todo lo que el hombre contemple, toca o siente es materia. La palabra misma deriva del latín mater, madre. La materia es tan dura como el acero, tan adaptable como el agua, tan uniforme como el aire; cada uno de esos estados sólido, líquido y gaseoso puede pasar uno a los otros a diferentes temperaturas. Pero cualquiera que sea su forma a nivel de elementos, la materia está compuesta por las mismas entidades básicas: los átomos.

La pequeñez del átomo embota la imaginación. Los físicos modernos han calculado que su diámetro es de “una dos cien millonésimas de centímetro; se necesitarían más de dos millones de átomos tocándose de canto para igualar el grueso de una página. En el interior del átomo está su núcleo central de un diámetro del orden de las cien milésimas del átomo, pero que contiene el 99.9% de la totalidad de la masa, toda su sustancia. En el interior del núcleo se encuentran dos de las tres clases de bloques de construcción del átomo, el protón y el neutrón. Fuera del núcleo está la tercera clase, el electrón. Giran como los planetas alrededor del sol, son una especie de apéndice, pero son los que dan al átomo su personalidad básica”.

Sobre pinos y pianos

Todos los átomos tienen la misma estructura. Los protones, neutrones y electrones de un átomo son idénticos a los de cualquier otro, tanto si el átomo habita un pino como si forma parte de un piano. Los átomos de un elemento difieren de los de otro solo por el número de sus protones y electrones; es esta diferencia de número la que hace que un elemento sea lo que es. Si, los números, ioh, Pitágoras!

A pesar de todo lo que el hombre ha descubierto de la materia, prosiguen sus esfuerzos. En esencia, se trata de un viaje de exploración a través de los canales de la física y la química a las regiones aún desconocidas de la materia. Pero, por muy interesantes que sean estos aspectos de la investigación de la materia, el objetivo principal de los científicos permanece invariable: están aún buscando la respuesta fundamental a lo que es la materia, qué es lo que hace que las partículas elementales del átomo, electrón, protón y neutrón adopten sus formas y se comporten como lo hacen. En sus excursiones hacia el interior del átomo se utilizan máquinas en las que no podía ni soñarse hace pocas décadas, rompe-átomos o aceleradores de partículas, muy caros y de enorme potencia. Gracias a tales instrumentos,

los científicos confían en averiguar qué fuerzas operan en el interior del núcleo atómico.

Pero cuanto más se sabe, más profundo se hace el misterio. Los físicos ya no están seguros de que los protones, electrones y neutrones ocupen espacio, según cómo define el diccionario la materia. En efecto, algunas teorías definen estas partículas como “ondas, cuerdas o puntos sin volumen”; o como se dice en física, “particularidades matemáticas que rondan por el espacio”. Más allá de los átomos y de sus subdivisiones internas el mundo es bien distinto a lo que vemos, ya que la evidencia sensorial solo percibe la apariencia engañosa de las cosas. Una cosa es la apariencia y otra es la realidad. “Este cielo azul que todos vemos ni es cielo ni es azul. Lástima que no sea verdad tanta belleza”.

Piedras, palos y progreso se escriben con P

La curiosidad organizada respecto a la materia, teniendo en cuenta el tiempo que el hombre lleva sobre la tierra, es relativamente reciente. Pero cada uno de los períodos de la manipulación de la materia ha aprovechado al precedente. La química moderna está en deuda con la imaginación y las técnicas de laboratorio de los alquimistas medievales. Los principios de la alquimia se basan en una teoría de Aristóteles (que en realidad era de Empédocles) sobre los cuatro elementos del universo. Las meditaciones filosóficas de los griegos sobre la materia, se sustentaban en observaciones de química rudimentaria transmitidas por los babilonios, egipcios y civilizaciones del lejano Oriente como India y China. Estas, a su vez, son deudoras de todas las observaciones y experiencias acumuladas por la especie humana desde el período paleolítico hasta cuando se asentó a orillas de los ríos, dando comienzos a las primeras poblaciones sedentarias propiamente dichas, gracias al descubrimiento de la agricultura.

El hombre prehistórico empezó a comprender la materia por accidente, error, y ensayo: ese es el camino del conocimiento.

Sus primeros encuentros con ella fueron cuando tuvo que escoger entre plantas sabrosas y venenosas; al descubrir que frotando dos palos uno con otro se producía fuego; al construir instrumentos con pedernales y otras piedras duras, etc. Pero los grandes adelantos vinieron con los metales. Aprendiendo a trabajar los metales y sus procesos de fundición, se inició lo que ahora llamamos metalurgia. Después de los metales, se dio cuenta de otras materias. Entre los huesos del hombre de Pekín, se han encontrado instrumentos de cristal de cuarzo, afirman los antropólogos.

El hombre primitivo se contentaba con aceptar las particularidades de la materia y dejó para sus herederos los conocimientos que adquiría. La materia podía ser transformada, como bien se expresa en este bello pasaje: “Una tableta de arcilla del 6.000 A.N.E., representa la preparación de cerveza con destino a los sacrificios; jeroglíficos egipcios de 3.400 A.N.E. muestran prensas para vino. Aquellos primitivos fabricantes de vino y cerveza no debieron ser capaces de explicar la fermentación y su dependencia de la levadura, hongo unicelular que se halla en el aire y en las frutas maduras. Pero advirtieron que ocurría cierta transformación la cual a su vez producía en ellos cambios espirituosos. Igual aprendieron a fundir ciertos minerales de sodio formando vidrio; hacia 3.000 A.N.E. los egipcios predinásticos fabricaban cuentas y jarrones decorativos vidriando piezas de piedra o cuarzo. También aprendieron el arte de teñir, recordando que ciertos insectos y bayas manchaban los dedos. Luego, algún genio desconocido descubrió que el alumbre, una sustancia blanquecina, contribuía a fijar el colorante en la tela”.

Como el hombre de aquellos tiempos antiguos, no se daba cuenta del significado profundo de lo que efectuaba, generaciones posteriores, incluyendo la nuestra, han denigrado de su papel en el progreso del conocimiento de la materia. ¡Qué equivocados hemos estado todos!

Sin embargo, entre los primeros en generalizar y sistematizar

las ideas sobre la materia están los griegos. Ansiosos por saber, viajaron a otras culturas del Cercano y Lejano Oriente, recogiendo mucha información sobre la química práctica que se empleaba en aquellas partes del mundo.

Luego, por discusión y deducción (eran los mayores habladores de la historia), los griegos procedieron a elaborar y organizar un imponente cuerpo de teoría sobre la “physika” (naturaleza), incorporándolo a lo que ellos denominaban **FILOSOFÍA**, como concepción total del mundo.

Al primero que se le reconoce en exponer sus ideas sintetizadas al respecto fue Thales de Mileto, seis siglos A.N.E. Pensando sobre la Physis y sus propiedades, como lo siguen haciendo hoy los hombres, buscó una respuesta que lo abarcase todo. Su dictamen final fue que la sustancia básica del universo era el agua. Thales tenía buenas razones para creerlo así; de todas las cosas que estaban a su alcance, el agua era la que más se transformaba; líquida en su estado natural, se convertía en un sólido, el hielo, o en vapor, en un caluroso día de verano, etc. Thales, si se quiere, representa el primer esfuerzo humano en Occidente por tratar de explicar a través de la razón al mundo, a partir de un elemento del mundo mismo (el agua) sin acudir a los dioses, o a causas extramundanas.

Anaxímenes, contemporáneo de Thales, ideó otra teoría. Dedujo genialmente que el aire que invade toda la naturaleza con sus características siempre cambiantes era la sustancia básica del universo. Posteriormente, Heráclito propuso la idea de que el fuego era el constituyente de la materia. Estaba siempre cambiando; una llama crecía, vacilaba o se apagaba, pero producto del mismo fuego. Heráclito creía que, en ese cambio constante y en esa constante identidad, la materia revelaba su esencial unidad como un logos cambiante que rige al cosmos. Y así continuó en ascenso esa progresiva escala especulativa sobre el origen, esencia y comportamiento del cosmos.

Amor, odio y una teoría de siglos

Al agua, el aire y el fuego, Empédocles, un griego de Sicilia, añadió la tierra, combinando la teoría de los cuatro elementos o raíces. Pero afirmaba que se unen o separan en presencia de unas fuerzas con las cuales actuaban y que llamó prosopopéyicamente amor y odio. La teoría de Empédocles era hasta cierto punto razonable. La tierra, el agua y el aire representan los tres estados corrientes de la materia (sólido, líquido y gaseoso) y el fuego es el agente que hace que se pase de una forma a otra.

Pero, de todas las ideas griegas sobre la materia, la más inverosímil fue la propuesta por un filósofo llamado Leucipo, y más tarde desarrollada por su discípulo Demócrito. La materia, dijeron, no era sino una concentración de pequeñas partículas, o átomos, tan pequeños que no podían dividirse (la palabra griega átomo significa indivisible: a = sin, tomo = división). Demócrito sostuvo que los átomos estaban en movimiento constante, que se combinaban de diversas maneras y que se diferenciaban entre sí solamente en forma y disposición. Por extraño que parezca, esta teoría atómica no era más que una intuición genial como muchísimas otras que se proponían cada tarde en el ágora de Atenas, nos imaginamos los que como yo nos maravillamos con ese hermoso parto de la humanidad.

No obstante, Demócrito iba por buen camino, si bien nunca se le ocurrió soñar que un día su átomo sería fragmentado en otros pequeños pedacitos, como ya se vio, con los sincrotrones. Demócrito estaba destinado no solamente a estar 25 siglos adelantado, sino a que le fuese negado el aplauso de sus contemporáneos. Poco después, apareció Aristóteles, quien se convirtió en el hombre prominente de su tiempo y renegó de aquella teoría con dureza con lo cual, retrasó el desarrollo de la moderna teoría atómica durante un período de tiempo imperdonable.

Aristóteles asimiló la teoría de Empédocles, más acorde a

la época. Según la versión del estagirita, la base del mundo era un agua primitiva la cual solo existía en potencia hasta que se le daba la forma que origina los cuatro elementos. Ninguno de los elementos, afirmaba, era inalterable. Uno de ellos se podía convertir en otro por mediación de la calidad que poseían en común. Solo la forma cambiaba, pues lo fundamental o sustancial que componía los elementos, no variaba. Sub-stare, substancia, debajo de...

Posterior a la cultura griega, advino Roma y luego de ella Occidente, donde este concepto empedoclitano-aristotélico fue el que formó la base filosófica para el siguiente avance en la ciencia de la materia, la alquimia. De las suposiciones de Aristóteles, los alquimistas en la Edad Media dedujeron sus propios postulados sobre la unidad de la materia y la existencia de un supuesto agente transmutador (“Piedra Filosofal”), el cual podría convertir los metales en oro y, además, producir la medicina perfecta del hombre, el “Elixir Vitae”, elixir de la vida (eterna juventud), sin muerte.

Para los alquimistas, el principio fundamental es que todas las formas de materia tienen el mismo origen, poseen un ‘alma’ permanente, encerrada en una diversidad de cuerpos temporales y que estos cuerpos pueden ser transformados unos en otros. Este concepto se asemeja al concepto de unidad de la materia que mantiene la física de hoy.

En realidad, la ciencia no deja de estar en deuda con la alquimia en sus intentos por demostrar sus creencias. Los alquimistas ensayaron todas las sustancias conocidas en esos tiempos, descubriendo muchas propiedades de diversos productos químicos. Se cuenta que el filósofo Francis Bacon, inglés del siglo XVI, que encabezó el método inductivo moderno junto con el método experimental de Galileo Galilei, resumió muy sabiamente la contribución de la alquimia a la ciencia: “La alquimia puede compararse al hombre que dijo a sus hijos que les había dejado oro enterrado en su viñedo; si bien no encontraron oro, al sacar el aire del moho de las raíces de las vides, consiguieron una

vendimia abundante. Así la búsqueda y la investigación para hacer oro han procurado muchas invenciones útiles y han conducido a muchos experimentos instructivos”.

A decir verdad, los alquimistas no estaban del todo equivocados. Dice la química que el plomo difiere en esencia del oro por tener en su núcleo 62 protones, frente a los 79 del oro. Debe ser, por lo tanto, posible convertir plomo en oro modificando su núcleo. La ciencia ha proporcionado medios para lograr conseguir las transmutaciones alquímicas pues con los grandes aceleradores de partículas, los constituyentes atómicos de la materia pueden ser ahora redistribuidos. Pero, dicen los entendidos que, para obtener Au del Pb por este procedimiento, saldría más costoso que explotar una mina del preciado metal.

Aproximándonos al sentido de la materia

Al hombre siempre le ha preocupado la sustancia de que está hecho el mundo, y nunca la búsqueda de este fenómeno ha sido más pintoresca que en la era de la alquimia de la cual hemos venido hablando —extraña combinación de ciencia y magia—, que floreció desde la caída de Roma hasta bien pasada la Edad Media. Experimentando siempre, meditando sin cesar sobre la naturaleza de la materia, el alquimista representaba sus conceptos por medio de dibujos como un pintoresco dragón de mil vivos colores. Pero, si bien sus especulaciones les llevaban con frecuencia al reino de lo oscuro y lo fantástico, sus objetivos en el laboratorio eran claros y concretos: convertir los metales bajos en oro y encontrar el elixir de la vida. ¡Qué más se puede buscar para obtener la felicidad total!

La alquimia tenía sus charlatanes, pero los mejores alquimistas eran investigadores, y los científicos posteriores suscribirían la plegaria del alquimista: “Purga la horrible oscuridad de nuestra mente, enciende una luz para nuestros sentidos”. “Si no le temes a Dios témele a los metales”, decía José Arcadio Buendía, ensayando en el laboratorio de alquimia que le

había regalado el gitano Melquíades en Macondo, poblado protagonista de Cien años de soledad (1967), novela del escritor del Caribe colombiano Gabriel García Márquez, que le mereció el Premio Nobel de Literatura en 1982.

Si el más modesto propietario de entre nosotros contará todos los objetos que posee, con facilidad llegaría hasta los millares. Si su inventario fuese universal y agregara todo lo que ha visto en su vida, el número total sería miles de millones. Tal es el fruto del ingenio del hombre; cuanto más civilizado se vuelve, tanto más llena su existencia de toda clase de cosas que tiene y que conoce. Pero lo extraordinario es que estas miríadas de objetos, por distintos que puedan ser sus formas, aspectos o usos, están compuestas de los mismos elementos químicos, o sea, sustancias de características especiales que no pueden ser reducidas químicamente a un constituyente más fundamental que él mismo.

Esta provisión limitada de materiales ha producido la infinita variedad de cosas con las cuales vive y conoce el hombre, de la misma manera que todas las cantidades posibles están compuestas por 10 números, todas las armonías musicales por 7 notas y todas las palabras que hablamos en castellano por 28 letras, gracias a combinaciones, disposiciones y yuxtaposiciones. Así como, por ejemplo, las letras a, e y r forman las palabras área, era, are, rae, aérea, rea, así los elementos carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno se encuentran en una goma de borrar, una gota de pegamento, un terrón de azúcar y un whisky seco, por ejemplo, incluyendo de paso que son elementos esenciales para la vida.

Sin embargo, la química dice que “además de los elementos naturales hay otros llamados artificiales. Algunos han sido fabricados en el laboratorio, otros se forman por desintegración natural de elementos radiactivos. La mayoría de estas sustancias se transforman en otras sustancias y son de vida cortísima. Muchas no han sido producidas en cantidades suficientes para distinguirlas a simple vista”.

En la actualidad, la ciencia considera que los elementos constitutivos de la materia han existido desde siempre, pero el hombre los ha ido conociendo y clasificando como tales en los últimos 300 años. No se los había reconocido por lo que eran, debido a que rara vez aparecen en la naturaleza en estado puro, excepto combinados entre sí, formando compuestos químicos que, en modo alguno, se asemejan físicamente a sus progenitores, porque están mezclados. Incluso, en los tiempos primitivos, los elementos no despertaron la curiosidad del hombre; no le interesaba lo que eran sino para qué servían.

Pero, a pesar de ir adquiriendo tan gran cantidad de conocimientos prácticos, al hombre no le importó la naturaleza fundamental de los elementos sino hasta el surgimiento de la química como ciencia con Boyle, Lavoisier y Danton, entre otros, ya en la modernidad, lo que determinó el fin definitivo de los 4 elementos de Empédocles-Aristóteles, las fantasmagorías alquimistas y el triunfo del por siglos ignorado Demócrito y su teoría atómica. Hoy, se puede decir que la materia está compuesta por los ciento y tantos elementos químicos que están clasificados en la Tabla Periódica y que la variedad de lo que existe no es más que combinación de diferentes proporciones entre sí. Por ello, después de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, ya ni el más ignorante patán de la calle duda de la existencia real de los átomos.

La construcción de la Tabla Periódica de Elementos Químicos fue emprendida por el sabio ruso Dimitri Mendeléiev, hombre de espíritu inquebrantable. Cuando Mendeléiev comenzó su “Magnum Opus”, a fines de los 1860, no tenía mucho más de 30 años, pero ocupaba la cátedra de química general de la universidad de San Petersburgo. De sus diferentes biografías consultadas he extraído lo siguiente:

Nacido en Siberia, recorrió con su madre a la edad de 15 años el largo camino hacia Moscú, para ser admitido en la

universidad. La señora Mendeléiev consideraba que su hijo era un genio científico, pero las autoridades académicas moscovitas no lo creyeron así. Rechazado en principio, Dimitri siguió hasta San Petersburgo, donde ingresó al Instituto pedagógico de la universidad. Tiempo después, llegó a ser maestro, químico y consejero de la industria rusa del petróleo. La estima que adquirió y que creció en toda Rusia le duró toda la vida. Cuando se casó por segunda vez sin haberse divorciado, se dice que el Zar para no condenarlo comentó: “Sí, Mendeleiev tiene dos mujeres, pero yo solo tengo un Mendeleiev”.

Una ojeada al interior de cualquier aula de ciencia en el mundo de una universidad que se respete, atestigua sus triunfos colgando en una pared la Tabla Periódica de los Elementos, su obra permanente. Cada elemento es una especie de medalla en el pecho de la química. Y Mendeleiev es el atleta que logró tales preseas para la historia de la comprensión de la materia y sus elementos constitutivos, lo único que realmente existe en el universo, y que demuestran las leyes de la materia descubiertas y enunciadas por Antonie Lavoisier, que dicen: “La materia es eterna en el tiempo, infinita en el espacio, dotada de movimiento propio que se transforma en energía”: De donde se deduce que nada se crea de la nada, nada se destruye ni se vuelve nada, y que todo se transforma, tríada esencial que orienta la ciencia moderna.

EL HOMBRE COMO SER BIO-SOCIO-PSICO-CULTURAL

En sucesivos y rigurosos análisis de los espectros cósmicos, los astrofísicos han estimado que nuestro sistema solar surgió hace aproximadamente 4.500 millones de años y se encuentra ubicado en una de las tantas e infinitas galaxias que existen en el espacio, también infinito. Nuestro sol es una estrella menor que arrastra por fuerza gravitacional a sus planetas en el borde de la Vía Láctea, nuestra galaxia. Allí está la Tierra.

Mil millones de años después, en el océano primitivo que se formó en este planeta azul, el tercero en distancia del Sol, se dieron cierto tipo de condiciones para que se realizarán una serie de mezclas de características físico-químicas determinando la aparición de los primeros seres vivos, cuyos componentes básicos son el Carbono, el Hidrógeno, el Oxígeno y el Nitrógeno, presentes en todos ellos. Por eso, se afirma que la vida es una forma especial de organización de la materia que se ha perpetuado a través de la reproducción y se perfecciona por la evolución.

Los organismos vivos se caracterizan por una serie de intercambios permanentes que realizan con el medio circundante, que posibilitan lo que se llama metabolismo. Para ello, estos deben reaccionar tendiendo hacia las sustancias nutritivas y alejarse de las nocivas. Lo que implica

sensibilidad o reacción ante los estímulos del entorno para poder conservarse y proyectarse en el tiempo.

Desde el surgimiento de este fenómeno, la Tierra no solo contendría atmósfera, hidrósfera y litósfera, sino que también comenzó a tener biósfera. Hoy día, después de la aparición del hombre y su avance científico, se habla incluso de la tecnósfera como la cara exterior del dominio humano sobre el Planeta, pero también de sus desechos y desproporciones.

Los primeros seres vivos eran elementales, poseían una sola célula que ejercía todas las funciones vitales, y se reproducían a través de la mitosis. Esta consistía en —a partir de la absorción de sustancias— crecer hasta alcanzar un tamaño tope y luego dividirse, formando dos nuevos organismos independientes, y así sucesivamente. Estos seres unicelulares aún subsisten y continúan realizando el mismo proceso, como la ameba, por ejemplo.

Pero la vida se fue haciendo más compleja y los simples seres unicelulares evolucionaron hacia los pluricelulares. Se estima que la necesidad de desplazarse y no estar atentos a lo que el medio circundante espontáneamente les proporcionaba creó el órgano: extensiones microscópicas de sus cuerpos que les servían para impulsarse y trasladarse (pseudópodos o seudópodos) en las aguas del océano. Posteriormente, aparecerían antenas para orientarse, que darían orígenes a la vista y al oído; y, en últimas, a todo el aparato sensorial y nervioso en su conjunto, amén del digestivo, endocrino, etc., en los animales. Otro proceso, también de complejas especializaciones, se operó en los vegetales.

Con los seres pluricelulares, ya una sola y única célula no tenía que hacer todo, sino que cada una se dedicaba exclusivamente a determinadas funciones. Ellas interactuaban de manera organizada, luego organismo, para cumplir con la vida y su perfeccionamiento en el medio acuoso circundante.

No obstante, la Biología ha planteado que desde esos remotos orígenes de la vida se presentó una gran bifurcación esencial, de acuerdo con su forma de nutrición: autótrofos y heterótrofos, esto es, vegetales y animales. Los primeros elaboran ellos mismos sus propias sustancias alimenticias, mediante el aprovechamiento de la energía solar (fotosíntesis), mientras que los segundos necesitan consumir sus nutrientes ya elaborados por las plantas (vegetarianos) o por otros animales (carnívoros), que a su vez habían consumido vegetales; es decir, sin sol no habría vida, ya que toda la energía proviene de él. Otros organismos desarrollaron “dieta mixta”: son los omnívoros.

Lo que implicaba una lucha permanente entre unos y otros seres vivos en la cadena alimenticia y una total interdependencia entre todos, porque la biósfera es una sola. Esto también determinó que aparecieran en cada uno de los seres vivos, órganos de defensa para la lucha, vencer y sobrevivir, lo que definiría el perfeccionamiento de todos de manera general: espinas, venenos, etc., en las plantas; y garras, colmillos, etc., en los animales. Aunque, también, combinaciones entre ambos.

La evolución de la vida

Charles Darwin, a partir de lo que él denominó “selección natural”, demostró que la naturaleza solo permite la supervivencia del mejor adaptado al medio físico y a sus cambios, y al más fuerte en la competencia por permanecer y continuar existiendo y transmitirle los genes a su descendencia. Si los hijos son inferiores a sus padres perecerán y las especies se extinguirán inevitablemente, con lo cual paulatinamente terminaría la vida. Por eso el ciclo reproductivo debe ser siempre superior.

En el conjunto de los seres vivos los animales son los más complejos, organizados y dinámicos, comenzando porque tienen locomoción, sensibilidad y hasta inteligencia, como se verá. En un principio surgieron los invertebrados,

algunos de los cuales desarrollaron exoesqueletos, a modo de caparazón; y otros endoesqueletos que constituyeron los vertebrados que, evolutivamente, se posicionaron en la cima de la escala animal.

En ese mismo esquema, los vertebrados más primitivos que aparecieron fueron los peces. Luego surgieron los anfibios, y con ellos la vida empieza a conquistar tierra firme: se adaptaron tanto al medio acuático, como al terrestre. Después, vinieron los reptiles, que dominaron el planeta en mar, tierra y aire durante muchos miles de millones de años, sobre todo los impresionantes dinosaurios en sus diferentes expresiones. Tal parece que por un asteroide que cayó hace aproximadamente unos 65 millones de años en el Golfo de México, y que afectó a todo el planeta con consecuencias desastrosas, se extinguieron y fueron sustituidos por las aves y los mamíferos, animales de sangre caliente, cubiertos de plumas y pelos, respectivamente, para poder mantener la temperatura corporal interna y no depender solo del medio ambiente cambiante.

Sin embargo, lo más importante de la aparición de los vertebrados es el surgimiento del encéfalo, que etimológicamente significa en, dentro; céfalo, cabeza. Es decir, una masa de células nerviosas o neuronas en permanente interacción o sinapsis, localizadas al interior del cráneo. En los peces es un cerebro liso y pequeño, que se fue haciendo cada vez más complejo, grande y arrugado en los anfibios y reptiles, hasta llegar a las aves y los mamíferos, que son los que más desarrollados lo tienen, sobre todo estos últimos.

En la medida que se escala biológicamente, los mamíferos más inteligentes, gracias a esa materia gris que se localiza en sus cabezas, son los primates; y dentro de este grupo el Homo Sapiens, último en aparecer en el escenario de la biosfera del planeta. Es posible que exista vida en otros astros y, además, inteligente: los astrofísicos han descubierto solamente en nuestra galaxia, “más de 230 millones de

planetas semejantes al nuestro”, lo que justifica plenamente esa posibilidad como real, pero ese ya es otro tema...

El Homo Sapiens

El Homo Sapiens es un ser tetradimensional, tiene 4 dimensiones; es bio-socio-psico-cultural. Las primeras 3 dimensiones, las compartimos con muchos otros seres vivientes. La última, solo a nosotros nos distingue.

Nuestra condición no solo es ontológica sino biológica. Pertenece a la biosfera igual que las plantas y animales. Realizamos metabolismo, comemos y defecamos, nacemos y morimos, nos reproducimos transmitiendo nuestros genes, necesitamos de los otros seres vivos; además, somos específicamente animales, vertebrados, mamíferos y primates, poseemos cerebro, etc., pero esto no nos hace diferentes. Esas cualidades no son exclusivas de nosotros, las compartimos.

También somos seres sociales, pero no los únicos. Las hormigas, las abejas, las termitas, también lo son. Los lobos, las hienas, los chimpancés, igual. No conforman el grado de complejidad de las sociedades humanas, pero interactúan y están organizados en grupos para poder subsistir como especie, lo mismo que nosotros; si no, igual que ellos, pereceríamos por ser débiles como individuos aislados. Nos necesitamos unos a otros, idénticamente como las avispas. Lo social, pues, tampoco es nuestra diferencia.

Igual pasa con lo psíquico, ¡quien lo creyera! Ni siquiera eso nos separa de los animales. Ellos tienen su grado de vida interior. Elaboran razonamientos, relaciones, asociaciones. Distinguen, aprenden y hasta corrigen. El simple hecho de la vida, implica conocimiento del medio para desenvolverse en él adecuadamente y no perecer. Hasta las plantas “conocen”. Se orientan hacia la luz en su crecimiento hacia arriba; o hacia abajo para buscar agua y minerales con sus raíces, etc. Algunos jardineros aseguran que les cantan para que se

hermoseen cuando las riegan... Qué no decir de los animales superiores pues, como se sabe, resuelven situaciones del diario vivir deduciendo, aunque sea elemental para nosotros, pero lo hacen. No es pensamiento abstracto, pero recuerdan, relacionan y deciden y, en algunos casos, tanto o mejor que buena parte de nosotros.

Sin embargo, es la última dimensión, la cultural, la que en esencia si es exclusivamente humana. (Aunque hay investigaciones de punta recientes que atribuyen la dimensión cultural también a los primates más cercanos al hombre, tal y como lo afirma en su tesis doctoral en Filosofía de la Universidad de Salamanca nuestro docente Dr. Oscar David Caicedo). La palabra cultura recuerda al cultivo, porque el cultivar la tierra para producir alimentos nos alejó sustancialmente del resto de animales y nos condujo a los iniciales asentamientos poblacionales a orillas de los ríos, dejando atrás las hordas nómadas de los recolectores. Se empezaba así a dominar la naturaleza y a obligarla a suministrarnos sin movernos lo que necesitábamos, sin esperar a que ella nos diera lo que espontáneamente proveía. Comenzó el sedentarismo. Y aparecieron las primeras grandes culturas milenarias en las riberas del Huang Ho y el Yang Tse Kiang (China), del Indo y el Ganges (India), del Tigris y el Eufrates (Mesopotamia) y del Nilo (Egipto), consideradas las más antiguas de la humanidad.

De todas maneras, los evolucionistas afirman que el hombre —y con él la cultura que ha transformado el planeta— no surgió de la noche a la mañana, sino que fue el resultado de un largo proceso evolutivo que se inició con la vida hace aproximadamente 3500 millones de años. Pero, según la paleontología, nuestro pasado próximo se remonta apenas a los dos últimos millones en África meridional, cuando de los primates se desprende una rama superior que se sobreponía al resto de sus congéneres siguiendo una ruta distinta de adaptación, cooperación social y transformación. Su alimentación era básicamente vegetariana y vivían en los árboles.

Cambios climáticos abruptos incidieron en el medio natural, desapareciendo los bosques donde habitaban y en su lugar crecieron hierbas altas y espigadas. La selección natural tiene una clave, según Darwin: cuando el medio cambia las especies no tienen sino una alternativa: o cambian también y rápido o perecen. Es lo que se llama evolución. Es decir, los organismos siempre se van perfeccionando.

Así, pues, el mono fue “expulsado de su paraíso terrenal” de árboles frutales a un nuevo medio de llanuras de hierbas altas al que tenía que enfrentarse so pena de desaparecer. Fue así como comenzó a cambiar su modo de desplazarse de cuatro patas a dos para poder divisar el horizonte, buscar alimentos y ubicar potenciales enemigos.

Al quedar libres las manos y diferenciarse de los pies dedicados ahora a caminar, las primeras se dedicaron a otras acciones, especialmente a manipular (manos) objetos y darles funciones y fines, tales como la caza de animales, pues los frutos y raíces escasearon con los árboles, convirtiendo su dieta en mixta. Entonces, y en virtud a sus necesidades, fueron elaborando los primitivos instrumentos de trabajo, sacándoles ellos mismos filo a una piedra (hacha de mano) o a un palo (lanza), para hacerlos contundentes, punzantes y cortantes, extendiendo la acción de sus brazos. Después, vendría el hacha con mango, el arco y la flecha, la domesticación de animales, la conquista del fuego, los metales, la rueda, etc., pero, sobre todo, la palabra para el trabajo social. Es decir, “la mano hizo al hombre” (Engels, 1979) y es por excelencia el instrumento de instrumentos.

Hoy, hasta en la postmodernísima actualidad tecnológica, ni la máquina o computadora más perfecta puede operar si no existe una mano o un dedo que la ponga a funcionar; o una orden del cerebro —cuyo desarrollo también fue producto de las actividades del trabajo social— como se hace actualmente para que funcionen las prótesis o extensiones desarrolladas por la robótica y la alta tecnología de los

códigos cibernéticos computarizados que se incorporan al sistema nervioso y muscular humanos. No obstante, Stephen Hawking ya advirtió sobre la inteligencia artificial de la robótica, y la posibilidad futura de auto programarse e inclusive de asociarse...

Las experiencias que se acaban de anotar, desde el filo de la primera piedra hasta la escritura que perpetúa el resultado de los avances humanos, todos los conocimientos se fueron acumulando, siendo transmitidos progresivamente de generación en generación; y cada generación de cada sociedad añadió o innovó algo nuevo para el bien de la especie en su conjunto. Por ello se puede afirmar con Federico Engels (1979) que el hombre, además de ser producto de la evolución como todas las especies, también es resultado de un proceso de autotransformación a través de trabajo social que sirvió de acelerador del proceso natural. De allí que se diga satíricamente que el hombre no es un ángel caído, sino un antropeide erguido. Incluso, hoy día en nuestra próspera civilización, seguimos compartiendo con los chimpancés el 98% de nuestros genes, como lo ha demostrado la biología. Es decir, “la mona aunque se vista de seda mona se queda”...

El hombre se toma el planeta

Algún tiempo después de surgir esta nueva especie, como un producto natural y cultural (autoconstructo), se empezó a desplazar hacia todos los continentes. La antropología física afirma que el origen del hombre —como especie única, distinta y universal— se encuentra en África meridional. Nuestros antepasados salieron de ahí —o fueron largados por los grupos más fuertes cuando la población creció— andando de manera erecta con sus propios pies, hasta diseminarse en todo el Planeta. Los que se quedaron, continuaron reafirmando cada vez más su simbiosis con el mismo entorno africano donde se había hecho posible el fenómeno de hominización.

Por supuesto, que las demás hordas humanas lo fueron

haciendo igual con los disímiles lugares geográficos remotos donde se iban asentando, hasta cuando se conformó la variedad de grupos étnicos que hoy existen, por lo que científicamente se descarta el calificativo de “razas” y mucho menos que sean cuatro. Los grupos étnicos —según la antropología cultural— son “grupos humanos que poseen características físicas semejantes, viven en territorios más o menos limitados y tienen modos colectivos de vida, idiomas o dialectos, y pautas de conducta comunal que se transmiten de generación en generación, conformando fuertes lazos demográficos y sociológicos atribuibles solo a ellos, por lo que se hacen diferentes y distinguibles del resto de la humanidad”.

Además, dentro de ellos existe también una inmensa multiplicidad de individuos entre sí, lo que no es más que apariencia, tanto dentro del grupo como en el resto de los miles de millones de sus semejantes en el globo terráqueo. Esto quiere decir que en esencia todos los hombres de todas las latitudes somos individuos de una misma y única especie. Por lo que podemos mezclarnos, si a eso se le puede llamar mezcla, porque somos mismidad. Todos tenemos los mismos genes, la misma capacidad craneana y el mismo número de células cerebrales en permanentes sinapsis. Construimos pensamiento abstracto que comunicamos a través de lenguaje articulado. Somos creativos, inventamos utensilios de trabajo, simbología y adaptamos la naturaleza a nuestras necesidades vital-sociales.

Mejor dicho, a partir de la invención de los utensilios de trabajo comenzó la cultura y la verdadera historia de la especie al separarnos del resto de los animales, aunque no tanto como creemos. De allí que tan pronto los hombres se fueron asentando a orillas de los grandes ríos, surgieron los primeros poblados y el paisaje comenzó a dividirse entre paisajes naturales y paisajes culturales, predominando hoy estos últimos en casi todo el planeta. De pronto, si viajamos en avión y miramos hacia el inmenso océano, en cualquier momento podemos divisar un barco y si pudiéramos mirar

hasta el fondo de los mares, allí se divisarían mucho más las huellas de la humanidad. En todas partes está el hombre; o las consecuencias de su accionar, para bien o para mal. La cultura es naturaleza humanizada; es la naturaleza por y para el hombre, con todos sus aciertos pero también con todos sus errores. En últimas “todo lo humano nos pertenece”, como dirían los amautas peruanos al decir de Mariátegui. Pero la cultura también es capacidad de entendimiento y comprensión del mundo, producto del cerebro del hombre, y se puede rectificar.

LA APARICIÓN DEL MITO

Mientras el resto de los seres vivos —de los cuales nos hemos distanciado gracias a la cultura, pero que seguimos biosféricamente unidos a ellos— están en el mundo, el hombre trata de entenderlo. Le busca explicaciones, causas, razones. A eso se le ha llamado Filosofía. Sin embargo, esas explicaciones no fueron siempre racionales. Existe un período anterior y muy largo donde la filosofía no existía, pero sí las explicaciones. Explicaciones simples, primitivas, fantásticas, producto de la imaginación y de la sublimación de las fuerzas naturales en el cerebro del hombre, que se ha calificado como mito.

No eran explicaciones producto del razonar, pero eran explicaciones al fin y al cabo. La mitología surgió como —y por— respuesta a la ignorancia del hombre, pero satisfizo, en principio, esa ansiedad de explicar los interrogantes sobre el mundo. Por esos motivos poderosos, el hombre creó a todos los dioses, que no eran más que naturaleza deificada que posteriormente sería recogida y sistematizada por los poetas y sacerdotes de todos los pueblos, no solo el griego. La mitología es la prehistoria de la filosofía. La razón vendría después.

En términos generales se considera que los mitos son narraciones y doctrinas tradicionales no justificadas

racionalmente acerca del mundo, los dioses y el hombre. Todas las culturas han tenido y desarrollado sus propias mitologías, como se podrá ver, por ejemplo, en “Mito y Tragedia entre los Amerindios”, que sirve de colofón de esta primera parte del libro.

Los mitos, todos, son narraciones en las cuales se cuenta que son los dioses o es el destino quienes determinan lo que ocurre y que el hombre debe acatarlos. Es una especie de sumisión en la que el hombre está obligado a aceptar como verdadero todo cuanto a los dioses se les ocurra, así carezca de solidez estructural. El mito es dogmático, no cuestiona ni pone en dudas las explicaciones, sino que las afirma tal cual: son sagrados. Es una aceptación de la desgracia, el infortunio y la fatalidad; en fin, el pesimismo frente a la existencia.

La argumentación en los mitos recurre a simbolismos y a metáforas, a expresiones o ideas, cuyos significados requiere de intérpretes, de un lenguaje y de una decodificación. El mito es un pacto colectivo que trata de explicar algunos fenómenos como el origen de la vida, del universo, del ser humano, de su suerte y su fin, etc. Los mitos se basan en la credulidad de la gente y no en procedimientos de prueba y argumentación. De tal manera que mientras la gente siga creyendo en los mitos en las distintas culturas estos seguirán existiendo, aún en la llamada “postmodernidad”.

Premisas semiológicas sobre el mito

El mito es una voz que sitúa al individuo como una fuerza continua, pero siempre idéntica consigo misma. El mito es una lucha contra el olvido. En él, el espacio y el tiempo se confunden.

La identidad del individuo es milenaria, se prolonga hasta donde no hay límites. Así, su voz personal, su conocimiento de las cosas, solo constituyen una manifestación en el tiempo y en el espacio de la voz de la vida que procede de más allá del tiempo y el espacio... No hay historia, sino el continuo

presente de un tiempo y un espacio primordiales; el sentido es esa totalidad en que se transparenta lo primordial en cada presente (Lorite,1984).

La omnipresencia del mito es el anti olvido. El mito es inalterable y con el mismo sentido a través del tiempo y el espacio. Es el “eterno retorno” de que nos habla Mircea Eliade (1999), un círculo cerrado repetible:

Las cosas que nos rodean, todas, están llenas de contenidos vitales. Las palabras son los residuos que quedan de las cosas cuando son usadas, es decir, exprimidas por la vida: el significado. Esto —el residuo— es el símbolo.

Ernest Casirer (1990), en su Antropología Filosófica, se refiere a los símbolos de la siguiente manera:

En el hombre el sistema simbólico transforma la totalidad de la vida humana. Los símbolos constituyen una dimensión de la realidad. El hombre vive en un universo simbólico. El lenguaje, el mito, el arte y la religión constituyen parte de ese universo. Forman los diversos hilos que tejen la red simbólica, la urdimbre complicada de la experiencia humana. El hombre se ha envuelto en formas lingüísticas, en imágenes artísticas, en símbolos míticos o religiosos, en tal forma que no puede ver o conocer nada sino a través de ese medio artificial.

La profundidad y la capacidad del símbolo es asombrosa. A través de él fijamos una multitud de notas conceptuales sobre los objetos que nos circundan e impresionan:

El pensar simbólico es circunstancial al ser humano: precede al lenguaje y a la razón discursiva. El símbolo revela ciertos aspectos de la realidad, los más profundos que se niegan a cualquier otro medio del conocimiento (Eliade, 1999).

La realidad de los mitos es únicamente simbólica. En el espacio mítico no hay cosas: solo existen los significados como realidad. En los mitos las cosas se expresan según

el estado emocional que causan en los hombres y están siempre en relación con sus necesidades vitales.

El contenido vital del mito

Los objetos, montañas, ríos, vientos, lluvias, plantas, animales, tribus... no solo existen, también son benéficos o nocivos, poderosos o débiles... semejantes o diferentes...; más aún: si existen es porque son benéficos o nocivos, poderosos o débiles..., porque tienen un valor vital. La neutralidad existencial (u objetiva) constituye una diferencia significativa que escapa al mito; y lo que escapa al mito, lo que la palabra deja por fuera de sus redes expresivas, está marginado de la vida, sencillamente no existe (Lorite, 1984).

La interacción del hombre con las cosas, mediada por sus necesidades vital-sociales origina las representaciones que luego son fijadas en los símbolos. La representación es vida y el mito se da en la representación, en la imagen, producto de la relación epistemológica objeto-sujeto.

Cada individuo repite por herencia cultural el mismo proceso que originó las primeras representaciones, y allí está siempre presente el mito traspasando las barreras del tiempo y el espacio, subyaciendo en todo conocimiento. Por ello, los conocimientos serán evidentes “re-conocimientos” (¿ADN cultural?).

Saber es recordar (oh, Platón), una memoria simbólica que hace que toda acción del individuo sea una repetición de modelos sin tiempo (Lorite, 1984). Si se quiere es una especie de prolongación significativa del instinto, porque tiene como base la vida, su protección y prolongación, pero consciente como explicación. Explicación primitiva, pero explicación, porque da sentido al todo.

Históricamente, el mito aparece de un relato fantástico engendrado por el pueblo; es anónimo y se remonta a un pasado remoto e impreciso, en el que se narran unos hechos

que, pese a la imposibilidad de demostrar que tuvieran lugar, son considerados verdaderos por la tradición y que nadie se atreve a desafiar.

La idea de que el mito es verdadero para la tradición, ha sido subrayada por autores como Mircea Eliade (1999):

El mito se considera como una historia sagrada y, por tanto, una ‘historia verdadera’, pues se refiere siempre a realidades. El mito cosmogónico es ‘verdadero’, porque la existencia del mundo está ahí para probarlo; el mito de la muerte es igualmente ‘verdadero’, puesto que la mortalidad del hombre lo prueba, y así sucesivamente.

Para Lévi-Strauss (1990), la veracidad del mito ha sido entendida en un sentido histórico-cultural. El hombre de la sociedad arcaica se concebía así mismo como el resultado de acontecimientos míticos ocurridos en tiempos pasados, transmitidos por sus ancestros. El mito es tradición, hereditario e indiscutible, luego entonces es la justificación de valores, instituciones y creencias; una representación simbólica elaborada por la sociedad en el transcurso del tiempo, en la cual se reflejan sus propias características. En este sentido, el mito puede entenderse como una manifestación cultural de las comunidades humanas de todas las latitudes.

En la mitología, determinados hechos estaban referidos a hazañas memorables, llevadas a cabo por personajes extraordinarios en tiempos lejanos. Otros, en cambio, trataban de explicar los fenómenos de la naturaleza y el origen de las cosas de forma alegórica, apoyándose en relatos ficticios. En el primer caso, son mitos heroicos, en el segundo encontramos cosmogonías y teogonías. En el mito heroico las acciones de los dioses y los héroes tienen una función bien definida: servir de modelo ejemplar a los hombres. Las cosmogonías —inicialmente teogonías— son relatos míticos que explican el origen y la estructura del mundo mediante las historias de las sucesivas generaciones de

divinidades. En ambos casos, son narraciones que perduran en la memoria colectiva de la comunidad, un relato que no es inventado por un hombre específico sino heredado de muchas generaciones del pasado. En eso coinciden la mayoría de autores.

Algunas autoridades hablan sobre el mito

El mito en sentido alegórico, según Buxton (1994), se mueve entre lo real y lo ficticio. El relato fantástico se construye sobre la necesidad de explicar una realidad que se resiste a ser conocida. Las funciones del mito pueden ser de muy diversa índole, pero el propósito del mito es ofrecer una explicación de lo real, sirviéndose para ello de estructuras ficticias.

Sostiene Guthrie (1962), que el mito se identifica con una afirmación vana y desprovista de fundamento, al no poder afirmarse sobre una demostración rigurosa. El mito ciertamente es un relato, carente de justificación racional, que es recogido y transmitido por poetas y sacerdotes que se consideraban emisarios de los dioses. Su finalidad es explicar y ordenar la realidad, una realidad aparentemente caótica e incomprensible para el ser humano.

Para Dodds (1981), el hombre prefilosófico se enfrenta a una realidad en la que impera el azar y la incertidumbre. Es la necesidad humana de encontrar un sentido a su vida y al mundo. Todo cuanto acontece tiene una explicación, no solo a los fenómenos físicos, sino también a los impulsos internos que mueven al hombre. A través de ellos, este experimenta el poder de algo que lo trasciende ampliamente. Los hombres están a merced del capricho de poderosas divinidades. Es la idea del destino. Esta situación hace evidente la visión pesimista de la suerte humana.

El sentido trágico reside en el hecho de que las decisiones de los dioses condicionan inevitablemente las vidas de los hombres, sin que estos puedan hacer nada por evitarlo. Los

seres humanos, dice Kirk (1968), aunque dotados de libertad para elegir, no pueden controlar el resultado de sus actos. La existencia humana aparece efímera y repleta de miserias, sometida desde el principio de sus vidas y hasta el final a la veleidosa voluntad de las divinidades.

La intromisión masiva de los dioses en los asuntos humanos también ha sido objeto de otras interpretaciones. Para Dodds (1981), se trata de una forma de exculpar a los hombres e incluso a los héroes de sus actos, liberándoles de responsabilidad. Los impulsos no sistematizados, no racionales y los actos que resultan de ellos, tienden a ser excluidos del yo y adscritos a un origen ajeno.

Sean o no los humanos (o sus héroes) culpables de sus propios actos, frente a posturas como las de Kirk, Vernant, Dodds, Buxton o Burckhardt, nos recuerda que el fatalismo está determinado unívocamente por las divinidades o fuerzas sublimes ajenas a los hombres, que los griegos las denominaron Moiras, cuyas decisiones eran inapelables, incluso para los dioses.

A todo politeísmo le hiere desde la cuna cierto fatalismo. Sus dioses particulares, por muy ricamente aparejado que su poder aparezca, no pueden extender su dominio sobre la Tierra, y entre sus diversas jurisdicciones quedan lagunas lo bastante grandes para que asome un poder más general, ya sea la fatalidad, ya el azar (...) o el destino, y no pueden los humanos sustraerse a él ni de sus propios asuntos, Reale y Antiseri (1988). Ninguna mitología escapa a este criterio general. Todo lo que pase tiene que pasar. Esto lo heredarán también todas las religiones del mundo, a nivel del teocentrismo. “Ni la hoja de un árbol se mueve sin la voluntad de Dios”, siguen pensando y diciendo los creyentes actuales. Así, por ejemplo, la palabra ojalá es un arabismo introducido al castellano que se descompone en oj-alá, es decir, lo quiera Alá. Hasta en nuestra cotidianidad, si saludamos a alguien preguntándole cómo está, nos contesta “Bien, gracias a Dios”.

EL MITO ENTRE LOS GRIEGOS

Como es sabido, el mito es el resultado de la imaginación sobre los hechos de la experiencia, que comenzó con el hombre primitivo y trascendió hasta bien entradas las primeras civilizaciones. En un principio se origina como reflejos fantásticos de la realidad en el cerebro de los hombres que posteriormente son re-elaborados antropomórficamente por parte de poetas y sacerdotes.

No obstante, el mito plantea cuestiones profundas como las de los propios orígenes del hombre, su destino y el mundo. Las primitivas teogonías son un intento de ver al mundo como una totalidad sujeto a un orden.

Según gran parte de los historiadores, los griegos comenzaron a estructurar sus mitos a través de los grandes poemas épicos de la octava centuria A.N.E: los de Homero, La Ilíada y La Odisea; los de Hesíodo, La Teogonía y Los trabajos y los días, fundamentalmente, aunque también los de Heródoto y Ferécides de Siros. Estos poemas míticos plantearon problemas filosóficos sobre el origen del mundo y del hombre y el sentido de ambos, pero no explicaciones racionales.

El tema fundamental de que los griegos se ocupan es un reconocimiento de —y una reflexión sobre—una doble

diferencia: entre el hombre y la naturaleza, por un lado, y el hombre y lo divino, por el otro.

Como en todas las mitologías, el hombre se ve a sí mismo como diferente de las demás cosas, pero también de lo divino. Ejerce cierto control sobre el mundo, pero al mismo tiempo advierte que no todo el mundo es suyo, que existen fuerzas, dimensiones del universo, que operan fuera de su control y a las cuales debe someterse. Estas fuerzas irreversibles son las divinidades, que se entrometen permanente en los asuntos de los humanos.

Los dioses y los hombres

La épica homérica expresa un claro reconocimiento de la diferencia entre lo divino y lo mortal del hombre, como sometido a fuerzas que se hallan más allá de su control. Pero estas fuerzas no son superiores en virtud de su racionalidad, bondad o estabilidad; solo lo son en virtud de un poder superior que emplean con la arbitrariedad del más irracional de los mortales. Al respecto, Max Müller expresó: “Los griegos atribuían a sus dioses acciones tan monstruosas que harían ruborizar al más salvaje de los pieles rojas”. Y a los héroes protegidos por los dioses, también. Veamos:

Toda La Ilíada (1991) gira en torno a la cólera de Aquiles; primero, contra Agamenón por haberle arrebatado una de sus esclavas favoritas; y, luego; contra Héctor por haberle dado muerte a su compañero Patroclo. En ambos casos, los acontecimientos se desarrollan bajo la voluntad de divinidades olímpicas (Zeus, Atenea, Apolo, Ártemis, etc.). Entre las escenas bélicas, se recrean asambleas y encuentros entre los dioses en los que se disputan el destino de los humanos (tal y como hoy lo hacen Dios y Satanás con las almas, por ejemplo).

Los dioses pueden hacer su voluntad de intervenir caprichosamente sobre el mundo y los hombres. Sin embargo, al considerarlos a todos en conjunto, sus propias

pasiones, rivalidades y enemistades parecen limitar su poder al encarar el destino. Siendo tan parecidos a los hombres, los dioses participan de la misma suerte que ellos. En la cultura griega el destino tiene un poder absoluto, que equivale a la necesidad con que ocurren las cosas, al margen de toda voluntad, sea esta de procedencia divina o humana. Las Moiras lo determinan todo inevitablemente. Este poder es transferido a las grandes religiones monoteístas al único Dios como el sumun de todo, pero para los griegos el destino es aparte.

Así, el destino del héroe Aquiles está fijado por oráculos que existían desde la eternidad. La voluntad de Afrodita fue la que le impuso a Helena —centro de la disputa de la guerra de Troya— a abandonar a su marido, cuando París fue a buscarla a Esparta. En los dos campos intervienen dioses y diosas. Incluso, el mismo Zeus pesa sobre una balanza los destinos (las Moiras) de Aquiles y Héctor.

Lo mismo sucede en *La Odisea* (1983), en donde Ulises es hijo de Hermes, pero es la diosa Atenea la que se convierte en su protectora y es ella quien lo salva de la cólera y el rencor de Poseidón. No obstante, el héroe es consciente de que “si alguno de los dioses quisiera aniquilarme, lo sufriré con el ánimo que llena mi pecho que tan paciente es para dolores, pues ha padecido mucho en el mar como en la guerra, y venga este mal tras de los otros”.

Para el hombre griego, la visión homérica de la existencia de los dioses era una verdad tan convincente que hasta Epicuro, calificado de materialista, defendió decididamente la existencia de los dioses.

La Teogonía

En la Teogonía, Hesíodo (1975) hace de Eros (amor) uno de los primeros dioses que aparecen en el esquema cósmico de las cosas.

Siempre es Eros, el animador y el elemento motor del universo y su origen.

Eros es el principio generatriz que tornará significativo el desarrollo posterior del universo. El elemento erótico era absolutamente fundamental para el mundo y la vida en la mente del hombre griego: todo acontece por unión sexual o, si se quiere, por matrimonios no siempre estables.

“Antes que nada nació Caos; después Gea (la Tierra) de ancho seno, asiento firme de todas las cosas para siempre; Tártaro, nebuloso, en un rincón de la tierra de anchos caminos; y Eros, que es el más hermoso entre los dioses inmortales, relajador de los miembros y que domeña, dentro de su pecho, la mente y el prudente consejo de todos los dioses y todos los hombres. De Caos nacieron Erebo y la negra Noche; de la Noche, a su vez, nacieron Éter y el Día, a los que concibió y dio a luz, tras unirse en amor con Erebo. Gea primeramente engendró, igual a sí misma, a Urano, brillante, para que la cubriera en derredor por todas partes y fuera un asiento seguro para los dioses felices por siempre. Alumbró a las grandes montañas, moradas graciosas de las divinas ninfas, que habitan en los sinuosos montes. Ella también, sin el deseo del amor, dio a luz al mar estéril, al Ponto, hirviente con su oleaje; y, después, tras haber yacido con Urano, alumbró a Ceo, Crío Hiperión y Japeto...”

Tanto en la Teogonía como en *Los trabajos y los días* —donde establece un código ético a través de los mitos de Prometeo y Pandora—, Hesíodo establece una clara diferencia entre lo mortal y lo divino y el rol de las musas como las mediadoras entre los dioses y los poetas. Según Hesíodo (1975), los poetas necesitan de una especie de bendición o sublimación por parte de las musas para poder percibir y entender los designios o las palabras de los dioses.

Vigencia de los dioses

Hace veintiocho siglos los griegos crearon sus dioses, sus

héroes y sus leyendas que aún en nuestros días siguen teniendo vigencia, si no mitológica o religiosa, sí cultural y literaria. Estos dioses, adoptados y adaptados por los romanos, pasaron a formar parte de lo que llamamos cultura occidental y, de hecho, entraron también en nuestra imaginación, formando algo así como un subconsciente cultural en Occidente.

Por todo esto hoy hablamos de Afrodisiaco, Apolo, Academia, Amazonas, Ambrosía, Anfitrion, Argos, Adiós, Arcano, Arcadia, Argonauta, Arpía, Atlántida, Atlas, Aurora, Ave Fénix, Caballo de Troya, Calipso, Caos, Casandra, Centauro, Cíclopes, Circe, Cronos, Coloso, Cupido, Destino, Dionisos, Discordia, Edípico, Eco, Electra, Eros, Estadio, Europa, Fama, Fea, Fénix, Flora, Fortuna, Gigantes, Gorgonas, Gea, Gracias, Hambre, Horas, Hecatombe, Helena, Héctor, Hermafrodita, Hidra, Honor, Ítaca, Liceo, Lalo, Musas, Marte, Maratón, Medusa, Midas, Minotauro, Mnemósina, Moira, Momo, Narciso, Néctar, Ninfas, Noches, Océano, Odisea, Olímpico, Osa, Pan, Pandora, Parca, Parnaso, Partenón, Pegaso, Pitón, Pitonisa, Pléyades, Prometeo, Psique, Quimera, Sátiros, Selene, Sirenas, Talón de Aquiles, Titanes, Tragedia, Tártaro, Temis, Tetis, Tritón, Urano, Venus, etc.

Permítaseme una digresión. El listado anterior de los mitos greco-romanos sigue presente en nuestro lenguaje de la cotidianidad. Qué no decir del lenguaje especializado de la filosofía, comenzando por el mismo nombre de Philo-Sophia. O el de las ciencias, cualesquiera que ellas sean. Cada concepto, cada término, cada palabra, está llena de significados vitales en su recorrido histórico, (genealógico o arqueológico, tanto en Nietzsche como en Foucault) y allí continúan presentes los griegos. Sigamos.

Se ha dicho que la mitología griega es obra fundamental del pueblo quien la puso en bocas de sus poetas. Sí, la religión de los antiguos griegos no tuvo profetas ni textos como la Biblia, el Corán o los Vedas; la fantasía popular fue creando esa pluralidad de dioses.

La deificación antropomórfica

Para poder entender a los griegos antiguos, los historiadores de la filosofía consideran que se hace necesario analizar no ya la visión de los exégetas sobre el por qué y cómo inventaron sus dioses, sino buscar una aproximación a la visión que tenían de sus mitos y de sus dioses. Acercarse al propio sujeto, pero en su propio tiempo; tratando de dejar de lado, en lo posible, el horizonte actual de intelección subjetivo al respecto.

Los mitos griegos son el resultado de la emoción del espíritu antiguo frente a las grandiosas formas de la realidad universal y se expresaron a través de imágenes y metáforas. Evidentemente, todas las representaciones míticas contienen verdades, aunque metamorfoseadas, y todas son extraídas de las cosas a través de nuestras experiencias con ellas. Es en la manipulación de las cosas donde se producen las impresiones de la realidad, desde las más simples hasta las más maravillosas que son las que engendran las deidades.

La esencia y el orden del mundo se sublima al cantar, y los griegos los cantaron en sus rapsodias. Los dioses griegos revelan lo que íntimamente mueve al hombre, lo que lo inquieta, perturba y asombra. El poeta, enseñado por las musas, sabe decir el querer de los dioses. Las formas divinas revelan todo lo esencial y verdadero de las cosas del mundo ligadas, por supuesto, a la vida.

Por otra parte, los dioses griegos no son simplemente prosopopeyas o personificaciones sino además conceptos abstractos: justicia (dike), amor (eros), destino (moira), tiempo (cronos), principio (caos), etc.

Los hombres griegos podían mirar los mil rostros del ser porque los dioses les habían abierto los ojos. Incluso Thales de Mileto (Verneaux, 1975) diría: "Todo está lleno de dioses", aunque el racionalista lo llame fetichista y el religioso

panteísta.

Los dioses griegos se hallan en todos los ciclos del ser, en lo cósmico, lo material, lo vegetal, lo animal, lo abstracto, lo espiritual; están presentes con su magnitud divina para representarse finalmente bajo forma humana. Se trata de una deificación antropomórfica.

La figura humana no es ninguna degradación de lo divino sino una elevación del hombre hacia ello. Goethe lo reconoció claramente cuando escribió: “La idea e intención de los griegos es la de endiosar al ser humano, no la de humanizar a la deidad” (citado por Marx, 1979). Es decir, todo lo contrario del cristianismo.

De todas maneras, tanto el mito como el logos, son esfuerzos humanos por intentar explicar el misterio de la existencia. El primero, con los fictos (ficción); el segundo, a través del logos (razón). Ambos, de alguna manera, con-penetrados. En el mito se presiente el logos, pero el logos ontogénicamente nunca se podrá liberal del mito.

LAS ENSEÑANZAS DE LOS PRIMEROS GRIEGOS CONTADAS OTRA VEZ

Nota: Este es el texto de una conferencia magistral que el autor expuso sobre las conocidas ideas básicas de los primeros filósofos griegos, por lo que no se remite al lector a ninguna fuente bibliográfica determinada. Lo importante es la ilación y la hermenéutica que se hizo en su momento, nov, 2017, y que considero válida incluirla como marco pedagógico y propedéutico para el desarrollo de los acápite que siguen en el libro.

Lo que llamamos Grecia ocupaba en la antigüedad el sur de la península de los Balcanes, todas las islas del mar Egeo y la costa occidental de Asia Menor de la península de Anatolia en el Mar Mediterráneo. Los griegos, además, fundaron colonias en España y en Francia, en el sur de Italia, en Sicilia y en el norte de África. Desde épocas antiquísimas los griegos, avezados navegantes, forjaron buena parte de su historia bélica en medio del mar. Fueron legendarias sus guerras marinas para defenderse y para conquistar. Gracias a ellas, y en ocasiones a pesar de ellas, expandieron su apetito colonizador por territorios mediterráneos, asiáticos y africanos como ya se indicó. Ocuparon físicamente una parte considerable pero no muy extensa del mundo conocido, y sin embargo dejaron una impronta cultural universalizante que constituyó la semilla matricial de la cultura de Occidente.

Generalmente, los historiadores coinciden que el mundo griego más antiguo, tal como se ha podido evocar a través de las tablillas micénicas, se halla emparentado en muchos de sus rasgos con los reinos contemporáneos del cercano oriente. La religión y la mitología de la Grecia clásica hunden sus raíces muy directamente en el nebuloso pasado de los micenios.

Hace veintiocho siglos, los griegos crearon unos dioses portentosos que multiplicaban y magnificaban en sus personalidades fantásticas las virtudes y los vicios de los humanos. Eran tan perfectamente apasionados, amorosos, compasivos, lujuriosos, bondadosos o vengativos, que no podían tener otra naturaleza que la divina. Aún en nuestros días siguen teniendo presencia en la cultura, en el arte y en la ciencia, en la simbología psicológica y en la literatura universal. Y qué no decir en la filosofía. Estos dioses, que también fueron recreados por los romanos, pasaron a ser parte de nuestro legado imaginativo conformándose una especie de comunitario sustrato cultural de Occidente.

La mitología griega es una obra fundamental del pueblo, del cántico de los rapsodas legendarios que recogían su historia, y que la puso en boca de sus poetas, entre ellos Homero, Hesíodo, Heródoto y Ferécides de Siros.

Sabido es que el mito plantea explicaciones a todo, pero apoyado en los dioses. No obstante, el logos empezó a desarrollarse a partir de un mito fósil o de un núcleo embrionario mitográfico. Recordemos a Platón y los mitos de Fedón, Fedro, Banquete, o la República. Es difícil en principio, si no imposible a la larga, trazar una frontera que separe limpiamente el mito de la alegoría filosófica. Ya han puntualizado los expertos que los primeros filósofos griegos no escribieron tratados rigurosamente sistemáticos desde el punto de vista racional sino poemas, con un lenguaje cifrado, en donde el mito está disuelto en las metáforas. Definitivamente, el logos se desgajó del mito.

Todo nace en Oriente

Pero, a pesar de estas afirmaciones, soy de la opinión de que la filosofía no es un parto exclusivamente griego. Todo nace en Oriente, hasta el sol. Se dice incluso que las formas del pensamiento filosófico más antiguas surgieron en las civilizaciones milenarias orientales. Además, la filosofía griega empezó en las colonias que este pueblo tenía en el cercano oriente, en la península de Anatolia, junto al mar; solo un siglo después la filosofía llegó a Atenas. En la ciudad Estado de Jonia, específicamente en la provincia de Mileto, en el siglo VI A.N.E., el logos se hace presente edípicamente y empieza a desplazar al mito.

La península de Anatolia, donde hoy está Turquía, se encuentra rodeada de culturas tan diferentes como Siria, Irak, Irán, Armenia, Georgia, Rusia, Albania y Grecia, con el Mar Negro al norte y al frente el Mediterráneo. Según los paleontólogos, está habitada por el hombre desde la Edad de Piedra. Siempre ha sido apetecida. Allí se establecieron los Hititas, Persas, Bizantinos, Helenos, Romanos, Otomanos, y ahora los Turcos.

En esos lugares surgieron con los helenos los primeros esfuerzos de la razón humana por tratar de interpretar por sí misma al mundo, al margen de las visiones mágico-religiosas del Mito. Con base en observaciones perseverantes de carácter empírico – sensoriales, Thales logra generalizaciones magistrales en busca de un principio subyacente que explicara la unidad de la diversidad. Un principio de todas las cosas y hacia el cual todas las cosas retornaban una vez cumplido su ciclo histórico de existencia.

Ese fue el mérito de Thales, llamado con suficiente razón y con razón suficiente el primer filósofo griego; más grande por eso, tal vez, que Anaxímenes, que Heráclito, que Anaximandro, que Empédocles, Anaxágoras, que Leucipo o que el resto de genios que reflexionó hace 2.600 años en aquellas viejas y desde entonces luminosas comarcas del

Medio Oriente.

Todo indica que la situación geográfica de estas ciudades antiguas facilitó que griegos y orientales, a través de marinos y mercaderes, principalmente, construyeran una robusta tradición del intercambio comercial. En una consulta hecha por este conferenciante a mi profesor Nelson Barros Cantillo sobre esta etapa de la Grecia preñada y casi parturienta de filosofía, me contestó por escrito y con su acostumbrada excelencia lo que sigue: “Si, el comercio fue fundamental. El canje era de metales o piedras preciosas de la India por especias y bienes de consumo de Cantabria; de labradas piezas de marfil o ébano pulido de Angola por escudos espartanos o lanzas de Clazomenai; de armas e ingenios bélicos de Esparta por esclavos membrudos de Egipto, preparados especialmente para el trabajo rudo o finamente adiestrados para los blandos placeres del lecho; de hierbas medicinales de la Conchinchina por ganado lanar de Sicilia o de mapas inverificables de origen desconocido que mostraban los confines de la Tierra por emplastos del Sudán macerados en el primer menstruo de una doncella tuerta y destinados a curar la amnesia senil de los viejos esclavistas”.

“Al lado de la compraventa de bienes y el trueque de mercaderías, nació, creció y se multiplicó el intercambio de las ideas, de los inventos científicos, de las fantasías religiosas, de los ingenios bélicos, de las leyes constitucionales, el arte de castigar al vencido, la ciencia de someter a los vasallos, el secreto de construir fortalezas, la sabiduría inmarcesible de los culinarios, el imponderable Kama Sutra y el séptuple placer sodómico, el diestro oficio de manejar la espada, el advenimiento cíclico del fin del mundo, las técnicas de empalar sin producir la muerte instantánea, los comienzos de la trepanación quirúrgica, la cría del ganado porcino o de los principios rectores de la administración de las ciudades Estados, con Thales a la cabeza. También llegaron y se fueron las leyendas de dioses redentores y las vetustas teogonías de deidades eunucas, las primeras concepciones filosóficas acerca de la constitución de la materia envueltas en la niebla

arcaica de los primeros mitos.

“Mérito de inmortalidad fue en los primeros filósofos griegos, no el inventar propiamente la filosofía, sino el descubrir el método de filosofar sin la agobiante coyunda del mito. Fueron ellos los primeros que empezaron a aislar el mito, para entonces explicar el mundo a partir del mundo mismo. El aire, el agua, la tierra y el fuego, categorías de la filosofía cosmológica descubiertas por chinos e hindúes en épocas pretéritas, habían permanecido atadas en esas culturas a las férreas tradiciones religiosas de sus respectivos pueblos. No obstante, gracias a estos genios se logró esa síntesis creadora, que ellos llamaron filosofía, como una necesidad de la naturaleza humana de comenzar a superar el mito y explicar y comprender el mundo a través de la razón”.

Los jonios: los primeros filósofos

Los pioneros de la disciplina de pensar racionalmente con independencia de los mitos fueron los monistas de Jonia. Se les llamó así porque a partir de un elemento fundamental, primigenio y permanente, buscaban en el cambio y la descomposición, la explicación y el origen de los demás elementos. Luego vinieron los pluralistas, con Empédocles y sus seguidores. Ellos no veían un elemento sino varios. De alguna manera, los pluralistas representan una reunión de los aportes de Thales, Anaxímenes y Heráclito, pues a los elementos elegidos por estos añadieron uno más. Así, para ellos existían no uno sino cuatro elementos primigenios — Agua, Aire, Fuego y Tierra— que, mezclados o disgregados en diferentes proporciones, producían la variedad de todo lo existente. Estos se atraían o separaban con base en dos fuerzas contrarias: amor y odio. Una forma poética de prosopopeyizar, dialéctica y contradictoriamente, la dinámica del cambio en el cosmos.

La teoría pluralista, incorporada luego a su doctrina por Aristóteles, perduró hasta los albores de la Química, ciencia

que por fin demuestra en la modernidad los elementos últimos constitutivos de la materia, que después fueron catalogados en la tabla periódica de Mendeléiev, como se verá más adelante.

Empero, hasta hace poco, los filósofos y científicos solían estimar que en las entrañas de la materia estaba encerrado el acertijo científico de sus estados que observaron y racionalizaron los primeros griegos de acuerdo al grado de cohesión interna de las moléculas. El agua simboliza lo líquido; el aire, lo gaseoso; la tierra, lo sólido; transmutándose uno en otro a partir de la acción del fuego, energía térmica que, de acuerdo con su intensidad, determinaba cada estado particular. Sin embargo, la explosiva revolución cuántica de la Física corrigió la ilusión.

Había sido Leucipo quien introdujo en este período cosmológico de la filosofía griega la noción de átomo, convirtiéndose en progenitor de la escuela atomista, continuada y desarrollada por Demócrito, Epicuro, Luciano y Lucrecio. Los atomistas —con Demócrito como principal exponente— consideraron que todo lo existente, hasta los dioses y el alma, estaba compuesto por pequeñísimas partículas indivisibles. Estos últimos constituyentes —unidos o separados— originaban o finiquitaban el ciclo de existencia de las cosas.

La diferencia entre los átomos no era cualitativa sino cuantitativa. Hoy, se sabe que esto es cierto, pues un átomo difiere de otro por el número de protones, electrones y neutrones.

Sin embargo, la teoría de los atomistas no trascendió entre sus contemporáneos, sino la de los pluralistas. Solo en el siglo XIX su intuición genial fue probada por la ciencia de la Química y comprobada fatalmente en Hiroshima y Nagasaki con las bombas atómicas. Y aunque la palabra átomo significa sin división, y se haya demostrado que se puede dividir a partir del bombardeo de su núcleo liberando la energía que

posee, sigue llamándose átomo —a-tomo, sin división— en honor y homenaje eterno a estos físicos primitivos.

Los eleatas

Pero no todos los filósofos de esta primera gran época fueron naturalistas dialécticos espontáneos. Los hubo que pensaban diferente. En Elea, por los tiempos de Heráclito y los monistas, existió y pensó un filósofo llamado Parménides, original como él solo. Fue el primero que se preguntó sobre el Ser y su inmovilidad, y por su perfección y su permanencia. Si Heráclito era llamado el Oscuro, no veo razón alguna para que este calificativo no se le hubiera dado más bien a Parménides por el grado de abstracción de sus reflexiones, más que todo en esa época. Al apotegma de Heráclito de “nada es, todo cambia” contrapuso “lo que es, es” —la inmovilidad del Ser—. Buscaba, evidentemente, la permanencia.

Incluso, si lo único que permanece es el cambio, lo permanente parmenídeo ha triunfado. Platón luego le dará la razón. No obstante, fue su aventajado discípulo Zenón, quien asumió ilustrar los argumentos de su maestro contra el cambio, esto es, contra el movimiento. El cambio tiene que ver con ocupar dos espacios diferentes y la medida de esos dos espacios es el tiempo, luego se obliga a relacionarlo con el movimiento. He allí la trinidad espacio-tiempo-movimiento.

De las aporías de Zenón son muy comunes las de Aquiles, héroe homérico sinónimo del guerrero invencible, luego velocidad, y la tortuga, quelonio símbolo de lentitud; la de la mitad de la mitad de la mitad de la distancia, complejo lógico indescifrable. Por eso voy a referirme, más bien, a la más difícil, en tanto que apunta a los dos espacios simultáneos señalados arriba.

En esencia y recreando la aporía de Zenón, es lo que sigue: Supongamos que un arquero dispara una flecha al espacio.

La flecha, por supuesto, es sinónimo de velocidad, luego movimiento. Dicha flecha, en un momento determinado, tiene que estar donde está porque no puede estar donde no está; y sí está donde está no se está moviendo.

El Ser-Ahí, dirían Husserl o Heidegger en su fenomenología existencial. Captar la esencia del cambio indicaría cómo es posible pasar de un estado de reposo al movimiento, es decir, ¿cómo lo estático, en un momento determinado, puede producir el cambio de lugar en el espacio, si siempre se está ocupando un único y definitivo lugar en ese espacio? Luego, todo es estático.

Hoy una cámara fotográfica o un teléfono celular que haga sus veces, por ejemplo, capta e ilustra, precisamente ese solo y único lugar que todo “móvil” está ocupando exclusivamente en el momento en que es accionado el obturador, lo que le daría la prueba gráfica reina e inexpugnable a Zenón, el eleata inconmensurable.

El cambio, el movimiento es, pues, imposible. Es solo una ilusión porque racionalmente siempre estaremos situados en un espacio y en un tiempo determinados. Estamos ahí y no en otro espacio y en otro tiempo. Tamaño problema para la filosofía nos legaron este par de “locos”, dirían los que solo piensan en sentido común, el menos común de los sentidos y la cosa peor repartida entre nosotros, a pesar de Descartes. El espacio es un continuo permanente mientras el tiempo es un continuo sucesivo.

El problema del conocimiento

¿Pero, aun con su inmovilidad o movilidad, podrá un objeto conocerse? Sí, decía gran parte de estos ociosos creativos, pero no todos. Protágoras, por ejemplo, decía que “el hombre es la medida de todas las cosas” (Homo mensura) porque, cada cosa depende del sujeto que la capte. Las cosas serán para mí en la medida en que así aparezcan a mí y serán para otro en la medida en que así aparezcan a ese otro. Es el sujeto y

no el objeto el que determina la relación cognoscitiva. Su discípulo Gorgias llevó sus planteamientos subjetivistas al extremo del agnosticismo diciendo: Nada existe. Si algo existiera, sería incognoscible. Y si fuese cognoscible sería incomunicable (Verneaux, 1975). De esta manera retornaba, con su última conclusión, al subjetivismo de su maestro, gran precursor del solipsismo y del nihilismo.

Cratilo llegó, también, pero por sus propios raciocinios, al agnosticismo, argumentando que si el mundo está en constante cambio nada podrá conocerse, pues, cuando en la relación cognoscitiva un sujeto quiera ponerse en contacto con un objeto, para aprehenderlo e interiorizarlo mentalmente como imagen, ya este ha cambiado dejándonos solo el rastro de su paso anterior, etc. Es decir, el objeto se fuga del sujeto en la medida del esfuerzo que este hace por alcanzarlo. Por ello, solo capturamos la apariencia, más no la realidad de las cosas: La evidencia sensorial solo percibe la apariencia engañosa de las cosas. Cuestión defendida, con un ahínco hasta placentero, por Bertrand Russell en su bello texto Los problemas de la filosofía. Sí, las cosas son inasibles, como un trozo de música, la cual también había llamado la atención a los portentosos griegos, especialmente a Pitágoras.

La música es espacio y tiempo. La sucesión entre uno y otro da el ritmo y la armonía. Nadie puede detener una nota musical a pesar de lo que se llama ‘sostenido’. Por eso Pitágoras le otorgaba tanta importancia a las matemáticas, sobre todo al número.

Pitágoras y los números

Mira, decía Pitágoras: todos los cuerpos están limitados en el espacio por líneas; pero las líneas no son más que una sucesión de puntos. Es decir, para que exista la línea debe existir primero el punto. Luego, un punto es igual a 1. Cuando existe más de un punto ya hay una sucesión, luego una línea: dos puntos igual 2. El punto no tiene dimensión;

pero cuando hay 2, esto es, una línea, ya aparece la primera dimensión, longitud o largo. Cuando existen tres puntos no en sucesión, surge la superficie, la más angosta posible: el triángulo (isósceles, equilátero o escaleno, da igual), luego tres puntos igual 3. Aquí, ya aparecen dos dimensiones: largo y ancho.

Pero, cuando existe un punto exterior o superior (altura) a ese triángulo, tenemos una pirámide, la cual contempla no solo el largo y el ancho sino también la altura, por lo que estamos ante un cuerpo. Luego, 4 puntos igual a 4. Por eso, afirmaba Pitágoras, todos los cuerpos son tridimensionales. Aclaremos que estas tres dimensiones estuvieron vigentes en la antigüedad y fueron consagradas por Euclides en su geometría plana, llamada así porque los griegos creían que la tierra era un disco plano. La geometría del espacio, de Lobachevsky, en adelante la complementa.

Posteriormente, con Einstein, se entendió que las cosas no eran tridimensionales sino tetradimensionales, porque no solo estamos ubicados en el espacio sino también en el tiempo, que es la cuarta dimensión. Por ello, decimos hoy que el principio de igualdad matemático no existe en la realidad. 1 no es igual a 1, fácticamente hablando. Una manzana no es igual a otra manzana. Esa manzana solo será igual a sí misma y en un mismo tiempo; porque en dos tiempos diferentes ya esa manzana ha cambiado, aunque aparentemente sea la misma y permanezca siendo manzana, y sus semillas prolonguen su permanencia manzanas; y, por ella, sigamos pecando por ser el fruto del árbol de la ciencia para conocer el bien y el mal; y por ella continuemos avanzando en el conocimiento del ser heraclitiano o parmenídeo.

Pero, sigo con Pitágoras. La suma de los números antes anotados 1 (un punto), 2 (la línea), 3 (el triángulo) y 4 (el sólido) da 10. Para él, el número perfecto, porque contiene a todos los demás. De ahí en adelante, los números no hacen sino repetirse hasta el alfa infinito, aunque el 2 no sea más que la unidad repetida, el 3 triplicada, etc. En eso consiste

precisamente la unidad del mundo pitagórico.

Filosofía, literatura y matemáticas

Permítaseme otra digresión. Yo siempre he insistido a mis estudiantes en la relación literatura-filosofía. Al respecto, diré que los primeros filósofos griegos no escribieron tratados rigurosamente racionales sino poemas sobre la naturaleza, indagando orígenes. Después de los presocráticos, Platón, Agustín y hasta el racionalista Descartes acudieron a la alegoría, el misticismo o la ficción para poder expresar sus ideas filosóficas. Berkeley, Rousseau, Voltaire, continuaron con el mismo estilo literario. Hegel no ocultó jamás su gran respeto por el profundo pensamiento de Goethe. Antes, las reflexiones de Shakespeare rayaron en la filosofía. A Nietzsche muchos lo consideran poeta y a Borges filósofo. Bergson, Russell y Sartre fueron Premios Nobel de Literatura. Ya desde la antigüedad, su máximo genio, Aristóteles, no reconocía a Thales como el primer filósofo, sino a Homero. Según mi modo de ver, la literatura y la filosofía se nutren la una de la otra, son vasos comunicantes, y ambas tratan de resolver el misterio de la existencia. La filosofía utiliza la razón; la literatura, la imaginación.

Pero la relación filosofía-matemáticas no se queda atrás. Thales, Pitágoras, Platón, Agustín, Bruno, Copérnico, Galileo, Descartes, Bacon, Newton, Kepler, Laplace, Pascal, Lavoisier, Russell, Einstein, además de filósofos, fueron matemáticos.

Se dice que Platón hizo colgar un aviso en la puerta de la Academia que advertía: "Quien no sepa geometría, no entre". Newton en sus investigaciones físicas decía: "Física, tenle miedo a la metafísica". Nietzsche se emborrachaba con las matemáticas, para no hablar del vértigo que produce Stephen Hawking en su reciente Breve historia del tiempo.

Las matemáticas perfeccionan las facultades mentales e inducen a la lógica. Recordemos que la lógica aristotélica

evolució, a partir de Leibnitz en adelante, hacia la lógica matemática, buscando un sistema universal de símbolos para vaciar todo posible contenido fáctico y facilitar el lenguaje abstracto del pensamiento exclusivamente racional.

Pero lo que nos interesa resaltar aquí son los aportes de los primeros filósofos. Lo que vino después de estos genios griegos es de necios ignorar. De la etapa cosmológica se pasó a la antropológica con los sofistas y Sócrates, y de allí a Platón y Aristóteles, culminación filosófica de la antigüedad clásica. Posterior a ellos, ha dicho Whitehead, nada nuevo existe en filosofía. Proposición controvertible como casi todo lo que se respira en el controvertible espacio de la filosofía.

Por tales motivos, hay que volver permanentemente a los viejos griegos, con la distancia epistemológica que el tiempo, tantas veces evocado aquí por este simple amante de Sofía, pueda significar como separación entre su lejano mundo y el nuestro. Ellos todavía tienen muchas cosas más que enseñarnos, y es ese, principalmente, el mensaje que persigo dejar entre vosotros, en esta conferencia general.

ALGUNAS CONSIDERACIONES HISTÓRICAS SOBRE LA APARICIÓN DE LAS ESCUELAS PRESOCRÁTICAS Y SUS IDEALES FILOSÓFICOS

La filosofía aparece como una manera crítica de concebir la realidad racionalmente como una unidad, sea desde un principio o desde varios. Por ello, los presocráticos suponen una ruptura más o menos radical con respecto al tipo de explicación que la tradición mitológica aplicaba al mundo circundante a través de muchos dioses.

Esta crisis estructural es el resultado de la decadencia de las concepciones mitológicas y cosmogónicas representadas en las figuras de Homero, Hesíodo, Heródoto y Ferécides de Siros. Una crisis centrada en el siglo VI A.N.E. y que en Grecia se resuelve con nuevos instrumentos racionales.

La sociedad en la que se cristaliza la filosofía, fue resultado de un proceso que se inicia con las migraciones hacia Grecia culminadas en el siglo XII A.N.E con los dorios. Según Reale y Antiseri (1988), esas migraciones producen profundas transformaciones en la cultura micénica asentada ya en la península balcánica, insular y su entorno. La cultura resultante fue el resultado de la mezcla producida entre los pueblos eolios, aqueos y jonios (todos ellos, como los dorios, sociedades indoeuropeas que habían invadido el territorio griego durante varios siglos y los antiguos pobladores —«sociedad mediterránea»—, provenientes del ámbito de difusión cretense). Este orden precedente (la cultura

micénica) se transforma y produce el caldo de cultivo (siglos XII-VII A.N.E); en la que se desarrollan los grandes mitos y tradiciones culturales propiamente griegos.

Estos últimos asentamientos generaron un aumento de riqueza y, portanto, también de demografía. La consecuencia es el proceso de colonización que va a tener lugar desde el siglo IX al VII A.N.E. De alguna manera, las colonizaciones eran «coercitivas» y nada aventureras (el mismo Estado era quien organizaba la colonización). Las colonias funcionaban también como agencias, a través de las cuales las corrientes de bárbaros esclavos circulaban hacia el interior (Reale y Antiseri, 1988). En este fenómeno de colonización aparece el embrión del pensamiento filosófico.

El incremento de la navegación y del comercio, la fabricación de mercancías, la importación, etc., conducían al desarrollo de ciudades de comerciantes y artesanos, en las que podía abrirse paso un racionalismo peculiar, el cálculo tecnológico, político y un individualismo característico del mercantilismo.

Es fundamental tener en cuenta que las colonias son el lugar en el que el helenismo se encuentra con las culturas del cercano Oriente que, a su vez, transmiten la influencia de las culturas más lejanas, manifestando explícitamente las contradicciones y la insuficiencia de los mitos tradicionales para una concepción más adecuada del mundo. Entender la Physis (naturaleza) a través de un Arkhé (principio) al margen de los dioses era la búsqueda.

En este contexto surge la filosofía presocrática. Ella es el resultado de la reacción de este racionalismo que va generándose en la nueva sociedad ante los grandes temas que estaban planteados y resueltos a su manera por los grandes mitos cercanos orientales. Por ello, y es necesario recalcar, el ciclo presocrático se desarrolla en las colonias griegas en Asia Menor y la Magna Grecia, rodeadas de bárbaros (persas y cartagineses). Fue en ellas, precisamente, donde nació el

Logos.

Posteriormente, Atenas se convertirá en el centro del helenismo y los sabios que viven en las colonias acudirán a ella, en lo que será el origen de la sofística. No obstante, el recelo ante la llegada de estos filósofos, provocará sus expulsiones e incluso sus muertes: Anaxágoras, Protágoras, Diágoras y hasta Sócrates, etc. Pero para entonces ya, la filosofía había aparecido definitiva, inevitable e irreversiblemente (Reale y Antiseri, 1988).

Desde el punto de vista filosófico, el ciclo de la metafísica presocrática funciona, a modo de placenta, en la que el parto de la filosofía tendrá ocasión de ocurrir. Por ello se afirma que la filosofía presocrática surgió en el siglo VI A.N.E. en las colonias griegas del Asia Menor y, con ella, el uso de la Razón con la escuela jónica, la eleática, la pluralista, y demás a las que más adelante vamos a mirar desde sus principios metafísicos.

En este momento, nació en y para Occidente una nueva forma de reflexión que tratará de ocupar el lugar de las tradicionales explicaciones mitológicas. Allí, por primera vez, el Logos aparece diferenciándose del Mythos, aunque surgiera de él y conservará algunos de sus rasgos.

No es casual que los primeros representantes de la filosofía aparecieran en Mileto. Esta ciudad griega jonia, situada en la costa occidental de la península de Anatolia, fue en el siglo VI A.N.E una auténtica metrópolis, un núcleo comercial del mundo antiguo. El sistema de gobierno era aristocrático y sus ciudadanos principales vivían rodeados de lujos e inmersos en una cultura de corte menesterosa y materialista. Estas circunstancias, producto de la inventiva y la iniciativa humanas, no favorecían el reconocimiento de los dioses como responsables de semejante situación (Reale y Antiseri, 1988).

Determinante fue también este contexto político. Mileto, al

igual que otras ciudades griegas, no padecía las exigencias de una sociedad teocrática que impidieran la libertad de pensamiento, como sucedía en países orientales adyacentes. Por su localización geográfica, Mileto gozaba de una situación privilegiada, beneficiándose de los conocimientos científicos de pueblos vecinos más avanzados, fundamentalmente Egipto y Mesopotamia. Estas condiciones configuraron el marco idóneo para que la capacidad racional del ser humano iniciara un paulatino proceso de emancipación de las antiguas creencias (Reale y Antiseri, 1988).

El racionalismo metafísico, instaurado por la escuela de Mileto, solo puede dibujarse en el contexto de las concepciones mítico-totalizantes de las que hereda, precisamente, la propia evidencia axiomática de la unidad del todo. Pero esta comprensión se realizará a partir de procedimientos absolutamente novedosos.

En efecto, para los milesios lo que produce y anima al cosmos son las mismas fuerzas naturales cuya obra vemos cada día: la lluvia humedece la tierra o el fuego seca un vestido mojado, no los dioses. Lo original es que despojan al mundo de su aureola mitológica. No existe realidad alguna que no sea la naturaleza. Y esta naturaleza, separada de su pasado mítico, se convierte en problema racional. Mientras persistían confundidos los dos sentidos de physis como origen y nacimiento, la explicación del devenir descansaba en la imagen mítica de la unión sexual. Comprender era encontrar el padre y la madre... Pero entre los milesios, los elementos naturales ya no pueden vincularse por matrimonio entre dioses o fuerzas sublimadas en analogía con los hombres. La cosmología pasa de ser un relato semi-histórico (mítico) a ser un sistema que expone la estructura profunda de lo real (Vernant, 1975).

El nacimiento de la filosofía, continúa Vernant (1975), aparece, pues, gracias a dos grandes transformaciones mentales:

1. Un pensamiento positivo (científico-técnico) que

excluye toda forma de sobrenaturalidad y que rechaza la explicación divina de los fenómenos físicos.

2. Un pensamiento abstracto, que despoja a la realidad de este poder de mutación irracional que le prestaba el mito.

Sin embargo, este cambio no es drástico y mantiene ciertas estructuras permanentes del mito, por lo que este no desaparece, sino que subyace con trazos como herencia genética en la razón; aunque ya exista una visión unitaria y total de la realidad, bajo la forma de un único principio, es decir, su carácter metafísico.

Por ello, se afirma que la primera representación de contenido filosófico, esto es, el principio metafísico, incorpora la tradición mitológica en lo que tiene de unitario y monista. Pero, al sustituir a los dioses y sus relaciones por algún principio arraigado en la physis, como explicación causal de la pluralidad del mundo, esta metafísica es también el instrumento principal por medio del cual la razón pudo llevar a cabo la marginalidad del politeísmo antropomorfo griego, puesto que a ella se enfrenta de modo más o menos consciente, aunque todavía no de modo absoluto y radical, por supuesto.

A continuación, se hará una interpretación sintética de cómo los principales exponentes presocráticos concibieron sus ideales filosóficos, metafísicos.

Thales de Mileto: Logos, el Agua

Se dice que Thales predijo el eclipse de sol acaecido en el año 585 A.N.E., en la olimpiada 48. Con ello los historiadores afirman que puede redondearse la época en la que vivió: siglo VI.

Thales es considerado por la tradición griega como uno de los siete sabios entre los que se reconocían además Bías de Priene, Pítaco de Mitilene, Cleóbulo de Lindos, Solón de Atenas, Quilón de Esparta y Periandro de Corinto.

Los siete sabios, nos dice Carlos García Gual, son figuras representativas de un tiempo marcado en el progreso de la civilización antigua. El de la emergencia de la inteligencia política, con la organización de las polis en su marco institucional y legal, y la fundamentación del orden cívico en leyes escritas para todos. Por ello, las actividades que se le atribuyen a Thales en la ciudad de Mileto, responden en parte a esta tradición en la que se vio obligado a desplegar destrezas y habilidades que hacen honor a su talento como ordenador social.

Como sabio, se le reconocen ciertos principios geométricos: la bisección del círculo por su diámetro, los ángulos de un triángulo isósceles son iguales, y los ángulos verticales opuestos son también iguales. Desarrolló conocimientos de astronomía, entre los que destacan la predicción del eclipse ya mencionado, medida de los solsticios, etc. Desde el punto de vista filosófico conocemos su importante tesis metafísica fundamental, Todo es <<Agua>>.

Esta tesis responde, en efecto, a la misma experiencia fenoménica del Agua que se nos la presenta como determinándose y transformándose casi ante nuestra vista en los tres estados: sólido, líquido y gaseoso (Aristóteles mismo conjetura esta idea). Pero su significado metafísico radica en que veamos al Agua fenoménica como physis y arkhé (naturaleza y principio). Un Agua que puede llevar disueltas en su seno a todas las demás cosas, hasta la vida, que también cuando termina regresa a ella, igual que todos los fenómenos.

El racionalismo naturalista de Thales borra así las formas míticas con las cuales el universo es representado antropomórficamente. Porque ya no serán los dioses, sino las transformaciones propias de la naturaleza del Agua, las que explican la diversidad y pluralidad de la naturaleza. El agua es el único principio subyacente de todo. Thales, por tanto, es el primero en sintetizar en Occidente este principio, proclamarlo y nominarlo.

Anaximandro de Mileto: Logos, el Ápeiron

Según Teofrasto (1982), Anaximandro fue discípulo y sucesor de Thales. Desde el punto de vista de sus actividades científicas se dice que usó el gnomon, escuadra vertical cuya sombra señala la dirección y altura del sol (reloj de sol) y parece que fue él quien lo introdujo en Grecia.

El arkhé o principio metafísico de la physis para Anaximandro es el <<Ápeiron>>, traducido a veces por “lo ilimitado” y otras por “lo indefinido”. Ápeiron viene del griego peros, que significa límite, contorno; el prefijo a como negador (Teofrasto, 1982).

Anaximandro pretende dar inteligibilidad a la tesis de Thales, puesto que los procesos de condensación y rarefacción requieren, además del agua, un principio transformador: ¿Por qué del agua se produce la pluralidad del mundo y no permanece eternamente igual a sí misma?

Anaximandro conservaría de Thales el esquema de la transformabilidad, pero no de un modo directo e inmediato, sino por la mediación del Ápeiron, que lo envuelve todo y lo gobierna todo porque es indestructible. Al ser envolvente del cosmos garantiza la unidad metafísica del universo.

Según hemos colegiado de varios autores, el cosmos temporal aparece envuelto por el Ápeiron no solamente en sentido espacial, sino temporal: el Ápeiron es lo que antecede a un cosmos que comienza y lo que sucede a un cosmos que termina desvaneciéndose, que supone la idea de tiempo cíclico propia de los griegos. El tiempo, para Anaximandro, aparece como una ley en virtud de la cual todos los cambios y la pluralidad del mundo se realizan cumpliendo el ciclo marcado por ese tiempo que comienza y termina siempre en el Ápeiron. Dentro de esta idea de tiempo cíclico se ha querido ver en Anaximandro un pensamiento evolucionista, según el cual se van configurando también los seres vivos en

el mundo.

El Ápeiron es anterior al cosmos. Está fuera del mundo. Sin embargo, tampoco significa esto asumir una posición de carácter religioso sino todo lo contrario, porque “eso que se representa como fuera del mundo” no se define positivamente, como un dios o algo por el estilo, sino como lo que no está sujeto a límites, lo indeterminado e indefinido. Por lo tanto, se considera que el Ápeiron no es tanto aquello de lo que se parte en la génesis del mundo, sino aquello a lo que se llega cuando se ha puesto en duda la posibilidad de que el agua por sí misma pueda ponerse en movimiento o pueda transformarse en todas las cosas.

Anaxímenes de Mileto: Logos, el Aire

De Anaxímenes, se dice que era 22 años más joven que Anaximandro, pero optó por el monismo de Tales, difiriendo en el elemento que eligió y fundamentó metafísicamente.

La physis como arkhé para Anaxímenes es el <<Aire>>. En este sentido es una síntesis de los dos anteriores. El Aire incorporaría tanto las funciones del ápeiron, como las del agua como sustancia. De hecho, Teofrasto (1982), considera al Aire en Anaxímenes como ápeiron. Es determinado, como el agua, pero es, a su vez, ápeiron; esto es, indeterminado.

El Aire incorpora también un significado relacionado con las potencias anímicas: la «psyché», aliento, «pneuma» de vida. Así el Aire como principio recuperaba el atributo de principio del cosmos y de la vida. Este principio del aliento o soplo vital aún se conserva en la religión y en toda la cultura Occidental. Con la primera aspiración de aire comienza la vida y con la última expiración termina.

Pitágoras de Samos: Logos, el Número.

Pitágoras nació en el año 572 A.N.E., aproximadamente.

De él se dice que fue discípulo de Anaximandro. Dedicado, al parecer, a la acuñación de monedas, abandona Samos cuando se impone la tiranía de Polícrates en el año 532. Emigra a Crotona (Magna Grecia) y organiza allí la escuela pitagórica (Reale y Antiseri, 1988).

La escuela se componía de dos tipos de alumnos, los acusmáticos y los matemáticos. **Los acusmáticos eran, por así decir, los principiantes**, mientras que los matemáticos eran los ya iniciados (ver dedicatoria del presente libro).

En el origen de la filosofía pitagórica juega un importante papel la religión órfica. Religión que defendía la distinción entre el alma y el cuerpo, y la doctrina de que el alma es eterna y se reencarna sucesivamente, así como la concepción dualista del mundo entre pares de opuestos.

La tesis “todas las cosas son <<Número>>”, como tesis metafísica quiere decir que las diferentes cosas del mundo que «aparentemente» no están organizadas según medida, resulta que «en realidad» están regidas por proporciones matemáticas. Así, la belleza será el resultado de la armonía proporcional; la salud, como armonía entre las partes del cuerpo; la justicia, como un equilibrio entre los distintos ciudadanos, etc.

Sin embargo, la tesis “todo es Número” obliga a pasar de unidades modulares, relativas a unidades en sentido absoluto y con ello a la postulación de la unidad como principio ontológico originario. De esta forma, el aritmetismo pitagórico conduce a la idea de una unidad última indivisible (¿prefiguración del átomo?) y soporte de lo real. Por otra parte, el aritmetismo incluye el riesgo de caer en una suerte de aritmología completamente mística.

Heráclito de Éfeso: Logos, el Cambio

Se afirma que el llamado “oscuro”, vivió a finales del siglo VI. A.N.E. Su “oscuridad” responde a la forma aforística y

figurada en que expresaba sus opiniones.

Tres son sus tesis fundamentales que se extraen de los fragmentos (Verneaux, 1975), que se conservan de la obra de Heráclito:

1. El cambio absoluto.
2. Doctrina del Logos, como principio de coherencia subyacente a las cosas.
3. Fuego como principio metafísico.

Heráclito se nos presenta ciertamente como un continuador del espíritu monista de la Escuela de Mileto, aportando un nuevo y distinto elemento único como principio del mundo: el Fuego.

La filosofía de Heráclito se enfrenta aparentemente con la tesis metafísica de la unidad del mundo. Porque la unidad ahora se realiza en la destrucción continua de las diferencias. Pero lo que permanece como unidad es precisamente el <<Cambio>> incesante, producto de las contradicciones internas de todos los fenómenos. Por ello, lo único que existe es el cambio. Vaya contradicción. De este modo, la unidad del mundo corresponde precisamente con el incesante Cambio, en los términos que él utiliza: la unidad es Unión y Separación, Cambio permanente, Contradicción.

Ahora bien, la unidad contradictoria tiene sentido en el devenir en la medida en que este responde a una ratio, a una razón, a un orden. Es lo que Heráclito llama «Logos», palabra que significa recoger, componer, organizar, razón, etc. Logos es la ratio según la cual se producen los cambios. Solo así puede entenderse la siguiente frase del filósofo: “Si se escucha no a mí sino al Logos, será preciso convenir que todas las cosas son una”. La unidad es el Cambio en la medida en que este se realiza según el logos. “Nada es, todo cambia” (Verneaux, 1975).

El Cambio responde a la misma concepción de la

organización de la vida de modo cambiante, que contrasta evidentemente con el inmovilismo propio de los pitagóricos y los eleatas.

Parménides de Elea: Logos, el Ser es.

Elea era una colonia griega de la Magna Grecia. Parménides, su fundador, recibió influencias pitagóricas y no es difícil interpretar su filosofía como dirigida contra Heráclito. “Lo que es, es. El Ser es inmóvil”.

Parménides (siglo VI A.N.E), es considerado el primer exponente de la ontología. Es él quien utiliza por primera vez el concepto de ser/ente en forma abstracta. Este saber metafísico, comenzó cuando el espíritu humano se hizo consciente de que lo real sin más no es lo que nos ofrecen los sentidos, sino lo que se capta con el pensamiento. (“Lo mismo es pensar y ser”). Es lo que él llama <<Ser>>, y que se caracteriza a través de una serie de determinaciones conceptuales que están al margen de los datos de los sentidos, como ingénito, incorruptible, inmutable, indivisible, uno, homogéneo, etc.

Parménides expone su teoría con tres principios (Verneaux, 1975): “el ser es y el no-ser no es”, “nada puede pasar del ser al no-ser y viceversa” y “lo mismo es el pensar que el ser” (esto último se refiere a que no puede existir lo que no puede ser pensado, (fuente inicial directa para Berkeley, muchos siglos después).

A partir de su afirmación básica (“el ser es, el no-ser no es”) Parménides deduce metafísicamente que el Ser es ilimitado, ya que lo único que podría limitarlo es el no-ser; pero como el no-ser no es, no se le puede establecer limitación alguna. Por lo tanto, según deducirá Meliso de Samos, el Ser es infinito (ilimitado en el espacio) y eterno (ilimitado en el tiempo). Estas afirmaciones -contrariamente a lo que pudiera pensarse- serían incorporadas en los tiempos modernos por Lavoisier en sus Leyes sobre la Materia, acotó

marginalmente, como lo he dicho anteriormente en otros acápite.

La trascendencia de este filósofo es decisiva en la historia de la filosofía y del pensamiento mismo. Hasta Parménides, la pregunta fundamental de la filosofía era: ¿De qué está hecho el mundo? (a lo que algunos filósofos habían respondido que el elemento fundamental era el agua, el aire, el fuego, un misterioso elemento indeterminado, etc.). Parménides instaló al Ser en la escena, como objeto principal del discurrir filosófico, trascendiendo hasta Hegel, Heidegger, Sartre, etc.

De Parménides se conservan fragmentos correspondientes a un poema en estilo épico en el que relata un proceso de iniciación muy usual en las religiones místicas de los griegos. Sin embargo, el contenido es profundamente antirreligioso.

Por tanto, el Ser es eterno. No obstante, Parménides crítica así las tesis de Heráclito del perpetuo cambio, porque el Ser es inmutable. El cambio es aparente porque todo cambio significa el paso del «no ser» al «Ser» (Verneaux, 1975). Pero, por otro lado, del Ser no puede surgir la pluralidad, tal como habrían supuesto en la escuela de Mileto. La pluralidad significa que el Ser es distinto de sí mismo: del agua solo podría seguirse agua y no la pluralidad que, inevitablemente, significaría una negación de ella misma, etc. Estas tesis serán defendidas por su discípulo Zenón de Elea, con sus aporías para la negación del movimiento.

Empédocles de Agrigento: Logos, los Cuatro Elementos

Empédocles heredó el hallazgo filosófico de Parménides: el Ser; de Heráclito, su visión del mundo, orientado por el principio de las transformaciones y el perpetuo cambio, pero siempre considerando estas como compatibles con un mismo proyecto que es el que ha guiado en todo momento la filosofía presocrática: formular la unidad entre las formas del mundo como unidad global (monismo metafísico).

Por otra parte, la consideración de una pluralidad de principios generales mediante los cuales se explica la unidad del cosmos incorpora un nuevo tipo de racionalismo: el racionalismo compositivo, que se opone al tradicional racionalismo de división, participación o transformación.

La vida de Empédocles transcurre a lo largo del siglo V, época de gran auge para su ciudad natal, Agrigento. Se conservan fragmentos de dos obras en forma de poemas épicos, *Las purificaciones* y *Sobre la naturaleza*, que es una síntesis de los aportes de los monistas anteriores a él (Reale y Antiseri, 1988).

Los principios de la *physis*, sus elementos constitutivos, mezclados en diferentes proporciones son «la Tierra, el Agua, el Fuego, y el Aire». De estos cuatro elementos se constituye el mundo a través de un principio ordenador que será descompuesto en dos: el amor y el odio.

La idea de amor y odio —como principios prosopopéyicos contrarios pero ordenadores— solo puede introducirse, precisamente cuando se supone una pluralidad originaria y la concepción de la combinación de dicha pluralidad. Pero también cuando esa combinación (el mundo) debe considerarse necesaria, determinada por algún principio que la justifique. Por ello, se puede decir que en este contexto concreto aparece, por primera vez, la idea filosófica de un principio ordenador, como posteriormente será el «demiurgo» platónico. En este caso, además, en términos aristotélicos se plantearía como causa eficiente. El mismo genio estagirita asumiría la doctrina pluralista de Empédocles y la incorporaría a su filosofía, catapultándola prácticamente hasta la modernidad.

Anaxágoras de Clazómenas: Logos, Homeomerías, Nous.

Anaxágoras fue un jonio emigrado a Atenas. Amigo de Pericles, maestro de Eurípides, precursor del ideal de la

vida contemplativa y del cosmopolitismo de los sofistas. Expulsado de Atenas por impiedad, nos dice Reale y Antiseri (1988).

Según Aristóteles (1977), Anaxágoras consideraba que el mundo estaba compuesto de unos elementos mínimos llamados <<Homeomerías>>, que significa «aquello cuyas partes son iguales entre sí». Parece ser que Anaxágoras habló de «semillas», «spermata». Semillas que son heterogéneas, es decir, diferentes cualitativamente unas de otras (representando una visión análoga con la vida biológica). Algunos consideran que, de alguna manera, las Homeomerías serían una especie de precursoras o intentos semejantes o insinuantes para los átomos de Leucipo y Demócrito.

Otra idea, tal vez la que más ha inmortalizado a Anaxágoras, es la idea del <<Nous>>. El Nous representa en él lo que el amor y el odio en Empédocles. Nous significa pensamiento, orden, razón. El Nous es el principio metafísico ordenador en función del cual se realiza por necesidad el mundo. Es, sin embargo, distinto de los principios de Empédocles, porque no actúa directamente; es, más bien, concebido como causa final dialéctica, con respecto a la cual todo lo que hay responde en definitiva con el designio del Nous, alma o pensamiento.

La unidad del mundo se realiza a través de este principio ordenador que rige el funcionamiento de las semillas, no por determinación directa, sino en cuanto que ellas mismas se realizan como tales, cuando han dejado de serlo, es decir, cuando se han realizado en las cosas que constituyen el mundo (potencia y acto sería en Aristóteles).

El Nous, espíritu o razón es la que ordena el caos que nos viene del mundo y le da la armonía que percibimos como totalidad, bien sea en los fenómenos particulares o, si se quiere, en el cosmos entero. El Nous, también concebido como alma, influiría a Sócrates, Platón, Plotino, San Agustín

y el cristianismo hasta la actualidad. Y, por supuesto, buenas razones para el florecimiento de la teoría del conocimiento racionalista de Descartes y más allá... Todo es cuestión de ir haciendo las conexiones respectivas en el hilo conductor del desarrollo de la historia de la filosofía.

Demócrito de Abdera: Logos, los Átomos

La tradición del atomismo clásico, siglo V A.N.E., está representada por dos autores: Leucipo y Demócrito de Abdera, aunque también fue asumido por Epicuro, Lucrecio y Luciano. Leucipo, relacionado con la escuela eleática, es el maestro de Demócrito, pero casi nada se sabe de él. Demócrito, viajero, de familia acomodada, se le atribuye la obra Pequeña ordenación del cosmos. Soltero, escritor prolífico, a Trasilo le atribuyen dos obras de ética, cuatro de física, tres de matemáticas, etc (Reale y Antiseri, 1988).

El mundo está compuesto de <<Átomos>>. Los Átomos son todos iguales sustancialmente, indivisibles —como su nombre indica— e invisibles. Los Átomos de Demócrito se distinguen entre sí por su aspecto externo, su forma. Están en constante movimiento en el vacío y debido a su forma y a los choques que tienen lugar entre ellos, se producen las uniones de unos Átomos con otros, azarosamente, dando lugar a configuraciones distintas, una de las cuales es el mundo. Porque es evidente que no todos los Átomos pueden combinarse con todos, esta posibilidad depende de su forma, y por tanto las configuraciones no pueden dar lugar a una unión global de todas las cosas—como un rompecabezas—, ni a una unión necesaria por sí misma.

El atomismo no es tan importante por lo que afirma —profunda metáfora—, como por lo que niega. Niega la inmovilidad del ser parmenídeo, las causas teleológicas y la cualidad, y, con ello, la realidad de las formas del mundo son puros resultados azarosos de la combinación fortuita entre los Átomos, que es una única realidad, que ningún dios ni hombre los ha creado y que existen desde siempre.

LA ELABORACIÓN DEL CONCEPTO “LOGOS”

Heráclito, Anaxágoras, Pitágoras y Parménides

El nacimiento de la filosofía consistió, pues, en el abandono en el plano del pensamiento consciente de las soluciones míticas a los problemas relativos al origen y la esencia del universo, y los procesos que se producen en él.

El paso del Mito al Logos significó la determinación de buscar una explicación natural del mundo dentro de sus propios límites. Para ello, el hombre contó con la sola asistencia de la razón, único y suficiente instrumento para llevar a cabo esta tarea.

En lo que comúnmente se llama filosofía presocrática se distinguen las líneas de pensamiento de las colonias griegas: allí no solo se hace, por vez primera, un uso filosófico de los términos “Razón” e “Inteligencia”, sino que se trazan las líneas maestras que prefiguran la concepción racionalista entre el ser humano y la realidad.

Muy a pesar de que todos los presocráticos —de Thales en adelante— aportaron en la elaboración del concepto Logos como principio subyacente de todo, por el grado de complejidad y abstracción, voy a señalar, según mi propia intelección particular, como decisivos a los cuatro filósofos

que se relacionan en el título de este acápite. He aquí algunos atisbos expresados en varios de los fragmentos supérstites de ellos sustentados por especialistas o autoridades en la materia; las citas escogidas refuerzan esa búsqueda filosófica en la antigüedad. Lo único que intento es hacer al logos digerible, didácticamente hablando. Es, pues, una síntesis en aras a una primera aproximación al tema en cada uno de los precitados filósofos que elegí para tal fin.

Heráclito de Éfeso

Heráclito de Éfeso fue uno de los primeros —o tal vez el primero— en servirse del término Logos para expresar ciertas ideas. Pese a su origen jonio y sus planteamientos monistas, Heráclito no comparte los rasgos que se han atribuido a sus contemporáneos. Él mismo afirmaba que no aprendió nada de ningún hombre ni de ningún dios y que su sabiduría era el producto de una búsqueda interior. De Heráclito se conservan más de un centenar de fragmentos, escritos en un estilo críptico, atendiendo a la forma y el contenido de sus sentencias, aforismos y apotegmas.

Heráclito se consideraba poseedor de una verdad absoluta e incontrovertible sobre la constitución del mundo: la existencia real de un Logos que ordena todas las cosas y determina todo cuanto acontece. Solo a él le correspondía el privilegio de haber visto esta verdad de la que, sin embargo, no se consideraba más que su vehículo. La verdad no se alcanza mediante la acumulación de conocimientos: la mucha erudición no enseña la sabiduría. El logos lo es todo:

Aunque este Logos existe desde siempre, los hombres son incapaces de comprenderlo, lo mismo antes de oír hablar de él que después de haber oído hablar de él. En efecto, aun sucediendo todas las cosas según este Logos, parecen no tener ninguna experiencia de él, aunque reconocen por experiencia, palabras y hechos como los que yo expongo, cuando distingo cada cosa según su naturaleza y explico cómo es. Pero a los demás hombres, tanto les pasan

desapercibidas cuantas cosas hacen de dormidos, como les pasan inadvertidas cuantas hacen despiertos (Verneaux, 1975).

El sentido del término Logos en este fragmento no puede ser identificado, sin más, con el significado común de palabra o discurso. El Logos heracliteano es principalmente algo que está por encima del hombre y que dirige el curso de todo cuanto acontece. Al mismo tiempo, el Logos también es palabra en Heráclito.

Es prudente escuchar al Logos, no a mí, y reconocer que todas las cosas son uno... Los ojos y los oídos son malos testigos para los que tienen un alma bárbara... Hay que seguir lo que es común, pero, aunque el Logos es común, la mayoría de los hombres viven como si tuviesen una inteligencia propia, particular (Verneaux, 1975).

El Logos es común en el sentido en que puede ser aprehendido por todos, es una Ley universal. Es una virtud captar lo común y un error pretender que uno posee una sabiduría particular. Lo común es el acto de pensar, la inteligencia reflexiva: común a todos es el pensar. Aquellos que hablan con inteligencia deben apoyarse en lo que es común a todos (...) (Verneaux, 1975). Además del principio rector de la realidad, el Logos abarca la capacidad pensante del ser humano, en tanto que común, el Logos está presente en todo cuanto existe, incluida la mente humana. El Logos que se hace crecer a sí mismo pertenece al alma. En la concepción heracliteana del Logos se superponen por primera vez las dos dimensiones fundamentales de la razón: la gnoseológica y la metafísica, tal y como lo reconocen los historiadores de la filosofía antigua.

El Logos es en parte espiritual y en parte material. Al ser universal, el Logos está inserto en todo, es común a todas las cosas. El Logos se encuentra materialmente encarnado en el mundo, determinando el orden racional. El hombre participa de este orden por medios físicos, entre los que

se incluye la respiración y los conductos de los órganos sensitivos. Los sentidos son para los hombres los canales primarios de comunicación con el Logos. Para aprehender el Logos, el hombre ha de estar en contacto (sensorial) con lo común, pero debe ensimismarse para ascender al elemento racional humano, llegando al Logos universal y verdadero. Platón volverá a afirmar esto posteriormente con su Anamnesis.

El aspecto material del Logos es el <<Fuego>>; el Logos se encuentra encarnado en el Fuego. No se trata de una mera representación simbólica; para Heráclito el fuego es la forma más pura y elevada de la materia. El Fuego es lo común, lo que está presente en todo lo que tiene existencia.

Verneaux (1975) recoge los siguientes fragmentos: Todas las cosas se intercambian por el Fuego y el Fuego por todas las cosas, como las mercancías se intercambian por el oro, y el oro por las mercancías. (El fuego no es una llama incandescente, sino una especie de vapor invisible, una exhalación seca que constituye el principio vital y racional de las cosas. La irracionalidad y la muerte se relacionan con lo frío y lo húmedo). El Fuego es la inteligencia y la causa del gobierno de todas las cosas. El Fuego se relaciona con lo caliente y lo seco. La inteligencia humana conoce el Logos en la medida en que participa del Fuego. El alma seca es la más sabia y la mejor.

La pretensión de emparentar el alma humana con el orden cosmológico —a través del Logos materializado en el Fuego—, supone un intento de identificar la razón metafísica con la razón cognoscitiva. El hombre, mediante una facultad que le es dada y que comparte con el resto de sus semejantes, es capaz de elevarse hasta la Ley universal. El Logos de Heráclito es el principio rector e inteligente que nos dirige, causa del orden del cosmos y al cual debemos nuestra propia inteligencia (Reale y Antiseri, 1988).

Anaxágoras de Clazómenas

Otro término relacionado con el que me he referido al mencionar los vocablos razón o inteligencia es el de <<Noûs>>. El primero en hacer uso de él en sentido filosófico fue Anaxágoras de Clazómenas. Anaxágoras es también representante de la tradición jónica, es decir, de la investigación libre, motivada únicamente por la curiosidad y caracterizada por una actitud principalmente científica. En sus especulaciones físicas la religiosidad se considera prácticamente ausente.

De Anaxágoras existen varias docenas de fragmentos. En ellos se plantea el problema de la unidad y la pluralidad. La respuesta que da Anaxágoras pasa por admitir un doble principio: uno pasivo, que en cierto sentido se identifica con la materia inerte, muerta e indeterminada y otro activo, inteligente y regulador del cosmos. De acuerdo con Diógenes Laercio (1962), el discurrir de Anaxágoras comenzaba con las siguientes palabras: Todas las cosas estaban juntas; luego llegó la mente (Noûs) y las puso en orden. En esta cita queda expresada, de manera efectiva y concisa, toda la cosmogonía de Anaxágoras. Racionalismo afirmo yo: el mundo está totalmente desordenado; es la razón lo que ordena todo para poder entenderlo clasificando causas, efectos, etc.

Frente a la negación eleata del devenir, la teoría de Anaxágoras constituye un esfuerzo por preservar la realidad del mundo físico, el cual trata de explicar en términos aparentemente materiales. Este principio sobre la composición del mundo se desarrolla en la doctrina de las <<Homeomerías>>.

En la doctrina de las homeomerías se combinan dos principios. El primero viene a decir que hay una porción de todo en todo: En cada cosa hay una porción del todo. La idea que recoge este principio es que nada puede proceder de la nada, sino que todo se ha generado a partir de todo lo demás. De acuerdo con el segundo principio, todo es infinitamente divisible en partes homogéneas consigo mismas, es decir,

cada sustancia se compone de partes de las partes, iguales entre sí.

Y puesto que no solo lo grande, sino también lo pequeño, tienen partes que son iguales en número, todas las cosas tienen que estar también, de ese modo, en todo. Y dado que es imposible que exista lo mínimo, nada puede hallarse separado ni llegar a ser en sí mismo, sino que, exactamente igual que lo estuvieron en el principio, así ahora todas las cosas existan juntas. Cada cosa está integrada por muchas cosas, conteniendo las más grandes y las más pequeñas una cantidad igual de las cosas que se separaron (Verneaux, 1975).

Todo contiene una porción de todo lo demás. Un trozo grande de algo contiene tantas porciones de ese algo como uno pequeño, pese a la diferencia de tamaño. Sin embargo, ninguna sustancia —a excepción del Noûs— contiene la totalidad del número infinito de sustancias en igual proporción.

El intelecto es completamente homogéneo. Pero, de lo demás, nada es semejante a ninguna otra cosa, sino que cada cosa es y era manifiestamente cada cosa, de la que mayor proporción hay en ella (Verneaux, 1975). Su explicación sobre la materia adquiere sentido al considerar que existe un principio racional que rige el origen y la evolución del universo, hasta la vida misma. Este principio nos remite a una fuerza extrínseca, responsable del movimiento y de la división de las cosas: el Noûs. La Mente o el Intelecto de Anaxágoras es una fuerza cósmica que se asemeja mucho al Logos de Heráclito.

La mente, que siempre es, está ciertamente ahora incluso donde están también todas las demás cosas, en la masa circundante y en las cosas que han sido unidas y separadas (Verneaux, 1975). El intelecto es ápeiron en el sentido anaximandrológico pleno del término: tiene una extensión indefinida, está compuesto de un número ilimitado de partículas, es eterno en el tiempo, no tiene límites internos

y es homogéneo. La función de la mente fue impulsar el movimiento del torbellino cósmico, iniciando así la disgregación de las homeomerías y dando con ello origen a la formación del Cosmos.

Las demás cosas poseen una porción de todo, pero el intelecto es algo infinito e independiente, y no está mezclado con cosa alguna, sino que existe solo y por sí mismo (...). Es la más sutil y pura de todas las cosas, y tiene la comprensión absoluta de todo y el máximo poder, y todo lo que tiene vida, tanto lo más grande como lo más pequeño, todo ello lo controla en Intelecto, y él controló la rotación universal e hizo que todo girara en el principio (...). Y a las cosas que estaban mezcladas y que se están separando y dividiendo, a todas ellas las determina el Intelecto. Y puso todo en orden el Intelecto, lo que iba a ser, lo que fue, pero ahora no es; y todo lo que ahora es y será; incluso esa rotación en la que giran ahora las estrellas, el sol y la luna, y el aire y el fuego que se están separando. Esta rotación originó la separación (...). (Verneaux, 1975).

Es decir, el Logos de Heráclito y el papel del Noûs de Anaxágoras se reducen a una primera intervención causal. Después de iniciar el movimiento rotativo, el Intelecto comenzó a separarse de todo lo que había puesto en movimiento, de manera que la rotación siguió por sí sola. Tras el impulso inicial del Noûs, el resto del proceso obedece a causas puramente mecánicas, no inteligentes. Algo así como el primer principio, diría después Aristóteles... y todos sus seguidores...

Respecto al posible vínculo entre el Noûs y el hombre, Anaxágoras nos dice lo siguiente: En todo hay una porción de todo, excepto del Intelecto, pero en algunas cosas también está el Intelecto (Verneaux, 1975). Esta excepción hecha por Anaxágoras parece sugerir la posibilidad de que en la vida también se encuentra el Noûs, la Inteligencia cósmica. Lo que podría entenderse como que el intelecto está presente en el conjunto de los seres vivos, o tal vez solo en el hombre;

o puede que únicamente en algunos hombres.

Pitágoras de Samos

Hacia finales del siglo V y principios del IV A.N.E., surge la escuela de Pitágoras. Esta corriente se desarrolla dentro de un movimiento sectario de carácter político-religioso. Mientras que el pensamiento jonio estaba movido por la curiosidad y el interés por el progreso científico, el pitagorismo se orientaba hacia la búsqueda de un determinado modo de vida, prescribiendo unas pautas de comportamiento mediante las que el hombre armonizara con el orden cósmico. La finalidad espiritual de esta doctrina supone una sustancial diferencia respecto a otros desarrollos que se encuentran en esta época. Su importancia reside en que muchas de las ideas pitagóricas influyeron poderosamente en los grandes pensadores del período clásico -como Sócrates y los sofistas- y, por consecuencia, en toda la tradición posterior. Entre ellos Platón pero más Aristóteles, en cuyas obras aparecen muchas referencias a Pitágoras; y a los pitagóricos que difundieron sus ideas.

A Pitágoras de Samos se atribuyen importantes descubrimientos matemáticos, entre los que destaca el teorema de la hipotenusa del triángulo rectángulo. El interés que los pitagóricos manifestaron por las matemáticas iba acompañado de un misticismo. La estrecha relación entre especulación matemática, astronómica y religiosa es característica del pensamiento de Pitágoras. Los <<Números>> son la esencia de las cosas. Según Aristóteles, los pitagóricos concibieron las cosas como números, puesto que concibieron los números como cosas:

Absorbidos por los estudios de la matemática, llegaron a creer que los principios de los números eran los principios de todas las cosas (...). Así, pues, al ver que toda la naturaleza parecía poderse reducir a números, y al ser, por otra parte, los números anteriores a todas las cosas, vinieron a creer que los elementos de los números eran también los elementos

de todas las cosas, y que el universo astronómico entero es una combinación armónica de números (Reale y Antiseri, 1988).

Las cosas son iguales a Números extensos y materiales. Los Números pitagóricos no equivalen a los números ideales o abstractos de Platón; no son modelos de las cosas, sino las cosas mismas, en cuanto a unidades como en cantidades. Por Aristóteles (1977), se sabe que los pitagóricos sostuvieron que el Cosmos es una esfera viviente, unitaria y compacta: al respirar, el Cosmos inhaló el Vacío que al penetrar en su interior disgregó su unidad, dando lugar a la pluralidad numérica de las cosas. Cada una de las cosas es igual a un número. Los números no solo explican las realidades físicas, sino también las cualidades morales. En los fragmentos atribuidos a Filolao de Crotona (siglo V A.N.E.), filósofo y matemático de la escuela pitagórica, se encuentra la siguiente clasificación de los números:

- El 1 simboliza la Razón (o el Fuego), pues no admite división ni divergencia. Representa el punto que aún no tiene dimensiones.
- El 2 representa la Opinión, porque admite divergencias. También es símbolo de la Tierra y de la femineidad. Es el segundo punto, luego la línea o unión. Tiene una dimensión, largo.
- El 3 no en sucesión de puntos sino en discontinuidad conformaría una superficie con 2 dimensiones (ancho y largo)
- El 4 tendría las 3 dimensiones y representaría un cuerpo.

La suma de estos números totaliza 10, que es el número sagrado y perfecto por excelencia. Es decir, incluye la suma de los cuatro primeros ($1 + 2 + 3 + 4 = 10$) y de las 4 figuras geométricas (el punto: 1; la línea: 2; la superficie: 3; y el volumen: 4).

Para los pitagóricos el número era responsable de la armonía, principio divino que gobierna el universo. Todo el

universo está regido por una regularidad matemática, de la que resulta una armonía celestial. La armonía numérica que los pitagóricos reconocieron en el universo se corresponde con la armonía musical. Así lo atestigua Aristóteles (1977):

(...) porque en los números veían las combinaciones y las explicaciones de la música (...) Y todas las concordancias que podían descubrir en los números y en los fenómenos musicales respecto de las fases de los fenómenos astronómicos, sus partes y el orden que los regía en el universo entero, luego de reunirlos en un sistema, las aplicaron a la investigación de todos los seres.

Los pitagóricos descubrieron la existencia de un esquema numérico detrás de la escala musical. La organización numérica propia del sonido armónico aparece en esta doctrina como una revelación. El número es la clave para entender no solo la música sino toda la naturaleza. El número explica el orden que rige el universo que se despliega ante el hombre. Las connotaciones religiosas del número guardan una estrecha relación con la analogía que establecen entre el orden cósmico y la armonía musical. Deseo añadir, de manera especulativa —y tómesese como otra digresión más—, que últimamente las sondas espaciales parecen percibir desde los confines siderales, sonidos similares a los de armonías musicales. Todo es ritmo, definitivamente.

Las nociones de número, orden o proporción sirven en la doctrina pitagórica para conectar las ideas filosóficas con las religiosas: el mundo es un *ko'smos*, palabra griega que hace referencia a la combinación de orden, perfección estructural y belleza. La totalidad de la naturaleza está unida por lazos de parentesco; el alma humana está íntimamente ligada al universo vivo y divino; lo semejante se comprende por lo semejante. En este sentido, la comprensión filosófica o racional de la estructura del cosmos equivale a cultivar el elemento divino que el hombre lleva en sí (Reale y Antiseri, 1988).

Según la información que he compilado, para los pitagóricos, el hombre consta de dos partes: un cuerpo, de elementos materiales, y un alma, de procedencia celeste (¿Nous anaxagórico?). Las almas son partículas que se desprenden del infinito y andan vagando hasta que se encarnan en un cuerpo, en el que entran mediante la respiración (esto sería asimilado también por Platón, a instancias de Sócrates). El universo es uno, eterno y divino; los hombres son muchos, están separados y son mortales. Pero la parte esencial del hombre, su alma, no es mortal. El alma del hombre es inmortal al ser un fragmento del alma divina y universal, de la que es separada y hecha prisionera en un cuerpo perecedero. Aquí también se insinúan los principios básicos del dualismo Tomista o Cartesiano que posteriormente se proyectará hasta nuestros días, filosófica y religiosamente hablando.

Por otro lado, la creencia —común al orfismo— en la transmigración de las almas es difundida por el pitagorismo desde sus orígenes. Si vives bien, tras la muerte del cuerpo, el alma humana volverá a su estado primitivo a formar parte del alma divina de la que procede. En cambio, si vive mal se reencarnará indefinidamente en cuerpos de animales o plantas, hasta alcanzar su purificación. Mientras fuera impura, el alma estará condenada a permanecer en el ciclo de la transustanciación, metempsicosis o reencarnaciones sucesivas. La finalidad de la vida del hombre no podía ser otra que cultivar su alma, quitarse la mancha del cuerpo y alcanzar así el alma universal, eterna y divina, a la que pertenecía por su propia naturaleza. La idea de que la depuración y la salvación pasa por el cultivo del alma es una de las aportaciones más originales del pitagorismo.

El hombre está emparentado no solo con las formas inferiores de vida, sino con el alma del universo. Dicen los entendidos que pese a que en Platón solo se encuentran pocas referencias explícitas a Pitágoras, la influencia del pitagorismo sobre su pensamiento es innegable. En relación con la idea del parentesco, en el Gorgias encontramos el

siguiente pasaje:

Los hombres sabios nos dicen que el cielo y la tierra, los dioses y los hombres están ligados por el parentesco, el amor, el buen orden, la moderación y la justicia, y por esta razón, amigo mío, ellos dan al todo el nombre de cosmos, no un nombre que implique desorden o desenfreno. Pero tú, a pesar de toda tu sabiduría, me parece que no prestas atención a esto, ni adviertes el poderoso influjo que ejerce la igualdad geométrica entre dioses y entre hombres.

Lo semejante se conoce mediante lo semejante; si tenemos conocimiento de lo divino no es mediante ningún órgano sensorial, sino porque somos, en cierta medida, portadores de lo divino. Lo que vincula al hombre con la divinidad es el alma, elemento que ambos comparten.

Contemplando cosas que se hallan debidamente concatenadas y son inmutables, que ni cometen ni sufren injusticia, sino que están completamente en orden y gobernadas por la razón, él reflexionará sobre ellas, y, en la medida de lo posible, acabará asimilándose a ellas. ¿Tú no piensas que es inevitable que un hombre acabe pareciéndose a aquello con lo que le agrada estar unido? Por ello, el filósofo, mediante la unión con lo que es divino y ordenado se convierte en divino y ordenado, en la medida que a un hombre le es posible (Platón, 1977).

El hombre es un microcosmos, una estructura orgánica dotada de vida y razón, compuesta de la misma materia que el universo y en la que se reproducen los mismos principios del orden. Pero, para que esto ocurra de forma satisfactoria, es preciso que el hombre cultive el elemento espiritual que hay en él. En los pitagóricos esto significaba involucrarse en el estudio de la teoría del número y la geometría, para perfeccionar las facultades mentales, la concentración y la participación con lo divino que para ellos era lo fundamental.

Parménides de Elea

Empero, es en Parménides donde aparece con toda claridad la reflexión de pensar el Ser en sí mismo, prescindiendo de lo aparente y lo accidental, que es lo propio de los sentidos. Sus afirmaciones sirvieron para despertar el interés por el problema del ser, la pluralidad y la unidad, la inmutabilidad y el movimiento, el conocimiento sensible y el inteligible.

Parménides de Elea escribió un extenso poema del que se conservan 154 versos hexamétricos. Después de un proemio de 32 versos, el poema presenta dos partes: la “Vía de la Verdad” y la “Vía de la Opinión”. En el proemio, Parménides narra, mediante imágenes mítico-religiosas, cómo es conducido ante una diosa que le anuncia que le revelará, en primer lugar, la verdad sobre la realidad y, en segundo, las opiniones de los mortales. Los elementos míticos de este introito son en su mayor parte tradicionales y se dice que la fraseología la toma prestada de Homero y Hesíodo. La primera parte es un discurso estrictamente lógico, en el que se deduce la naturaleza de la realidad a partir de unas premisas postuladas como absolutamente verdaderas. La segunda consiste en una detallada cosmogonía, sobre cuya falsedad la diosa le advierte previamente:

Pues bien, ahora yo te diré (y recuerda tú mi palabra cuando la hayas escuchado) cuáles son las únicas vías de investigación en las que puede pensarse. La primera, qué es y qué es imposible que no sea, es el camino de la persuasión (ya que sigue a la verdad). La otra, que no es y que necesariamente tiene que no ser, esta, te lo aseguro, es una vía completamente impracticable, ya que nadie puede conocer lo que no es — ello es imposible— ni expresarlo (Verneaux, 1975).

Por pensar se entiende, desde Anaxágoras, el Nous. El Noûs, no obstante, se sitúa por encima de las demás facultades, no depende de los órganos corpóreos, se relaciona con lo sobrehumano y se considera fuente espiritual de certeza. En la filosofía griega, la función propia del Noûs es captar

la verdad universal de forma intuitiva. Cualquier cosa aprehendida por el Noûs ha de existir necesariamente. Paralelamente, sobre aquello que no existe no es posible hablar, ni siquiera mencionarlo. Quedan de este modo definidas las dos vías, la verdadera y la falsa:

Aquello sobre lo que se puede hablar y pensar tiene que ser, ya que le es posible ser, pero es imposible que la nada sea. Te ordeno que consideres esto, ya que esta es la primera vía (falsa) de investigación de la que te aparto (Verneaux, 1975).

Pero también te apartó de aquella por la que los mortales que nada saben deambulan bicéfalos; ya que la incapacidad que anida en sus propios pechos guía sus mentes vacilantes. Son arrastrados, como sordos y ciegos, estupefactos, gente sin juicio, que creen que ser y no ser son lo mismo y no lo mismo, y que el cambio de todas las cosas vuelve hacia atrás sobre sí mismo (Verneaux, 1975).

En el próximo fragmento menciona la diosa una tercera vía que, al igual que la segunda, debe ser rechazada. La tercera vía viene a ser una fusión ilegítima de las dos primeras, la confusión entre el Ser y el No Ser. Según parece, lo que aquí censura Parménides es la creencia en el cambio y el movimiento del devenir, algo que es falsedad y mera apariencia, al provenir de los órganos sensoriales. Aquí se evidencia una crítica a la postura de Heráclito. En todo caso, hay tres vías de investigación: una verdadera (el Ser) y dos falsas (el No Ser y la opinión o doxa que es para los esclavos, sinónimo de juicio, luego subjetividad).

Nunca, pues, prevalecerá que las cosas que no son sean, pero tú aparta tu pensamiento de esa vía de investigación, y no permitas que el hábito que se origina en la mucha práctica te fuerce a marchar por esa vía, excitando un ojo desatento y un oído y una lengua ruidosos, sino juzga mediante la razón la muy debatida argumentación propuesta por mí (Verneaux, 1975).

Al condenar las vías falsas, la diosa advierte a Parménides específicamente desconfiar de los sentidos y guiarse exclusivamente por la razón (logos). Los sentidos nos engañan, solo es posible confiar en la razón. De acuerdo con Guthrie (1962), Parménides estableció una distinción clara entre los datos perceptibles, procedentes de los ojos y los oídos y lo inteligible, derivado de la razón, determinando que lo primero es falso e irreal y lo segundo verdadero y real. La realidad no puede verse ni oírse, solo intuirse racionalmente.

No puede aprehenderse objeto alguno si no hay aprehensión intelectual de su existencia. El pensamiento depende de lo que es, del objeto real que existe, siendo este objeto único e inmóvil. El llegar a ser y a parecer implicaría la conjunción del Ser con el No Ser, el movimiento en el espacio y el cambio. Pero tales cosas no son posibles. Pese a que no se puede pensar o expresar lo que no es, los mortales han inventado nombres para ello, es decir, para las falsas apariencias que ofrecen los sentidos. Estas son meras palabras sin contenido, expresiones vacías que no indican nada real. Es el simple parecer o apariencia carente de valor epistemológico.

Solo una vía queda de qué hablar, a saber, qué 'Es'. En esta vía hay signos abundantes de que lo que es, puesto que existe, es, inengendrado e imperecedero, total, único, inmóvil e inmutable y sin fin. No fue en el pasado, ni debería ser aún, puesto que ahora es, todo a la vez, uno y continuo (Verneaux, 1975).

A partir de este punto comienzan las deducciones que se siguen de la simple afirmación de que algo es o existe. En lo real no tiene sentido hablar de pasado o futuro; lo que es no pudo originarse en tiempo pasado alguno, ni puede dejar de ser en el futuro; el Ser solo puede pensarse en el presente. Lo real es eterno, inmóvil, uno y continuo.

El ser es indivisible, todo por igual, todo continuo, no puede estar en contacto con ninguna otra cosa. Si algo

es o existe, no puede existir nada que lo rodee. Lo que es está en contacto con lo que es, y no con lo que no es. Para Parménides no puede existir un cosmos, puesto que el orden implicaría la disposición armónica de distintos elementos, y en la realidad no hay elementos distintos; la realidad es un todo indivisible, único y continuo. Además de la pluralidad, Parménides niega la idea del vacío. El vacío es el no ser, y el no ser no existe (Reale y Antiseri, 1988).

La realidad es totalmente inmóvil. Al ser la realidad un continuo que lo ocupa todo, no es posible que se mueva, al no haber lugar alguno al que desplazarse. Habiendo negado la pluralidad, tampoco es posible que contenga parte alguna que cambie de lugar internamente. La absoluta inmutabilidad de lo real es el punto culminante del argumento de Parménides.

Pero el ser, inmóvil en los límites de poderosas cadenas, es sin principio ni fin, porque el llegar a ser y el parecer han sido apartados muy lejos, permanece firme donde está; ya que la poderosa necesidad lo tiene en las envolventes cadenas que lo rodean por todas partes, porque no le es lícito a lo que es poder ser incompleto; ya que no se encuentra en situación de carencia; pero no siendo, carecería de todo (Verneaux, 1975).

Por último, la realidad es comparable a una esfera; lo que es tiene límites y es esférico, es espacial y temporalmente invariable: al haber abolido el espacio y el tiempo, lo real se asemeja a un balón, homogéneo en toda su extensión, igual a sí mismo por todas partes, en perfecto equilibrio respecto a su centro. Debe advertirse que este sólido esférico es un objeto del pensamiento y no de la percepción, es decir, un elemento geométrico puramente conceptual, independiente de sus manifestaciones físicas (Reale y Antiseri, 1988).

La negación del cambio y el movimiento hace ilusoria toda experiencia humana, a la vez que excluye la posibilidad de cualquier cosmogonía. Estas tesis tuvieron posteriormente un gran impacto en la epistemología de Platón (1977), (Fedro,

Timeo), para quien el conocimiento verdadero es aquel que aprehende directamente el *noûs*, de un soliloquio del alma consigo misma, siendo su objeto inmutable y eterno, inteligible y no sensible. Serán los arquetipos ideales de los cuales los objetos del mundo sensible no serán más que pálidos reflejos, reencarnaciones imperfectas, sombras del fondo de la caverna, etc.

De todas maneras, las características que comparten los filósofos presocráticos es el interés por la naturaleza. La *physis* constituye el centro de sus reflexiones. De ella surgirán variados modelos explicativos. Desde el materialismo de los milesios al misticismo religioso de los pitagóricos, cada uno de estos pensadores y escuelas trataron de encontrar un principio, suficiente por sí mismo, que diera cuenta del orden de la realidad. La conciencia de que era necesario cambiar el modo de afrontar la búsqueda, aparece de una u otra forma en todos ellos como una necesidad histórica del hombre. Era preciso sustituir los esquemas mitológicos por una explicación natural o ideal; esta conciencia supuso un giro radical en la manera de pensar sobre el hombre y la naturaleza. Sin embargo, a pesar del mérito de Thales y de otros grandes pensadores presocráticos –como lo dije al principio de este capítulo- fueron Heráclito, Pitágoras, Anaxágoras y Parménides, los cuatro titanes de este período y quienes desglosaron los criterios del Logos filosófico.

Sin embargo, tanto el *Noûs* de Anaxágoras como el Logos de Heráclito han sido traducidos indistintamente por Razón e Inteligencia, entre otros vocablos afines (mente, intelecto, entendimiento, alma, etc.). Cada uno de ellos adquiere un sentido particular dentro de las doctrinas en las que aparecen. Como palabras en el idioma castellano Razón e Inteligencia, no aparecen claramente los matices que las diferencian.

Nuestra tradición cultural, retrospectivamente, se ha servido de los términos Razón e Inteligencia para dar nombre a una idea específica, ya vislumbrada por estos pensadores tan distanciados de nosotros en el tiempo. Esta idea se reduce

al hecho de que la realidad es racional o está gobernada por alguna forma de razón. La racionalidad de la naturaleza se manifiesta en el orden y la armonía que la caracterizan como leyes que hay que aprehender e interiorizarlas para entenderlas, comprender y actuar en consecuencia. La realidad, en tanto que racional, está al alcance del conocimiento del hombre, al formar este parte de ella y participar de sus mismos atributos. Evidentemente, los números pitagóricos y el ser parmenídeo igual contribuyeron a la pre o configuración del mundo que desde los filósofos antiguos hemos podido ir aproximándonos a descifrar.

EL LOGOS: RAZÓN E INTELIGENCIA

El vocabulario en el que están expresados estos dos conceptos de la psicología racional se acuñaron en Grecia antigua. Martín (2007) dice que, de acuerdo con su etimología, la psicología es la disciplina que se ocupa de la yuch', alma o hálito de vida que abandona el cuerpo tras la muerte. La yuch' es el principio vital que reside en todos los seres vivos, no solo en los humanos. Es Aristóteles (1977) quien matiza que lo propio del alma humana (Psyche), la forma más perfecta de todas las vivientes, porque posee Nous: el alma humana es racional, inteligente, luego Razón e Inteligencia.

He aquí algunas consideraciones sobre el origen y posterior evolución conceptual de los términos Razón e Inteligencia. Esta evolución es muy anterior a la aparición de la psicología como ciencia experimental, autónoma e independiente en siglo XIX. Al apropiarse de estos conceptos, la disciplina psicológica asumió unas concepciones fraguadas a lo largo de la tradición cultural de Occidente. Las primeras teorías sobre la inteligencia y el razonamiento, aparecen en la psicología racional, cuando esta era parte de la filosofía hace 25 siglos.

La reflexión sobre la Razón es la capacidad reflexiva vuelta sobre sí misma. En este ejercicio de auto-observación, con frecuencia se pasa por alto que la Razón no se proyecta en

el vacío; la racionalidad humana precisa un objeto sobre el cual aplicarse. La Razón nos es conocida en tanto que se ocupa de algo, y ese algo suele aparecer inevitablemente ligado a circunstancias naturales, políticas, sociales, religiosas, culturales, etc. En consecuencia, la reflexión sobre la Razón lo es, más concretamente, sobre sus posibilidades y su legitimidad a la hora de afrontar problemas concretos, mediados por un entorno singular y cambiante (Martín, 2007). Una pregunta al margen, ¿En qué quedaría la Razón pura de Kant?

Por tanto, estos apuntes de orden ontológico han sido estructurados con base en las concepciones del Logos en los griegos y que entre los presocráticos tiene un significado de Razón, Inteligencia. Por ello, se mirará el significado de las palabras Razón e Inteligencia. En la procedencia de estos vocablos están disueltos conceptos helénicos presentes ya en la literatura pre filosófica de Homero y Hesíodo: el paso del mito al logos constituyó un horizonte de sentido para la evolución de estos conceptos.

Desde el punto de vista ideológico, la historia de las nociones de Razón e Inteligencia reflejan la progresión del racionalismo occidental. En sentido gnoseológico, desde un primer momento, la razón fue contrapuesta a la experiencia. Las dos principales corrientes epistemológicas, racionalismo y empirismo, tienen sus primeros representantes en Grecia. Paradójicamente, el conocimiento al que aspiraron los empiristas no resultaba del mero contacto con la realidad (exterior), sino que venía a concretarse en un uso distinto de la facultad racional. Los grandes pensadores de la modernidad trataron de reducir la Razón a su dimensión analítica, desterrando el uso especulativo que se venía haciendo de ella. No obstante, insisto, los términos Razón e Inteligencia suelen en el idioma castellano usarse indistintamente.

La vigésima segunda edición del Diccionario de la Real Academia Española-DRAE (2013) ofrece hasta once acepciones distintas del término Razón: 1) Facultad de

discurrir; 2) Acto de discurrir el entendimiento; 3) Palabras o frases con que se expresa el discurso; 4) Argumento o demostración que se aduce en apoyo de algo; 5) Motivo (causa); 6) Orden y método en algo; 7) Justicia, rectitud en las operaciones, o derecho para ejecutarlas; 8) Equidad en las compras y ventas; 9) Cuenta, relación, cómputo; 10) Coloquio. Recado, mensaje, aviso; 11) Mat. Cociente de dos números o, en general, de dos cantidades comparables entre sí.

En cuanto a Inteligencia, esta misma obra registra un total de siete significados diferentes: 1) Capacidad de entender o comprender; 2) Capacidad de resolver problemas; 3) Conocimiento, comprensión, acto de entender; 4) Sentido en que se puede tomar una sentencia, un dicho o una expresión; 5) Habilidad, destreza y experiencia; 6) Trato y correspondencia secreta de dos o más personas o naciones entre sí; 7) Sustancia puramente espiritual.

Ambos términos proceden del latín, lengua de la que toman su forma actual y la mayoría de los significados. La razón se traduce al sustantivo ratio-onis; inteligencia equivale a intellegentia. Estos vocablos latinos sirvieron para traducir diferentes términos griegos, principalmente *lógoç* y *noûç*. El uso que en griego se hizo de cada uno de estos últimos, en determinados casos los equiparaba; en otros, por el contrario, los reducía a alguno de sus muchos significados específicos (Martín, 2007).

No obstante, la mención de las raíces griegas está plenamente justificada por dos motivos. En primer lugar, por el poderoso influjo que la cultura helénica ejerció sobre el emergente mundo latino y, en segundo, por el hecho innegable de que el pensamiento griego marcó el inicio, en una dirección muy concreta, de nuestra propia tradición intelectual. Si el lenguaje condiciona de algún modo las formas de pensamiento, puede afirmarse que los términos Razón e Inteligencia se encuentran en la base de la cultura y la ciencia de Occidente.

Lógoc

El autor Chantraine (1968), nos dice que Lógoc es la forma sustantiva del verbo *légw*, entre cuyos significados figuran: recoger, reunir, juntar, elegir, escoger, contar, enumerar, describir, computar, referir, decir, hablar, etc. *Légw*, significa también contar algo como perteneciente a una clase de objetos y, en consecuencia, enunciar o nombrar. De ahí, el significado de decir y, más en concreto, el de un decir inteligible pleno de sentido. El habla a la que alude este verbo es un discurso argumentado, en el que se enumeran las razones que lo sustentan.

Los muchos significados de Logos giran en torno al concepto de palabra. Logos es todo lo que se dice, ya sea verbalmente o por escrito: una historia, un discurso, una fábula, una explicación, la exposición de unos hechos, noticias, novedades, etc. Con frecuencia se usó para hacer alusión a las meras palabras, por contraposición a los hechos. En la literatura arcaica aparece referido a palabras sutiles y engañosas. El Logos no es solo la palabra razonada, sino también las razones que persuaden con sutileza y artificio.

El sentido lingüístico del Logos se extendió pronto a la actividad reflexiva, aunque también se enunció así con Heráclito. El Logos es el proceso en virtud del cual el hombre, en conversación interna consigo mismo, sopesa las ventajas y los inconvenientes de una cuestión, tal y como describía Platón (1977) su método de la Anamnesis para poder contemplar las ideas o verdad puras.

Los pensadores del siglo V.A.N.E en pleno esplendor cultural y filosófico de Atenas, asumieron esta palabra (Logos) para referirse a la Razón como facultad específicamente humana, atributo que diferencia al hombre del resto de los seres vivos. El significado de palabra hablada o escrita dio lugar al de causa, principio o argumento. Otros significados se apartaban aparentemente de esta evolución. Logos

puede significar también medida, plenitud, medida, tacto, equilibrio, etc.

Pero en los planteamientos presocráticos el Logos adquiere unas connotaciones específicas. En ellos, encontramos por primera vez este término. En Heráclito, que tal parece fue el primero que lo usó explícitamente, aparece como una ley general que rige la realidad, y al que el hombre debe someterse: Aquellos que hablan con inteligencia deben apoyarse en lo que es común a todos, como una ciudad en su ley, y aún con mucha más firmeza, nos dice el oscuro de Éfeso.

No obstante, es en Platón (1977) donde el Logos es definido con claridad en sentido plenamente filosófico. En el Teeteto viene a decir que aportar una razón o explicación (lógos) es lo que convierte una creencia verdadera en conocimiento: confía, pues, en ti mismo y piensa que Teodoro está en lo cierto. No cejes en nada en tu propósito y procura dar razón de lo que es la ciencia.

Añadir una razón o explicación significa enumerar las partes componentes de un problema. En esta concepción del Logos se pone de manifiesto la proximidad entre el sentido filosófico del término y su acepción original. Mediante la Razón se justifica adecuadamente el conocimiento; esta justificación consiste en argumentar, que no es otra cosa que recoger y enumerar, de forma ordenada, las razones en las que se basa un determinado conocimiento, lo que reaparecería en la modernidad filosófica con Descartes y su método para lograr ideas claras y distintas, producto de la duda, pero exentas de ella, indubitables.

Noûs

Noûç es el sustantivo contracto de nóoç, derivado del verbo noéw, traducido como ver, observar, percibir, pensar, reflexionar, comprender, entender, saber, considerar, meditar, proyectar, etc. (Chantraîne, 1968). También tiene el

significado de “pensar consigo mismo”, reflexionar. El Noûs se asocia a la Razón como facultad pensante, a vida espiritual (alma a partir de Sócrates), de la cual queda excluido todo lo que es absurdo e irrazonable. Desde Homero ya se encuentra referido a la Inteligencia, o a la mente, como instancia perceptiva y pensante.

El Noûs es exclusivo del ser inteligente, de aquel que conoce y conduce según un objetivo anteriormente fijado, lo cual exige una visión mental que proporciona una comprensión de la realidad en tanto que dotada de sentido. El Noûs es una visión intelectual distinta de la visión sensorial. En este término se relacionan la facultad de pensar, la capacidad reflexiva y la meditación con la comprensión, la percepción e incluso con la memoria. Estos atributos son puestos en conexión con un pensamiento objetivo, con una forma de inteligencia superior. De ahí que, posteriormente, sobre todo en escritos filosóficos, el Noûs se utilizará también para designar la Inteligencia Suprema, el Principio Ordenador del universo.

El intelecto es algo infinito e independiente, y no está mezclado con cosa alguna, sino que existe solo y por sí mismo (...). Es la más sutil y pura de todas las cosas, y tiene la comprensión absoluta de todo y el máximo poder, y todo lo que tiene vida, tanto lo más grande como lo más pequeño, todo ello lo controla el Intelecto (...). Y puso todo en orden el intelecto, lo que iba a ser, lo que fue pero ahora no es, y todo lo que ahora es y será, afirma Anaxágoras (Verneaux, 1975).

Posteriormente, en los diálogos platónicos se encuentra el Noûs referido tanto al entendimiento divino como al humano; a la Inteligencia como principio rector del mundo y, al mismo tiempo, como atributo con el que la divinidad dotó al hombre:

De acuerdo con estas reflexiones, luego de haber puesto el entendimiento en el alma y el alma en el cuerpo, modeló él el Cosmos, a fin de hacer de ello una obra que fuera,

por su naturaleza, la más bella y la mejor. Así, pues, al final del razonamiento verosímil hay que decir que el mundo es realmente un ser vivo, provisto de un alma y de un entendimiento, y que ha sido hecho así por la providencia del dios (Platón, 1977).

En Platón, el Noûs es además la parte superior del alma, la más próxima al orden divino, cuya actividad es la noesis, por medio de la cual se accede al mundo de las ideas (República, VI). El Noûs sigue siendo la parte racional del alma. Luego, en Plotino, el Noûs es la segunda hipóstasis, emanada de lo Uno y emanadora del Alma del Mundo; el Noûs es el acto primero del Bien, la visión inteligible vuelta sobre sí misma, la visión del principio, de lo Uno, concepto éste que influirá decisivamente en el cristianismo, quien lo hace trascender históricamente por los siglos, hasta el presente.

En la evolución de estos términos hacia sus usos filosóficos se aprecia una progresiva equiparación. Inicialmente, el Logos se relaciona con la palabra y el discurso, mientras que el noûs alude a la percepción y a la intelección. Sin embargo, ya en la filosofía presocrática estos dos vocablos son utilizados en un sentido muy parecido. En las dos nociones encontramos la suposición de que la realidad tiene un fondo inteligible, y que dicho fondo es susceptible de ser comprendido (Martín, 2007).

No obstante, tanto Razón como Inteligencia han sido vinculadas como facultad exclusivamente humana. Esta “Razón Superior” con Agustín y Tomás de Aquino, elaboradores del sostén filosófico del cristianismo, ha pervivido hasta nuestros días como ya se dijo, pero no olvidemos que sus orígenes metafísicos se encuentran entre los primeros genios paganos antiguos, los presocráticos.

Buscando conclusión general al respecto se afirmará lo siguiente:

1. Los términos Inteligencia y Razón aparecen en la tradición intelectual y cultural occidental ligados por su etimología.

2. A lo largo de esta tradición ambos conceptos se han utilizado —y aún se siguen utilizando— indistintamente para aludir a una misma realidad.

Los términos de los que derivan las palabras Inteligencia y Razón se encuentran estrechamente unidos con los conceptos griegos de Logos y Noûs. Ambos términos están relacionados con distintas capacidades humanas, de naturaleza verbal en el caso del Logos y perceptual en el del Noûs.

El sentido que la palabra y la visión tienen, respectivamente, en cada uno de ellos está además directamente vinculado al pensamiento. El Logos es un discurso argumentado y sustentado en razones. El Noûs es una visión intelectual, la comprensión de un hecho razonable y evidente. Aunque en sentido distinto, los dos términos apuntan a la capacidad reflexiva. Ya se dijo que en la literatura estos significados aparecen en los poemas homéricos de la *Iliada* y la *Odisea*, aunque en ellos, las capacidades a las que están referidos no son exclusivas del hombre, sino que están presentes también en los dioses.

De esta forma, lo que en principio eran atributos específicamente humanos, se convertían en principios ordenadores de la realidad, conceptos cosmológico-ontológico que explicaban la naturaleza a partir de un origen causal y divino. Este es el sentido que tiene el Logos en Heráclito o el Noûs en Anaxágoras. Ambos conceptos quedaban así dotados de valor metafísico.

De sus primitivos significados asumieron además la noción de orden, elevándola a un plano trascendente. En contraste con el significado de enumerar, aparece el Logos heracliteano que ordena todas las cosas o el Noûs de Anaxágoras que puso orden en el caos preexistente. Este modo de concebir la racionalidad tiene una importancia determinante, siendo el núcleo de las principales concepciones que se suceden en los siglos ulteriores.

Por otra parte (Martín, 2007), en la tradición latina tanto $\lambda\acute{o}\gamma\omicron\varsigma$ como $\nu\omicron\upsilon\iota\varsigma$ fueron traducidos generalmente por *intellegentia* o *intellectus*. De esta manera, el sentido que los griegos dieron a estos términos quedaba impreso en sus equivalentes latinos, *intellegentia* y *ratio*, vinculándolos además estrechamente entre sí.

Una vez se fijaron estos conceptos, el sentido que adquieren en los diversos desarrollos filosóficos en los que aparecen, no permite distinguir claramente entre Inteligencia y Razón; más que todo en el idioma castellano donde ambos términos son usados de forma indiscriminada para aludir a una misma realidad, heredados desde el reflexionar presocrático hasta nosotros, que nos tildamos de postmodernos.

COLOFÓN MITO Y TRAGEDIA ENTRE LOS AMERINDIOS

Proemio

Las culturas Amerindias, igual que todas las de la humanidad, construyeron sus mitos y hubiera sido imperdonable de mi parte no señalarlos en este libro. Lo hago a modo de colofón de esta primera parte, para no haber interrumpido la ilación lógica e histórica que veníamos tejiendo sobre los orígenes de la filosofía en Occidente, nunca por soslayarlos. Simplemente en nuestra evolución natural-social quedamos truncos, dado que fuimos incorporados violentamente a Europa y esos son hechos cumplidos. No obstante, es un deber seguirlos rememorando como una lucha contra el olvido.

Las limitaciones de los historiadores para reconstruir la vida de los pueblos amerindios son evidentes. Los códices indígenas y los hallazgos arqueológicos de la cultura náhuatl no son suficientes para comprenderla. Es necesario entonces acudir a la obra de Fray B. de Sahagún y de otros cronistas, con lo cual se establece una mediación epistemológica que no permite una real objetividad. Los poemas relatados en el idioma quechua y fijado luego en la escritura castellana, solo se asoman con los anteojos de transposición al desaparecido imperio austral. La crónica, género literario de naturaleza informativa sobre lo visto y acontecido en los pueblos de

dialecto chibcha, han transmitido los mitos de los Muisca de Colombia, pero enchapados en la interpretación del europeo. Solamente el Popol Vuh de los Mayas, es el documento casi único que nos presenta un cuadro más o menos objetivo sobre la cultura mesoamericana.

Pero en todo caso, si se quiere hacer alguna hermenéutica, aún con todas las restricciones expuestas, hay que partir de lo dado (con mediación, subjetividad, interpolación y ficción) para intentar completar la imagen histórica de los precolombinos. Esos pueblos con ciudades y edificaciones de piedras que encontraron los españoles del siglo XV en México, Yucatán, Perú y Colombia eran civilizaciones diferentes a las del viejo continente.

La conquista española, insisto, provocó una ruptura al desarrollo natural-social que traían, y todos sus valores quedaron tronchados, truncados o eliminados por la tecnología invasora. En América no existía capacidad de respuesta. La artillería sirvió para deslumbrar, someter y convertir, amén de las pestes y enfermedades que trajeron generando epidemias genocidas. Por ello el Dios de Hernán Cortés y Francisco de Pizarro, era superior a todos los dioses de Moctezuma y Atahualpa juntos. Los pueblos amerindios en el siglo XV no tenían un universalismo religioso. Su pensamiento se apoyaba en los mitos.

Los Aztecas, los Mayas, los Incas y los Muisca, habían construido una concepción mítico-poética del mundo que hoy todavía asombra. Un código de valores, una escala axiológica, un respeto a la naturaleza, los distanciaba de Occidente. Un conocimiento diferente les permitía escuchar las palabras del viento, sentir el amor o el clamor de la montaña, abismarse ante el silencio de la piedra. Conocer el alma de la piedra. Amar al viejo árbol. Descifrar las señales del sol y de la luna, del fuego y de la lluvia. Incluso presagiar sus propias tragedias y desapariciones.

No obstante, y sin extrapolar, entre sus mitos también existen

analogías con otros mitos universales (griegos y hebreos, por ejemplo). Destacar lo similar, lo distinto y lo original de nuestros mitos es el propósito del presente escrito extraído a partir de la bibliografía especializada reseñada al final. El trabajo que se hizo de mi parte fue solo de destaque y relación, lo mismo que el sentido y las conclusiones a las que llegó; y así fue presentado en el XXIII congreso Mundial de Filosofía celebrado en Atenas, Grecia, en agosto de 2013. He aquí los puntos tratados en la ponencia.

Los dioses solares

Los dioses solares, astrales o celestes han sido de características semejantes de todas las culturas y religiones. El Dios cristiano se encuentra en el cielo. Quetzalcóatl, Gucumátz, Bochica y Viracocha, también estaban en el cielo. La mayoría de las divinidades griegas habitaban en el Olimpo, muy cerca de las nubes, luego del cielo.

Quetzalcoatl representa el sol poniente de los Aztecas; Gucumátz, la serpiente emplumada de los Mayas, era hijo del sol y la luna; Bochica, el protector de los Muisca, después de instruir al pueblo se retira a las regiones celestes; Viracocha, el señor todo poderoso de los Incas, era siempre asociado al culto de Inti, el sol.

Los dioses solares de las cuatro principales culturas amerindias eran representados antropomórficamente. Se los imaginaban ancianos, sabios y con barbas, quizás como prefiguración, presagio o premonición trágica de los españoles, no lo sabemos. Ese es el problema escatológico a descifrar.

El sol era fundamental para la cosmovisión amerindia. La subida, el ocaso y retorno del sol simbolizaban la vida, la muerte y el renacimiento de las cosas, nacimiento, juventud y vejez, periodicidad sin fin, el ritmo cíclico de la vida, del mundo. Es el eterno retorno como también lo creían los griegos.

Los Aztecas se decían a sí mismos, “el pueblo del sol”, el pueblo elegido, y su misión consistía en ayudar al astro rey en su tarea de permitir al mundo su continuidad. Los Incas también se consideraban “hijos del sol”. Igualmente, los hebreos se creían pueblo elegido; los cristianos todos, se dicen hijos de Dios. El Dios de la Biblia es representado anciano, sabio y con barbas.

Para los Muisca el sol es siempre varón y no solo fecunda a la luna, sino también a simples mortales. Habla a los mortales, les transmite órdenes. Si montan en cólera, hay que ofrendarles niños en sacrificio para calmarlos. Los dioses griegos, los dioses romanos y el Dios bíblico, también fecundan a los mortales, les dan órdenes y hay que ofrendarles niños en sacrificio. Recordemos el pasaje de Isaac y Abraham. En todo caso, los sacrificios están ligados siempre a la sangre. La comunión católica es un ejemplo de ello, se beben la sangre de su Dios y se comen su cuerpo.

En los mitos Mayas las ideas fundamentales son la muerte y la resurrección del sol y la creación del hombre. Para la creación del mundo los dioses formaron un conejo y entre ellos surgió la palabra, que es el acto creador. La palabra como acto creador se encuentra desempeñando el mismo rol en la Biblia: Y Dios dijo: “Hágase la luz... y el verbo se hizo carne...” etc.

Sin embargo, los mayas recibieron el fuego al estilo griego, de Hurakán (divinidad conocida también en las Antillas), dios de la tempestad. Hurakán, reúne a Zeus y Prometeo.

La cultura del maíz

Los dioses Mayas también intentaron hacer al hombre de barro como en la Biblia, pero fracasaron pues, bajo la acción de la lluvia, se transformaron en fango. Luego procedieron a hacerlos de sustancia de maíz, más ligado a la vida que la primitiva arcilla bíblica.

El maíz es fundamental para todos los pueblos amerindios: Bochica y Viracocha instruyeron a Muisca e Incas sobre su importancia y utilidad. Los Aztecas se decían depositarios de la cultura del maíz y sentían un profundo desprecio por los “cabezas rojas” del norte (nómadas, cazadores y recolectores) que no cultivaban ni conocían el nahuatl, es decir, la palabra. Los Mayas van más allá: ¡están hechos de maíz! Ese es nuestro grano en América, no el trigo ni el arroz...

Además de los dioses solares, entre los amerindios existían dioses particulares y potencias de especie animal a las que se les reconocían un misterioso influjo. Entre los Incas, por ejemplo, las serpientes eran veneradas. Para los Mayas, el Dios principal es Gucumátz, la serpiente emplumada. Entre los Muisca, Bachué y su vástago marido, desaparecieron en el estanque de Lauqué para convertirse en serpientes.

Los hombres Amerindios tampoco pudieron resistir la magia de ese reptil, símbolo fálico, de la vida y la astucia en todas las culturas. Sin la serpiente en el paraíso bíblico no hubiera podido desarrollarse el drama vetero y neotestamentario, que históricamente heredó Occidente a partir de Roma como síntesis de Atenas y Jerusalén.

Los Amerindios no conocieron los ángeles (del griego *aggelos*: mensajero); pero tenían a los cóndores que respondieron con igual eficacia para traerles noticias de sus dioses celestes cuando los chamanes no podían comunicarse con ellos

Tampoco existían oráculos; no obstante, los aztecas, por ejemplo, creían en el destino. Para ellos todo estaba previsto. No existía ni un solo hecho natural. Todo acontecimiento era manifestación de alguna deidad. En el calendario ritual del Tonalamatl (o Tonalpohualli), hacia el cual tenían una sumisión absoluta, todo estaba escrito. Los hombres pueden intentar cambiar el curso de las cosas, gracias a prácticas mágicas de los hechiceros necrománticos que eran deificados, pero todo ocurrirá.

Sus relaciones con las plantas no eran únicamente con el maíz. La simbiosis entre los hombres y las plantas en Occidente se remonta a la pérdida del paraíso por el uso que se le dio al árbol del Génesis. El consumo de su fruto reportaba conocimiento, distinción entre el bien y el mal y ascenso a la divinidad. ¡Pero era un árbol prohibido! Quizá por esto los gnósticos buscan a Dios por el conocimiento, no por la fe.

Los Amerindios, en cambio, jamás consideraron ilegal la búsqueda de la felicidad aun cuando ésta incluya plantas que se encuentran en la naturaleza. Para el amerindio el uso del peyote o de los hongos alucinantes lo hacían despertar de la paz tranquila del buen salvaje. Sus guías espirituales, los chamanes, daban ejemplo con sus trances para volar a la misma altura que los dioses y conocer todo, igual que ellos. Es decir, tal y como les dijo la serpiente a Eva y Adán en el mito bíblico del paraíso. No hay frutos prohibidos.

El destino y el número 4

En el Tonalamatl Azteca están los presagios que acompañan al recién nacido hasta su muerte. El nombre mismo del niño venía del conjunto de influencias que marcaban su nacimiento y a la vez determinaban su vida. Cada día del calendario azteca, que contenía 260 días, llevaba un número que tenía características adivinatorias. Nadie escapaba a su destino, igual que los griegos. Cuauhtémoc significa “el águila que cae” y fue el nombre del último emperador de los aztecas! Es decir, como se verá al final, se cumple inapelablemente la tragedia, como en los griegos.

Para la Biblia y la cultura occidental el número especial es el 7. Veamos algunos siete: 7 las notas musicales, 7 los sabios de Grecia, 7 los colores básicos, 7 las maravillas del mundo, 7 los días de la semana, 7 las palabras de Cristo en la Cruz, 7 los vicios, 7 las virtudes, 7 los sacramentos, 7 los pecados capitales, 7 las obras de misericordia (7 corporales y

7 espirituales). Y hasta Blanca Nieves tiene sus 7 enanitos y el gato sus 7 vidas... Para nuestros amerindios era el 4.

La pacha o mundo terrestre de los Incas tenía 4 cielos superpuestos en los que habitaban los dioses. Viracocha residía en el más alto. La tierra tiene un centro por donde se atraviesan dos líneas imaginarias y perpendiculares entre sí que dan origen a 4 grandes zonas. El imperio estaba dividido, por tanto, en 4 partes. Las ciudades tenían 4 calles principales; existían 4 fiestas solemnes que duraban 4 días. 4 señores estaban al frente de todos los pueblos, aún en los más pequeños.

Bachué, madre común de los Muiscas (¿Eva?), tuvo gran cantidad de hijos, 4 por vez. Cada 4 días había ferias de trueque.

Los dioses Mayas hicieron el mundo en 4 etapas; la primera creación, los vegetales; la segunda, los animales; la tercera, el hombre de barro; la cuarta, los hombres de maíz, que son los actuales. Hubo primero dos veces dos hombres; luego los dioses crearon 4 mujeres que surgieron en la noche para compañía de los 4 hombres primigenios. El número 4 para los Mayas es divino, responde a los 4 ángulos del mundo, a los 4 puntos cardinales y simboliza la armonía entre lo humano y lo cósmico.

Para los Aztecas el mundo está eternamente amenazado. 4 eras bajo el nombre de soles han precedido a la nuestra y todas han terminado en cataclismo. Al final de cada era la tierra ha sido poblada con seres más perfectos. Igualmente, la nuestra acabará.

El incesto y otros mitos

El mito del incesto, de carácter universal, también se presenta en los Amerindios. La deificación natural antropomórfica así lo evidencia. La concepción del mundo, como un permanente combate entre fuerzas masculinas y

femeninas que se expresa a nivel de una endogamia mítica entre sus dioses. La unión de Hermes y Afrodita y el mito de Andrógino serían las referencias griegas al respecto.

Para los Mayas los hombres fueron hechos por los dioses en el día y las mujeres en la noche. El sol y la luna eran hermanos entre sí. Para los Aztecas todos los dioses eran hijos de una primera pareja divina: Ometecutli y Omecihuatl, “El señor y la señora de la dualidad”. Estos dioses creadores tuvieron 4 hijos, a quienes encargaron a su vez, que originarán a los demás dioses, al mundo y, por fin, al hombre. Si, el hombre de último, como en la Biblia; y hasta en la evolución natural de las especies, también.

Viracocha, el dios Inca, tiene por esposa y hermana a Mamá-cocha, la lluvia, el agua, en contraposición al elemento fuego del primero.

A Bochica, el Dios solar de los Muisca, en su labor constructiva y civilizadora, se le oponía Chía, su esposa, tan bella como perversa. Para alejarla de la tierra la convirtió en la luna, y luego de terminar su misión protectora, él se retiró a regiones celestes. Es decir, a reunirse con Chía. Sin embargo, otro mito Muisca, el de Bachué, afirma que ella se desposó con un niño al que había criado y cuya descendencia fue el pueblo de los hombres (Muisca). La perversidad de Chía nos recuerda a Hera, la esposa de Zeus; o a Juno, esposa de Júpiter, es igual.

La eticidad incaica, además, no tuvo el decálogo de prohibiciones de Moisés. Se desgaja de un “mito natural” que condenaba al homicidio, el robo, las relaciones sexuales forzadas y contra natura, etc.

La virginidad es otro mito de la cultura occidental, impuesto por la tradición judeocristiana. En esencia, los Amerindios no fueron himenólatras. Al menos no lo fueron los Incas. Por el contrario, la virginidad era una verdadera afrenta para el recién casado esposo, pues, pensaba que su mujer no había

sido digna de suscitar el amor de ningún hombre. Hermoso mensaje poético, antítesis de la transvaloración cristiana y machista. Cabe hacer la salvedad que las ninfas y las musas griegas también eran vírgenes.

No obstante, lo equivalente de las “santas” católicas que deben ser vírgenes, para los Incas eran las coyas, porque habían dado mucho amor a los hombres y, por lo tanto, podían unirse a Inti, es decir, amar verdaderamente a su dios-sol.

El sentido del tiempo también era distinto del cogitar occidental. Para algunos pueblos Amerindios el pasado no estaba atrás sino adelante, porque es lo ya vivido y podemos verlo; el futuro si está atrás: de él nada sabemos. Pero todo está determinado y todo tiene que suceder, inexorablemente.

La tragedia del 12 de octubre

Y llegó el 12 de octubre de 1492 y ellos, no se sabe de qué modo, lo presentían. Los españoles fueron en principio recibidos sin resistencia, como lo inevitable, pues la tragedia debía cumplirse, es decir, el destino. Los españoles no arribaron a un nuevo mundo, trajeron un nuevo mundo.

Se cuenta que a los 25 años de haber llegado los españoles, la isla de Santo Domingo es otra isla. Todo, hasta el paisaje ha cambiado. Los indios han conocido caballos, hierro, pólvora, frailes, idioma castellano, el nombre de Jesucristo, vidrio, terciopelo, cascabeles, carabelas, vino, trigo, negros de África, gente con barbas, carpinteros, sastres, zapateros, papel, letras... pero también la viruela, la sífilis y otras lacras similares, en nombre de la cruz y de la corona de España.

Los niños empiezan a hablar una lengua que antes no habían oído. Los campos a cubrirse de caña de azúcar. Donde antes había un bosque ahora se oye algarabía de los trapiches. Otra generación nunca había presenciado cambios más radicales y violentos. Los caciques fueron sacados colgados de las

horcas. Los indios al trabajo forzado. Las indias violadas y preñadas. Vino un Virrey. Se oyó la campana que convidaba a misa. Se vio a los hidalgos doblar la rodilla, inclinar la frente, en la silenciosa elevación de la hostia. La isla es para los indios un nuevo mundo...

Pero no todo fue sumisión y conversión. Voy a mostrar dos perlas: Uno de los caciques de Quisqueya (madre de todas las tierras), hoy Santo Domingo, se negó a bautizarse porque no quería morir y volver a encontrarse en el cielo con los españoles. Y mucho más allá al norte del río Bravo que divide a América Latina de la anglosajona, cerca del polo ártico, también se cuenta que un esquimal preguntó a un misionero danés que quería convertirlo si en el cielo había focas. Frente a la negativa del monje, él definitivamente le dijo que ese cielo no servía para los esquimales porque ellos no podían vivir sin las focas.

Empero, fuimos incorporados violentamente a Occidente y todos nuestros mitos aniquilados y reemplazados por los mitos del catolicismo y del “desarrollo”. La armonía con la naturaleza terminó ese 12 de octubre. Por eso el día a celebrar en América latina, pienso yo, no debe ser el 12 sino el 11 de octubre, último día de libertad de los pueblos Amerindios, el cual en homenaje a su memoria debemos recobrar. Es una deuda histórica que tenemos con nuestros ancestros.

PARTE II

¿QUÉ ES, POR QUÉ Y PARA QUÉ LA FILOSOFÍA? UN INTENTO DESDE LOS CLÁSICOS

En los acápites desarrollados en la primera parte, estos interrogantes se han ido respondiendo de alguna manera. Pero deseo que se expresen mejor ahora para acercarnos más al cometido de nuestro atrevimiento en estos PROLEGÓMENOS que, de otra manera, se harían interminables; como lo es también la filosofía misma, aún en sus inicios, y peor después...

A lo largo de mis clases como docente universitario he tejido una urdimbre de ideas en la que logré distinguir algunas que estoy compartiendo con ustedes. Y, en este intento por descifrar, me he centrado en los presocráticos, pero a partir de ahora me apoyaré asimilando a Sócrates (maestro de Platón y a su vez de Aristóteles), pilar del filosofar clásico de Atenas y de Occidente. En su pensamiento y en su vida se encuentran los rasgos fundamentales que definen el pensar filosófico. No obstante, al final de este aparte, se mirará un poco el filosofar desde la modernidad, a través de distintas definiciones de Filosofía.

Entiendo que para Sócrates la filosofía es un pensar que se interroga por el ser del hombre (“Conócete a ti mismo”), por lo que le es posible saber (“Solo sé que nada sé”), y por su posición dentro de la sociedad y frente a la naturaleza. Pero no un saber por el saber mismo, sino un saber para que el

hombre y la sociedad puedan llegar a ser más plenamente y para que las cosas puedan llegar a ser vistas y transformadas en función de lo que le es lícito ser y hacer al hombre y a la sociedad.

En segundo lugar, Sócrates planteó que este saber debería ser un saber crítico; crítico frente a su pretendido saber y crítico frente a sus contemporáneos -los sofistas- que se consideraban depositarios del verdadero saber y de los intereses verdaderos de la sociedad.

En tercer lugar, consideró cómo el filosofar responde a una vocación, de un espíritu interior que lo impulsaba. Por esto cuando le pidieron que dejara de filosofar para poder seguir viviendo, prefirió tomar la cicuta que lo condenaba a la muerte. Pero dejó la enseñanza de que la filosofía no era cuestión de buena voluntad, sino que ella implicaba una determinada metodología. Fue él quien dio los primeros pasos metodológicos del saber al preocuparse por delimitar los conceptos y la definición de algo por una parte y, por otra, la inducción y la dialéctica como caminos para comprender ese algo.

Para Sócrates el error de sus oponentes —los sofistas— radicaba en la falta de una crítica sobre sus planteamientos, en la falta de una crítica de lo que es el saber y en la falta de un método adecuado para evitar el error y la confusión. Es decir, el camino del filosofar.

El qué hacer filosófico

Querer saber, querer poseer un verdadero saber sobre el hombre y la Ciudad (léase Estado), en definitiva, sobre sí mismo; entender este saber como un saber crítico y operativo; hacerlo en afán de servicio, con desprendimiento y libertad, poner en ello la vida hasta las últimas consecuencias, hacerlo de una manera técnica que no rehúye el trabajo intelectual, tales fueron algunas de las características del pensamiento y de la vida de Sócrates quien, de esta forma, se constituyó

en la “conciencia crítica de su sociedad”, nos repetía nuestro profesor de posgrado Daniel Herrera Restrepo.

Evidentemente, sin filosofar, según Sócrates, ni el hombre ni la sociedad pueden conocerse a sí mismos y, por ello, llegar a ser lo que deberían ser. Por esto, la filosofía es algo necesario. Hay que añadir que Platón y Aristóteles fueron lo que fueron porque tuvieron a Sócrates como maestro, que los inquietó con los problemas fundamentales de la existencia humana y los colocó metodológicamente por el buen camino para responder a dichos problemas.

El pensamiento y la vida de Sócrates han sido la savia que ha alimentado todo el filosofar de Occidente. De acuerdo con el devenir histórico, todos los filósofos han seguido las huellas del Maestro o a través de sus discípulos.

Para Platón y Aristóteles, filósofo es aquel que está capacitado para demostrar la necesidad interna de lo que no puede ser de otra manera a partir de los supuestos o principios últimos que fundamentan dicha necesidad. De acuerdo con esto, el qué hacer filosófico pretende elaborar un discurso lógico, sistemático y totalizante sobre la realidad misma del hombre y de las cosas.

Es cierto que no todos los filósofos conciben de la misma manera lo que es esencial. Un empirista, para citar un ejemplo, pensará que lo esencial son las determinaciones fenoménicas de las cosas y la construcción de las leyes empíricas que nos permiten nombrar la realidad, dominarla y comprender su apariencia sensible. De todas maneras, siempre se ha definido el filosofar como la búsqueda de aquello que fundamenta una comprensión del hombre y de la realidad.

Muchos siglos después de Platón y Aristóteles, en la Edad moderna, Kant expresó la problemática de Sócrates con sus tres interrogantes: “¿Qué puedo yo saber?”, “¿Qué debo yo hacer?” “¿Qué me es lícito esperar?”. Interrogantes que

finalmente, redujo a un solo, “¿Qué es el hombre?”.

El por qué

Con los anteriores interrogantes Kant introdujo, sin embargo, un nuevo paradigma en la filosofía. El filósofo no pronuncia discursos sobre la realidad sino sobre los diversos discursos que el hombre a través de su praxis lleva a cabo sobre y frente la realidad. Su obra crítica, de acuerdo con la exigencia socrática, se orientó hacia un análisis sobre las condiciones de posibilidad y de validez del conocimiento y, por otra, al análisis y justificación de la libertad humana frente al determinismo implantado por dicho conocimiento.

La ruptura de Kant ha sido llevada adelante. Hoy en día la filosofía es vista como un discurso crítico, sistemático y prospectivo, no sobre la realidad en sí misma, sino sobre cómo son las diversas praxis humanas frente y a partir de la realidad: Praxis religiosas, estéticas, políticas, jurídicas... científicas que han dado lugar a filosofías “especializadas”: Filosofía política, del derecho, de la religión, del lenguaje, de la estética... de las ciencias.

Lo anterior significa que a nivel social y cultural el filosofar es una exigencia del ser del hombre, considerado individual y socialmente, como condición de posibilidad de una realización más plena, tanto de la persona como de la sociedad, y como condición para la transformación de la naturaleza en función del hacer del hombre y la sociedad.

Esto explica por qué la filosofía, desde su aparición, ha sido una actividad ininterrumpida en la historia humana. El hecho de su existencia es suficiente como para no precisar de una justificación radical: sin la filosofía, ni el hombre ni la sociedad pueden llegar a conocerse a sí mismos y mucho menos a realizarse como deberían. Ciertamente no basta la filosofía, pero sin ella la sociedad perdería una de las grandes posibilidades de saberse y realizarse adecuadamente. Pues es ella la que ofrece marcos teóricos y esquemas conceptuales

que permiten hacer inteligibles la realidad óptica y humana para unificarlas en una totalidad dotada de coherencia racional.

Por ello, a la filosofía no le corresponde la mera ordenación o agrupamiento de los últimos resultados de las investigaciones científicas sino su interpretación crítica, armoniosa y organizada, para construir con ellos la síntesis que represente una imagen racional y objetiva del hombre y el cosmos en un momento histórico determinado. Dicha síntesis es un conocimiento nuevo, en el cual quedan comprendidos los datos y experiencias parciales, solo que superados y enriquecidos en virtud de su integración.

Además, en el conjunto del universo se descubren propiedades que no es posible discernir en sus partes, ya que únicamente surgen debido a la conjugación que le da la razón filosófica. Así, a través del tiempo, se ha pretendido ir resolviendo el misterio de la existencia. Es ella, igualmente, la que posibilita la autorrealización porque a través del pensar y de la praxis el hombre ha conquistado su ser y su libertad, en la búsqueda del “paraíso perdido”; o de la construcción de su propio paraíso que es su utopía.

Cuando los productos de esta praxis —Estado..., ciencia, tecnología— adquieren una autonomía que en sí mismas no poseen; dichos productos, en lugar de contribuir a la realización del ser personal, social e histórico, se convierten en nuevos absolutos que nos condicionan, alienan y esclavizan, aún más de lo que estábamos antes.

En este sentido el filósofo está llamado a ser la “conciencia crítica de su sociedad” a todos los niveles. Se debe decir, finalmente, que la filosofía, gracias a su reflexión crítica y sistemática, no solo tiene por objeto expresar a nivel conceptual la realidad, sino también el proyectar modelos operativos que posibiliten la transformación de esa realidad. La grandeza de los anteriormente renombrados clásicos griegos (Sócrates- Platón - Aristóteles), síntesis de

todo el reflexionar de los filósofos anteriores (presocráticos), descansa en el hecho de que sembraron con su pensamiento gérmenes de futuro para la sociedad. Y que la llamada modernidad innegablemente ha reconocido, más que todo, de Kant en adelante.

Pero continuemos con los clásicos

He mencionado cómo para Sócrates la filosofía no era cuestión de buena voluntad. Ella exige el dominio de “ciertas técnicas” y el desarrollo de “ciertas habilidades mentales”. Citemos tan solo el dominio de los procesos implicados por el razonamiento: inducción, deducción, análisis y síntesis; o los relacionados con la comprensión: clasificación, sistematización, simbolización y verbalización; o finalmente, los que presuponen la solución de problemas: transferencia y relación, etc. En este sentido Kant diría posteriormente que “no se aprende filosofía sino a filosofar”.

Se deben mencionar de manera especial los procesos correspondientes a la información. Desde el punto de vista de la filosofía estos procesos son indispensables para el contacto con los textos clásicos, contacto que posibilita de una manera viva y directa la experiencia del filosofar. La lectura e intelección de los textos clásicos es el verdadero método de formación en filosofía como siempre le he insistido a mis estudiantes.

Ciertamente que en filosofía no se puede hacer algo así como un “estado actual de la filosofía”, de la misma manera que se hace en relación con una ciencia, dado que la filosofía por su misma naturaleza no puede presentar un conjunto de adquisiciones prácticamente definitivas, aunque perfectibles, sino un repertorio de problemas abiertos, una tarea infinita en que se han empeñado a través de la historia todos sus pensadores.

Pero sin duda que la experiencia de la filosofía es acumulativa y únicamente es posible reviviendo en la lectura de los textos

clásicos el esfuerzo de los grandes maestros para responder a dichos problemas a través de la historia.

Solo así el estudiante o el estudioso aprende a situarse frente a los problemas concretos que definen su presente, pues la enseñanza de la filosofía no es la simple transmisión o adquisición de una serie de contenidos sino **la puesta en marcha de la propia capacidad de pensar**. Entre la filosofía y su enseñanza se da una relación de esencia, pues la misma filosofía nació como magisterio. Esta identidad es lo que ha motivado el justo aprecio que se tiene de la educación filosófica como el instrumento más óptimo para desarrollar los procesos mentales y para que no sean pocos los pensadores que consideren a la misma filosofía como una teoría general de la educación.

Todo lo anterior implica una formación y una educación. Así lo comprendieron Platón y Aristóteles al fundar el primero “La Academia” y el segundo “El Liceo”, en la época de la plenitud griega. Es más, Epicuro fundó “El Jardín”.

Pues bien, desde cuando surgió la filosofía quienes se han ocupado de ella, siempre han sido una minoría selecta que ha inquietado a la sociedad. Es una especie de piedrecita en el zapato que no impide caminar a la sociedad y al conocimiento pero que no puede ser ignorada. Por eso se dice que la filosofía es una disciplina con la cual y sin la cual el mundo sigue tal cual. Sí, la filosofía no sirve para nada, pero sirve para todo. Es inútil porque ella en sí misma es solo preocupación. Que se ocupen otros. Los filósofos han sido y siguen siendo encarcelados, trasterrados, envenenados, calumniados, ignorados, incinerados, fusilados, prohibidos, pero nunca han muerto por inanición. Pero también durante toda la historia, desde el mismo Thales de Mileto en adelante, han sido y son el poder detrás del trono. Además, incluso sin proponérselo, hacen escuelas y discípulos. Por ello siguen existiendo.

Esa minoría ociosa, esa aristocracia del saber, esa alcurnia

de la sociedad, solo dice lo que se debe hacer. La filosofía vislumbra, otea, atalaya. Y hasta la misma ciencia tiene que volver a ella cuando no encuentra solución a sus problemas particulares. Es lo que se ha llamado Filosofía de la Ciencia. Por ello es bien conocido este lamento de Newton: “Física, tenle miedo a la metafísica”.

El origen del término filosofía se pierde en la historia. Según Heródoto (1998), el primero que se refiere a ella fue Creso quien se dirige a Solón y le dice que ha tenido noticias de él por su amor al saber y por sus viajes a muchas tierras con el fin de conocer cosas. También menciona a Tucídides que, en su oración fúnebre de Pericles a los atenienses, dice: “Amamos la sabiduría”. Pero el término “Filósofo” aparece con Heráclito, para quien los filósofos son hombres sabedores de muchas cosas (Heródoto, 1998).

No obstante, ha sido usual considerar que Pitágoras fue el primero en llamarse “Filósofo” (amante de la sabiduría) para distinguirse de los que se llamaban a sí mismos “sophos” (sabios, de donde viene sophistas).

Pero —y recapitulando una vez más— la filosofía como concepción del mundo surgió cuando la razón empieza a penetrar al mito. Y uno de esos primeros esfuerzos de la razón humana por explicar al mundo a partir del mundo mismo o a través de uno de sus elementos y no fuera de él, se sitúan en Occidente entre los naturalistas o cosmogónicos jonios, en Anatolia, y se cree que Thales de Mileto fue el primero en tener ese mérito especial.

Y aunque es evidente la influencia oriental entre los primeros pensadores, los sentidos que ha tenido el término filosofía alcanzó solo su expresión con los griegos de Anatolia y después, su madurez en Atenas. De alguna manera, algún pueblo de la humanidad debía hacerlo por la absoluta necesidad de la razón.

Y vuelvo nuevamente a Sócrates, luego a Platón y Aristóteles:

la filosofía nace por la admiración, la extrañeza y la búsqueda del porqué de las cosas, para tratar de encontrar las causas y los principios hasta llegar a una causa de causas incausada, como también ya se ha dicho. Es admiración, contemplación y en últimas interrogación.

Sin embargo, la filosofía entra en crisis con el surgimiento del cristianismo y su predominio en la Edad Media. La teología desplaza a la filosofía e incluso la degrada de “Reina de las ciencias” a “sirvienta de la teología” porque, decían los clérigos medievales de dominio absoluto, que la razón únicamente debía servir para defender la fe... Pero del renacimiento en adelante, volverá a ocupar su lugar.

Brochazos gordos sobre la filosofía en la modernidad

Las que siguen son algunas de mis intelecciones personales sobre la filosofía según cómo diferentes filósofos representativos la han “definido” históricamente:

Para Bacon, la filosofía busca el conocimiento de las cosas por sus principios inmutables y no por sus fenómenos transitorios.

Descartes la entendía como el saber que averigua los principios de todas las ciencias hasta las verdades últimas.

Locke, Berkeley y Hume intentan el ejercicio filosófico como reflexión crítica sobre la experiencia.

Según Kant, la filosofía es el conocimiento de la razón por principios.

En los filósofos del idealismo alemán es el sistema del saber absoluto, desde Fichte que la concibe como construcción y deducción de la realidad a partir del yo, hasta Hegel que la define como la consideración pensante de las cosas y que la identifica con el espíritu absoluto en el estado de su completo autodesarrollo.

Marx consideraba que el papel de los filósofos no era simplemente interpretar al mundo de diferentes maneras, sino que de lo que se trataba era de transformarlo.

Schopenhauer dice que la filosofía busca el principio de razón como fundamento de todos los demás saberes.

Nietzsche afirmaba que la filosofía era para muchos una fatiga, pero para él, en buenos días, una fiesta y una embriaguez.

El positivismo considera que la filosofía es un compendio general de los resultados de las ciencias.

Según Husserl, la filosofía es una racionalización rigurosa que llega a la fenomenología como disciplina fundamental.

Whitehead afirma que la filosofía es el intento de expresar la infinitud del universo en los términos limitados del lenguaje.

Wittgenstein supone que la filosofía no es un saber con contenido sino un razonar para despejar ecuaciones o proposiciones del lenguaje que es lo único que podemos conocer.

Para Quine, buena parte de los filósofos del pasado han sido a la vez científicos en busca de una concepción organizada de la realidad. Para él, la filosofía se ocupa de los aspectos más generales de un problema que comparte con las ciencias, como es el de la construcción de una representación sistemática y coherente de la realidad misma tan sencilla, fácil y elegante como sea posible. Esto quiere decir que, entre ciencia y filosofía lo que hay es continuidad y complemento especulativo de la última hacia la primera.

En vista de tan variadas posiciones de los filósofos sobre la filosofía, Samuel Alexander llega a decir que la filosofía es simplemente el estudio de aquellos temas que a nadie,

excepto a un filósofo, se le ocurriría estudiar. Y ello puede llevar a tantas concepciones de la filosofía como concepciones del mundo haya o se encuentren a través de la historia.

Esa es la diferencia que existe entre la filosofía y la ciencia. Mientras los científicos todos están de acuerdo en lo fundamental de sus paradigmas, hasta que estos se rompan y busquen un nuevo acuerdo, los filósofos nunca han estado de acuerdo entre sí y, a diferencia de los científicos, quienes abordan problemas que esperan resolver o, en todo caso, ver resultados por las generaciones siguientes, los filósofos dan a menudo la impresión de que les interesa menos descubrir una solución, si la hay, que asegurar la perennidad del problema. Esto es, para que la filosofía (y los filósofos) no perezca, y continúe intacta hasta el fin de los tiempos, como el ser parmenídeo. Porque para el filósofo la última respuesta vuelve a ser, otra vez, primera pregunta, y así ad infinitum. Por eso el común de las gentes dice que la filosofía solo es para locos.

Sí, es posible que todos los filósofos sean locos, pero no todos los locos son filósofos. "Locos", en el buen sentido de incomprendidos, en las condiciones espacio-temporo-existenciales en que les toca vivir y exponer sus ideas. O, de pronto, porque muchos filósofos de tanto usar la razón, terminaron perdiendo la razón.

No obstante, las "locuras" atomistas de Demócrito, por ejemplo, solo fueron entendidas en el siglo XIX, más de 2.400 años después de haberlas intuido racionalmente.

A Galileo lo acaba de perdonar la iglesia católica. Perseguidos, ahorcados, obligados a renegar de sus ideas, etc., los filósofos no desaparecen, pero tampoco se multiplican. Siguen siendo minoría, pues la filosofía jamás será de masas. Los filósofos no tienen la más mínima posibilidad de persuadir a los profanos de la justeza de sus ideas.

Wittgenstein sostuvo que el fin de la filosofía solo podía ser

el de terminar definitivamente con los problemas filosóficos ¿Existe Dios? ¿Estamos dotados de una voluntad libre? ¿Puede haber espíritu independientemente del cuerpo? ¿Tienen los objetos externos una existencia independiente de nuestras percepciones? Sin embargo, estos problemas se mantienen intactos y cada filósofo escribe sobre ellos sin soluciones definitivas y satisfactorias. Es lo de menos.

Paul Valéry argumenta que si los problemas de la filosofía, tales como los planteados en el terreno metafísico o de la teoría del conocimiento, fueran fácil de resolver esto los haría mucho menos atrayentes. Y admite incluso que las disputas como las de la filosofía son estériles, pero que tienen al menos un efecto benéfico: mantener la mente en actividad, entrenada y en buenas condiciones.

Las aporías, las paradojas, los sofismas y las antinomias, han sido temas permanentes a través del tiempo tanto para matemáticos como para filósofos y lógicos.

Famosas paradojas como la de Aquiles y la tortuga de Zenón el eleata, o la muy célebre de El mentiroso, de Eubulides de Mileto, se cuentan entre los rompecabezas filosóficos más serios del legado de la antigüedad presocrática. Sobre ellos han versado las más eruditas interpretaciones de los mejores pensadores del mundo.

Definitivamente, para quienes desprecian la filosofía como algo inútil en sí misma, tal vez, si se arrimaran un poco a estos ejercicios de la razón, de seguro los encontrarán tan amenos como jugar ajedrez, hacer crucigramas o desempeñar cualquier otra actividad lúdica en la que participen ampliamente el interés, la concentración y la capacidad del intelecto.

El gusto por la filosofía contiene el amor por “Sophya”, por la sabiduría. Por ella el filósofo puede orientarse en el laberinto de los más disímiles raciocinios, argumentaciones o absurdas evidencias.

De todas maneras, la actitud filosófica (o del filosofar), del constante cogitar, permite tener a la razón en un sobresalto intelectual permanente. Ya no se querrá jamás regresar al interior de la caverna de Platón, a la paz tranquila del hombre masa, ni tener un pensamiento plano, una mentalidad cuadrículada o ser un pantano tranquilo. Es un ejercicio del espíritu cada vez más riguroso sin el ánimo del pódium, la presea o la distinción. Simplemente para no llegar a la tumba tan imbéciles como nacimos. Sin la filosofía ¡qué triste se volvería la vida!

Lo cierto es que la filosofía, a pesar de todo lo que se ha dicho y escrito y profetizado sobre su fin inminente o sobre la solución de sus problemas, ella misma se encarga de nunca jamás esclarecerlos, por siempre y para siempre, para poder seguir existiendo ella, y los filósofos.

ESQUEMA ARBITRARIO SOBRE LAS PRINCIPALES PARTES DE LA FILOSOFÍA

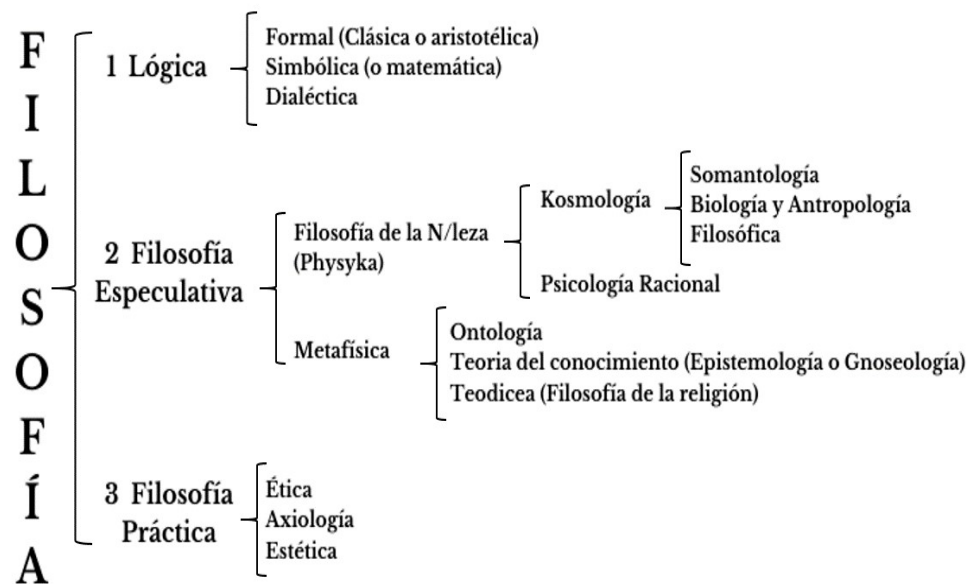


Figura No 1. Principales partes de la filosofía

LA FILOSOFÍA EN BARRANQUILLA

Después de haber hablado sobre el nacimiento de la filosofía en Grecia (Anatolia) a partir del mito, su desplazamiento a Atenas donde se produjo su maduración, e intentar definirla con los clásicos y luego con algunos filósofos de la modernidad, se hacía necesario en estos PROLEGÓMENOS echar una mirada sobre la filosofía en Colombia y especialmente en Barranquilla, que es el espacio concreto donde estamos haciendo filosofía.

Sabido es que la filosofía llegó a nuestro país, como en toda América latina, con la fundación de las universidades coloniales (siglo XVI) producto de un trasplante de la escolástica que se perpetuó hasta después de la emancipación española en el siglo XIX. Por ello, solo fue en el siglo XX cuando se rompe con esta tradición y se asume la modernidad.

La filosofía moderna en Colombia se inició con tres pensadores de la región Caribe; dos barranquilleros y un cesarense: Julio Enrique Blanco, Luis Eduardo Nieto Arteta y Rafael Carrillo Lúquez.

Julio Enrique Blanco es el pionero de la filosofía moderna en el país y, para quienes gustan clasificar por generaciones, deben incluirlo en la de los << fundadores >>. Su actividad

filosófica comienza a mediados del segundo decenio del siglo pasado en Barranquilla.

En esa época, como se sabe, el interior del país estaba en plena Regeneración y los estudios filosóficos se reducían exclusivamente al neotomismo, orientados por monseñor Rafael María Carrasquilla.

Este fenómeno es consecuencia de la restauración de la filosofía escolástica promulgada por el Papa León XIII, la cual fue oficializada durante toda la llamada república conservadora. Bogotá vivía entonces un ambiente clerical y seguía siendo encomendada al Sagrado Corazón de Jesús y a la Virgen de Chiquinquirá. Al respecto nos dice Rafael Gutiérrez Girardot: Con su centralismo de ancestro español y encomendero, la clase señorial sabanera había arrastrado a todo el país en su ambiente opaco y conventual; no mesura, tacto y discreción, sino mediocridad, pobreza y terco aislamiento del mundo moderno (citado por Núñez, 2002).

Pero, afortunadamente, no fue todo el país. En un territorio tan vasto como Colombia, de diversas y desconectadas regiones, el desarrollo material y espiritual se daba de acuerdo con las condiciones de cada población y su cultura por lo que de ninguna manera se puede generalizar.

Barranquilla, caso especial

Mientras la <<Atenas Suramericana>> vivía un ambiente oloroso a cirios e inciensos en Barranquilla, un pensador como Julio Enrique Blanco traducía directamente a Kant del alemán y escribía ensayos filosóficos que merecían elogios internacionales. Es decir, la Modernidad y el Medioevo convivían en el mismo país, aunque en regiones (y pueblos) tan diferentes como el Caribe y los Andes. (Coley, J. G, 2016).

En esos tiempos Barranquilla, puerto de intenso comercio, inicia su proceso de industrialización, siendo gran parte del país prácticamente agropecuario. Nuestra Ciudad era,

además, lugar casi obligado para el tránsito entre el exterior y el país, que generalmente continuaba desde su puerto sobre el río Magdalena hacia el interior colombiano. (Coley, J. G, 2016).

La actividad cultural barranquillera era también intensa y logró canalizarse a través de la revista Voces en la que colaboró don Ramón Vinyes —el sabio catalán de Cien años de soledad— quien se estableció en la Ciudad en 1914.

En Voces se criticó seriamente a Guillermo Valencia, Tomás Carrasquilla, Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro, así como se reconoció con justeza el genio de José Eustacio Rivera, Félix Restrepo, José María Vargas Vila, Luis Carlos López y León De Greiff. En el plano Iberoamericano publicaron Antonio Machado, José Ingenieros, José Enrique Rodó y Gabriela Mistral. Además, se tradujeron textos de Henri Bergson y Máximo Gorki, entre otros. El resultado fue una revista internacional de gran calidad.

Julio Enrique Blanco, por supuesto, comenzó a publicar sus primeros trabajos filosóficos en Voces, braceando él el solo en las aguas estancadas del oscurantismo e iniciando el camino de una verdadera conciencia filosófica en Colombia. El mismo Blanco dice: “Me parece que, sin poder desechar presuntuosamente el acervo filosófico de Asia y Europa, debemos tratar, en nuestro cultivo vernáculo, de contribuir ya con obra original”. “No importa, la dirección: importa si, la profundidad donde llegue”, le contestaría Luis López de Meza (Núñez, 1994)

Blanco vivió en su propia formación intelectual el tránsito hacia nuevas formas del pensamiento, siendo el primer representante del pensamiento moderno en nuestro país, distinguiéndose además de la orientación que siguieron los estudios filosóficos en Colombia hasta comienzos de la década de 1930.

La República Liberal

La república liberal trató de romper con el atraso en el que la hegemonía conservadora había sumido al país buscando adecuarlo al desarrollo del capitalismo. La industrialización y la urbanización eran las constantes para modernizar la nación. La educación también cambia en el sentido de su secularización y en 1935 se efectúa la reforma universitaria de gran trascendencia. La filosofía también se reactiva en el interior colombiano.

Ya en la Barranquilla de esa misma época, una muestra significativa de la prensa evidencia, que frecuentemente se publicaban artículos de filósofos connotados. Entre el tercer y cuarto decenio la temática giraba en torno a la democracia y el orden; filosofía, política y socialismo; filosofía política de la oposición; pensamiento y ciencia; idealismo y realismo, etc. O se difundían artículos de Ortega y Gasset, José Vasconcelos, Azorín y Trotsky; así como de los autores colombianos Jorge Zalamea, Benigno Acosta y Luis Eduardo Nieto Caballero entre otros, entre otros.

En 1940, el Ministro de Educación Nacional, Jorge Eliecer Gaitán, nombró como Secretario de Instrucción Pública en el departamento del Atlántico a Julio Enrique Blanco, quien se empeñó en armonizar el desarrollo material que traía la Barranquilla de entonces, con un adecuado desarrollo espiritual. Fue así como el filósofo emprendió la labor de transformar nuestra urbe de una ciudad fenicia (puerto comercial y menesteroso de la antigüedad), en una ciudad alejandrina (centro cultural por excelencia), por lo que concibió la idea de fundar una Institución de Estudios Superiores, la cual fuera madurando paulatinamente desde un Museo primero, Instituto tecnológico después, hasta convertirse en una Universidad nominalmente dicha, que a la postre sería nuestra Universidad del Atlántico.

En el interior del país, la actividad filosófica buscaba nuevos cauces diferentes del neotomismo y surgen muchos

pensadores que en su gran mayoría devenían de cultivos de las disciplinas jurídicas, por lo que profundizan en la filosofía del derecho. En estas condiciones se produce la fundación del Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia (1946) (1946), a la que estuvieron ligados decisivamente los filósofos costeños Rafael Carrillo Lúquez y Luis Eduardo Nieto Arteta.

El maestro Rafael Carrillo (con quien mantuve amistad personal en Bogotá en la década de los 80 cuando estudiaba mi primera Maestría) evoca esta época considerando a Luis Eduardo Nieto Arteta como uno de sus “colaboradores más cercanos” en el proceso de fundación del Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional.

Luis Eduardo Nieto Arteta, que también fue iusfilósofo, tuvo el mérito de haber introducido a Hans Kelsen entre los pensadores colombianos. La teoría pura del derecho de Kelsen, en ese momento, se convirtió en un arma ideológica del partido liberal en el poder, para oponerse a las concepciones iusnaturalistas sobre el Estado y el derecho sostenidos por el partido conservador recién derrotado.

Nieto Arteta, en un reportaje en 1948 de la revista de la Universidad Bolivariana de Medellín, afirmó: “Me cabe el honor de haber sido el primer profesor que en 1937 explicó a Kelsen en la Universidad Nacional de Colombia”. Las obras *Lógica, Fenomenología y Formalismo jurídico*, de su autoría, y *El ambiente axiológico de la teoría pura del derecho*, de Rafael Carrillo, contribuyeron a romper definitivamente la tradición escolástico neotomista que venía predominando en Colombia desde finales del siglo XIX.

La Normalidad Filosófica

Con las actividades del Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional (1946), empieza la llamada “normalidad filosófica” en Colombia y su producción intelectual se canaliza a través de la revista *Ideas y Valores*. Hay que recordar que ya el

filósofo Julio Enrique Blanco había creado en Barranquilla la Universidad del Atlántico (1941), que solo hasta 1997 comenzó a contar con Programa de Filosofía que, sin falsas modestias, nos plugo el mérito de crear.

Hoy en día, en el tercer milenio, si observamos el panorama cultural del país, podemos distinguir que el cultivo de la filosofía ha arribado a una etapa de verdadera normalidad y necesidad. El movimiento filosófico en Colombia, en los últimos 50 años, ha sido considerable y cada vez va en visible aumento.

Una simple ojeada y hojeada a los periódicos lo evidencia: artículos, temas, polémicas, entrevistas, informaciones, etc., sobre filosofía sin más, como diría el filósofo mexicano Leopoldo Zea, con quien compartimos en Barranquilla y en Veracruz en la década del 90. Existe cierta <<curiosidad>> por el pensamiento filosófico, el cual apenas hace unas décadas era una labor solitaria y aislada de pocos intelectuales.

En 1970, se instauraron los Foros Nacionales de Filosofía, que tratan de darle al oficio del filósofo cada vez mayor diálogo con sus colegas del resto del país. En 1980, y, desde entonces, cada dos años vienen realizándose en la Universidad Santo Tomás (USTA) los Congresos Internacionales de Filosofía Latinoamericana con presencia de prestantes personalidades filosóficas de América y Europa. En el IV Congreso (1986) se editó por parte de la USTA, el libro *Filosofía Colombiana. Bibliografía del siglo XX*, que recoge un ordenamiento de reseñas, donde aparece casi toda la producción filosófica en Colombia hasta ese momento, la cual no parece despreciable. La normalidad es, pues, un hecho. La USTA recogió igualmente, en el libro *La filosofía en la costa caribe colombiana* dirigido por Daniel Herrera, y los textos y bibliografía de lo producido entre nosotros es considerable, como lo muestra el profesor Rafael Soto en las notas aclaratorias de ese texto.

Aquellas palabras de Jorge Luis Borges en el sentido de que

“Colombia es un acto de fe” han perdido vigencia. El país ya ha accedido a la razón. Son muchos los colombianos de todas regiones que se dedican en forma regular a la filosofía. De ahí que Danilo Cruz Vélez haya expresado que, “si por una u otra razón, faltasen estos hombres, quedaría un espacioso hueco, difícil de llenar”.

No obstante, en el caso singular de Barranquilla, a pesar de los aportes filosóficos individuales de Julio Enrique Blanco y Luis Eduardo Nieto Arteta, el advenimiento de la normalidad filosófica, entendida esta como una actividad constante en torno a esta actividad racional, se da es hacia los años 70, con la inclusión de esta disciplina en buena parte de las carreras universitarias, amén de la fundación de un Programa de Filosofía abierto en la Universidad Metropolitana, institución privada de la ciudad, que tuvo corta duración por problemas de rentabilidad económica, que no social.

Grupos de Investigación Filosóficos

Empero, y como corolario de todo lo anterior, surgieron una serie de grupos de estudios y talleres de investigación filosóficos, que se plantearon la exigencia de alejarse del diletantismo en el cual nos sumen los manuales tradicionales que despachan importantes continentes filosóficos, con simples frases o limitadísimas etiquetas.

Estas condiciones nos impulsaron a la frecuente realización de cursos, seminarios, conferencias, foros, congresos, etc..., así como la publicación en revistas y periódicos de ensayos y artículos permanentemente sobre temas y autores filosóficos.

De 1973 a 1983, un grupo de jóvenes filósofos egresados del programa de Filosofía de la Universidad Metropolitana, entre los que se cuentan Eduardo Bermúdez, Julio Núñez Madachi, Diego y Margarita Marín Contreras, William Salgado Scaff, Claudia Posada, Mónica Gontovnik, Lácides

Martínez y Mario Zapata, entre otros, organizaron el Centro de Estudios Filosóficos de Barranquilla y agitaron la reflexión racional por ese decenio en nuestra Ciudad. Los intereses del grupo oscilaban entre la literatura y la filosofía, siendo mentor del Centro el filósofo Carlos J. María, que posteriormente sería rector de la U del Atlántico. La producción de sus integrantes empezó a divulgarse en la revista Huellas de la Universidad del Norte.

Además, el grupo se reunía con los filósofos Jesús Ferro Bayona (Rector de la U. del Norte) y Jesús Sáez de Ibarra (Vice-rector de la U. Metropolitana), español naturalizado en Barranquilla, con los cuales se discutía sobre la filosofía colombiana y española, respectivamente. Al Centro también lo visitaron filósofos colombianos como Rubén Sierra Mejía, Conrado Zuluaga y Rubén Jaramillo Vélez, amén de Julio Enrique Blanco, que por esos tiempos tuve el placer intelectual de conocer.

En ese mismo período existió, intraclaustró en la Universidad del Atlántico, el Taller Filosófico Thales de Mileto, conformado por profesores de filosofía como Jean Henri, Hernán Hernández, Manuel Garavito y quien esto escribe. El objetivo era profundizar en nuestro propio pensamiento filosófico sin desconocer, evidentemente, la simiente universal que los griegos llamaban Logos. Al taller también asistía un grupo de selectos estudiantes. El nombre de Thales de Mileto, significaba, igual que el actual libro, lo modesto de nuestras aspiraciones. Simplemente iniciar. Coincidentes en el tiempo y por la iniciativa de uno de los miembros del Centro de Estudios Filosóficos de Barranquilla, Eduardo Bermúdez, y con la colaboración de docentes uniatlanticenses de otras disciplinas de las Ciencias humanas, empezamos a estudiar la obra de Luis Eduardo Nieto Arteta, no solo desde el punto de vista filosófico, sino sociológico, histórico y hasta político.

Fruto de lo anterior, logramos realizar un homenaje a este pensador y polígrafo barranquillero en 1981, al

conmemorarse el 25.º aniversario de su trágica desaparición en 1956. Las conferencias que se leyeron durante la semana académica que le tributamos a su grandeza espiritual, fueron recogidas en Memorias, en una edición especial de la revista Prometeo del Taller filosófico Thales de Mileto.

Otro grupo de nuestra ciudad, mucho más cerrado y riguroso, lo constituyó el Centro Russell. Círculo de estudios lógicos y epistemológicos, integrados básicamente por Nelson Barros, Wilderson Archbold y Jaime Suárez. De allí salieron, sin duda alguna, muchos de los brillantes ensayos epistemológicos del profesor Archbold, que esperan editarse y que hemos conocido a hurtadillas o en cursos que impartió su autor; y los desarrollos que, en el campo de la lógica, ha publicado el doctor Barros en los libros Lecciones de cálculo sentencial y Lógica del silogismo jurídico. Otras obras que le han editado al mismo autor son, entre otras, Introducción a la lógica formal, Primeras lecciones de epistemología, Lógica y realidad, La filosofía de Epicuro, etc. Aún tiene varias obras inéditas, entre ellas un monumental Diccionario de lógica y Lógica y epistemología del indicio, etc.

De los textos de Barros es plausible la introducción que le escribió el filósofo Julio Enrique Blanco a su libro Lógica formal, más las notas de solapa del también filósofo Carlos J. María; el prolegómeno de Benjamín Sarta al Libro Lógica y Realidad; y el reconocimiento que el filósofo español Germán Marquín Argote hizo sobre los desarrollos y aportes al campo de la lógica simbólica del libro Lecciones de cálculo sentencial.

Porque no es gratuito que, en Colombia, en el campo de la lógica, solo tengan que mostrar obras propias, inspiradas en el positivismo y empirismo, autores como Rubén Sierra Mejía, Adolfo León Gómez y Nelson Barros Cantillo. Y esto se debe a que el Círculo de estudios lógicos y epistemológicos al que perteneció Barros, constituyó un pedazo de la racionalidad occidental moderna incrustado en Barranquilla. Por algo lo denominaron Centro Russell.

El interés de Barros por la iusfilosofía, como doctor en Derecho y Ciencias Jurídicas, ha determinado felizmente un puente con la tradición y aportes que en estos menesteres habían logrado sus coterráneos Luis Eduardo Nieto Arteta y Rafael Carrillo Lúquez. Por tales méritos, Nelson Barros Cantillo es miembro de la Sociedad Colombiana de iusfilosofía y sus libros en este campo son editados nacional e internacionalmente por empresas dedicadas a las publicaciones especializadas en esa línea del pensamiento.

Posgrados y “Polémica Filosófica”

Esta apertura hacia la filosofía fue canalizada con la implementación de posgrados en Cartagena y Barranquilla, a principios de los años 80, por parte de la Universidad de Santo Tomás. Profesores universitarios y de bachillerato de la Costa, dedicados a las Ciencias Humanas en general, se reunieron alrededor de la investigación y de las actividades académicas de las Maestrías recién creadas.

La novedad de la temática (Filosofía Latinoamericana), su carácter respecto a la filosofía tradicional occidental, su originalidad, su aspecto político, ético, histórico, sociológico, literario, su relación con el marxismo, con la iglesia, su carácter liberador o no, etc., se desbordaron de la academia y originaron en la Revista Dominical del diario El Heraldillo de Barranquilla lo que se denominó Polémica Filosófica (1985 y 1986), animada por su director Dr. Juan B. Fernández (ex-rector de la U. del Atlántico), quien fuera distinguido estudiante del Instituto de Filosofía en la Universidad Nacional de Colombia y discípulo dilecto del ya mencionado filósofo costeño Rafael Carrillo Lúquez, y después escucha de Heidegger en Alemania.

Evidentemente, esta polémica, como todo debate público, fue desigual. Participaron desde egresados en los posgrados hasta estudiantes de pregrado, marxistas ortodoxos y profesores de religión, doctores en filosofía y legos en la

materia. Además, la polémica no se quedó en Barranquilla y Cartagena, sino que se extendió a toda la Costa Caribe e incluso participaron polemistas desde la propia capital del país, donde yo me encontraba cursando estudios posgrado. El número de participantes excedió los 150.

Esta polémica fue algo sin precedentes en la prensa nacional. El solo fenómeno de que la filosofía hubiese ganado espacio y presencia permanentemente en la Revista Dominical de un rotativo de gran tiraje, como lo es El Heraldillo, era de profunda significación. Se demostraba, una vez más, que el auge de esta disciplina a nivel de discusión era evidente; que la filosofía no se miraba como un bicho raro y que su normalidad se podía palpar casi que objetivamente. Su praxis teórica no se hacía ya exclusivamente entre especialistas.

Un libro puede ser leído en nuestro medio por cien personas: un periódico, por miles. El hecho de que estemos en una provincia lejana, a orillas del mar, no nos quita méritos. El Doctor Ramón Pérez Mantilla ya había manifestado que “la filosofía nació en Grecia por la intimidad que ese país guarda con el mar”. Recordemos, otra vez, que la filosofía moderna en Colombia comenzó con hijos de la Costa Caribe, entre ellos dos barranquilleros y un cesareño.

Lo mismo la literatura moderna, con el Grupo de Barranquilla, conocido mundialmente. Thales de Mileto comenzó a reflexionar en una provincia cercana al mar. Más de un siglo después, la filosofía llegó a Atenas; y que no se olvide: la sociología en nuestro país también se inició con Orlando Fals Borda, barranquillero.

Foros y Conversatorios

Posterior a la Polémica Filosófica, en la prensa continuaron apareciendo artículos, columnas y ensayos de corte filosófico. La Universidad del Atlántico, en octubre de 1988, en Popayán, participó en el IX Foro Nacional de Filosofía con una ponencia de mi autoría titulada Sobre la

necesidad de un Programa de Filosofía en la Universidad del Atlántico, recibiendo un respaldo unánime e incluso proclamándose sede del X Foro, que se realizó con éxito total entre el 14 y el 18 de mayo de 1990, en el teatro Amira de la Rosa de nuestra ciudad, dedicado a Julio Enrique Blanco en el centenario de su natalicio.

Lo más granado de la filosofía colombiana se reunió en Barranquilla, asistiendo delegaciones de profesores y estudiantes de todos los programas de filosofía del país a discutir sobre “El papel de la filosofía dentro del marco de la situación actual de cara del siglo XXI”. Los ponentes centrales fueron Jorge Aurelio Díaz (Presidente de la Sociedad Colombiana de Filosofía), Guillermo Hoyos, Adolfo León Gómez, Bruno Mazoldi, Daniel Herrera, Roberto Salazar, Rubén Jaramillo, Ramón Garzón, Víctor Florián, Numas Armando Gil, Julio Núñez Madachi y José Gabriel Coley.

Al año siguiente, 1991, nuestra Alma máter celebró el cincuentenario de su fundación, se creó por Acuerdo del Consejo Superior N.º 006 del 23 de mayo, el Instituto de Filosofía Julio Enrique Blanco, en memoria al filósofo fundador de la Universidad del Atlántico, nombrándose a mí como primer Director.

A partir de ese momento, la labor del Instituto fue infatigable, tanto al interior universitario como en Barranquilla e incluso en el Departamento y el país. Se iniciaron toda una serie de jornadas que van desde conferencias hasta seminarios y cursos, los cuales fueron impartidos por filósofos de la Región, del país e internacionales, tales como Numas Armando Gil, Boris Bustamante, Rubén Jaramillo, Adolfo León Gómez y Pablo Guadarrama, entre otros.

Además, se marcó un hito histórico nacional con los Conversatorios Filosóficos que se han venido y se siguen realizando semestralmente todos los lunes, siendo incluso reseñados internacionalmente. El vocablo “conversatorio”, impulsado por nosotros, se hizo usual en todo el país para señalar eventos similares, desde la Casa de Nariño hacia

abajo y también más allá.

Pero el Instituto se propuso, dentro de sus líneas de extensión, proyectarse hacia el magisterio departamental con cursos de Actualización Filosófica, Estos cursos plantearon la necesidad de implementar una Especialización en Filosofía de la Educación que poco después se hizo realidad en la Universidad del Atlántico. 10 de las conferencias que se impartieron fueron recogidas en el libro *Filosofía de la Educación* por Editorial Antillas, 1993.

Los autores de ese texto son: Rafael Soto, Rubén Darío Arroyo, Jean Henri, Elvira Chois, Martín Orozco, Julio Núñez Madachi, Hernando Romero, Germán Pérez, Álvaro Orozco y José Gabriel Coley.

Otras obras colectivas de las actividades del Instituto —y que se editaron en el sello editorial de la Universidad del Atlántico—, la componen *Conversatorios Filosóficos* (Antologías I y II) y *Epistemología y Filosofía de la Ciencia*. Además, otras individuales como Julio E. Blanco: hombre de acción y pensamiento educativo de Julio Núñez Madachi, *Epistemología de las Ciencias Naturales* de Jairo Solano, entre varios.

Temporis Partus

El fenómeno de la simpatía aparentemente inusitado del magisterio hacia la filosofía se debe a que en toda la Región Caribe, los profesores dedicados a su enseñanza devenían, en su generalidad, de otras disciplinas tales como licenciados en ciencias sociales (en el mejor de los casos), abogados, curas y hasta monjas, carentes de formación académica en filosofía, y el Instituto supo captar esa necesidad impartiendo la serie de cursos ya mencionados.

Por otro lado, es necesario destacar que en 1983 se realizó en la Universidad del Norte el primer Coloquio de Filosofía, al cual asistieron varios filósofos colombianos como Guillermo

Hoyos, Rafael Torrado y el filósofo norteamericano William Quine.

Las ponencias de los participantes fueron difundidas en *Huellas*, revista institucional de la Universidad del Norte, que ha publicado constantemente desde su existencia artículos y ensayos filosóficos. Cinco años después, se realizaría el II Coloquio de Filosofía, de igual resonancia que el primero. Allí su rector, filósofo Jesús Ferro Bayona, dio a conocer su libro *Nietzsche y el retorno a la metáfora*, que trata sobre los textos del pensador alemán que lo condujeron a la producción de su obra cumbre *Así habló Zaratustra*.

Posteriormente, el mismo sello editorial de la Universidad del Norte publicó el libro *Julio Enrique Blanco y Luis López de Mesa: Correspondencia Filosófica*, compilado, prologado y con notas de Julio Núñez Madachi. La Universidad del Norte no ha descuidado su manifiesta inclinación a la filosofía. No solo su rector era filósofo sino también el Dr. Alberto Roa, su asistente de esa época que incluso antes, siendo director del Colegio Hebreo Unión, organizó varios Encuentros de Estudiantes de Filosofía de Enseñanza Media (Grados 10° y 11°) en el paraninfo de esa institución, con ponencias ingeniosas y agudas que tuve el agrado personal de seleccionar.

Además, la Universidad del Norte vinculó otros filósofos oriundos de Barranquilla a la docencia, como Rubén Darío Maldonado y Carlos Pájaro que, bajo la coordinación de José Joaquín Andrade, (filósofo que más adelante sería rector de la Universidad del Atlántico) lograron un convenio con la Universidad del Valle y desarrollaron a partir de 1996 un Magíster en Filosofía con énfasis en Ciencias y Política.

Otro relevante hecho en la Ciudad lo realizaron el Instituto de Filosofía de la Universidad del Atlántico y la Facultad de Filosofía de la Universidad de Santo Tomás de Bogotá, cuando coorganizamos el II Foro Nacional de Filosofía Colombiana, octubre de 1993, siendo un acontecimiento

con representatividad nacional.

¿Será que por gratuidad la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México) y COLCULTURA eligieron a Barranquilla sede para el I Congreso sobre Filosofía y Cultura del Caribe (agosto de 1994), con personalidades tan importantes y trascendentes como Leopoldo Zea, el cual fue también éxito rotundo?.

La respuesta está en el libro *La filosofía en la Costa Caribe Colombiana*, de Daniel Herrera Restrepo, mencionado anteriormente, el cual Numas Armando Gil desarrolló en su publicación *Reportaje a la Filosofía*, tomo II.

Allí tienen su lugar, sin duda alguna, Rafael Osorio y Fidel Lombardi, reconocidos precursores con quienes compartí mis adolescentes lecturas filosóficas que tanto me tizaron y que me hacían dudar entre Marx y Sartre. Igual que el apóstol incomprendido, otrora maoísta, Germán Pérez Therán, hoy confeso gramsciano.

Empero, si bien es cierto que este ambiente filosófico existía en el entorno, nuestra Universidad apenas comenzó a introyectarse en esta disciplina racional, terminando el siglo XX. Es decir, la Universidad del Atlántico históricamente estuvo divorciada de la enseñanza sistemática de la filosofía, la cual comenzó a desbrozar un camino serio con la apertura a nivel de pregrado del Programa de Filosofía, adscrito a la Facultad de Ciencias Humanas, en 1997 (Coley, J. G. 2016).

Se hacía necesario, pues, ese rigor de re estudiar y proporcionar un cambio de conducta filosófica a nivel de métodos, escuelas y reflexión racional en general. La Universidad del Norte comenzó con Maestría, por medio del convenio con la Universidad de Valle, producto además, de que había organizado y realizado el XI Foro Nacional de Filosofía en 1996 en Barranquilla.

En nuestro caso, preferimos partir de lo simple a lo complejo y

con recursos propios. Por eso fuimos vinculando al Instituto filósofos titulados como Eduardo Bermúdez, Carlos Angulo Menco, Fidel Llinás, Luis Ribón, Julio Núñez Madachi, Numas A. Gil, amén de Nelson Barros, hasta que nuestro pregrado echó a andar. Posteriormente, hemos seguido fortaleciéndonos con otros filósofos mediante concursos docentes de méritos. En la actualidad estamos en feedback con nuestros egresados insignes, posgraduados y doctores, en diferentes áreas del saber filosófico.

Los demás, somos los de-más, pero que hemos dedicado nuestras vidas al amor a Sophya, personaje del Emilio de Rousseau y últimamente del noruego Jostein Gaarder, quien se mueve entre Lewis Carroll y Umberto Eco, para que su obra literaria contribuya más a la filosofía que la del británico o el italiano.

Los profesores uniatlánticenses que fuimos pretendiendo por un programa de filosofía, nunca nos hemos ufano de ser “filósofos”. Somos, a lo sumo profesores de filosofía, fundamentalmente autodidácticos, que durante lustros contribuimos a forjar corazones con tripas para que esta realidad sea a pesar de las maledicencias. La Universidad Metropolitana lo logró, pero no permaneció. Solo la Universidad del Atlántico podía entender el sentido de la rentabilidad social que no económica de esta disciplina de la reflexión, tal y como hemos insistido.

La historia de las ideas filosóficas en Barranquilla reseñadas por este hilo conductor ante ustedes desovillado, dieron como resultado natural el programa de filosofía. El tempus partus llegó, felizmente. Nuestro pregrado goza de acreditación de Alta Calidad, hemos alcanzado “mayoría de edad” y ya ofreceremos Maestrías con recursos propios, preparándonos para el Doctorado. Nos sentimos orgullosos de haber logrado todo este periplo académico.

En 2017, el Programa de Filosofía celebró el vigésimo aniversario de su creación y, en ese corto período, ha sido el

único programa del país que ha participado en los últimos cinco Congresos Mundiales de Filosofía (Boston 1998, Estambul 2003, Corea 2008, Atenas 2013 y Beijing 2018).

Por supuesto, que también hemos asistido a numerosos encuentros internacionales reseñados al final del siguiente acápite (ver mapa filosófico), que se refiere exclusivamente a nuestro Programa de Filosofía.

Es necesario anotar que formamos parte, además de haber contribuido a su gestación y nacimiento, de la Asociación Filosófica del Caribe Colombiano, que ya cuenta con el reconocimiento orbital de la Sociedad Mundial de Filosofía, lo que nos facilita las relaciones, los intercambios y la actualización en general.

NUESTRO PROGRAMA DE FILOSOFÍA

Breves antecedentes

He sido profesor de filosofía desde mi época de estudiante universitario. En la Licenciatura en Ciencias Sociales y Económicas que desarrollé en la Universidad del Atlántico (no existía Programa de Filosofía en toda la Costa Caribe) se impartían seis (6) semestres de filosofía y cuando comencé a enseñar en colegios de bachillerato ya los había cursado todos, amén de mis lecturas paralelas y autodidácticas, impregnadas fuertemente de marxismo (materialismo dialéctico, histórico, economía política y socialismo científico). Había sido, además, monitor de Filosofía.

Una vez obtuve el título (1975), concursé para algunas asignaturas de Filosofía que se encontraban vacantes y logré vincularme por horas cátedras en la Universidad. Algunos años después fui nombrado profesor de tiempo completo, adscrito a Ciencias Sociales y Económicas, de donde procedía. Me desempeñé en los campos de la Lógica, Epistemología e Historia de la Filosofía, creciendo mi biblioteca personal y preparándome para los retos de cada clase, hábito que aún conservo.

Pero esa superación permanente no bastaba; había la exigencia de pasar formalmente del pre al posgrado.

Fui admitido en la Universidad Nacional de Colombia en 1983, pero el Consejo Superior Universitario no me otorgó la comisión de estudios, sino que la aplazó para el año siguiente, porque tenía que asumir turno, ya que otros docentes estaban a la espera primero que yo.

Y así fue. A principios de enero de 1984 se me dio la comisión y viajé a Bogotá, pero allá me explicaron que el cupo que yo había obtenido era solo para 1983, pues ya el posgrado iba a comenzar el tercer semestre y, solo después de que terminara esa cohorte en marcha la Universidad nacional, previa evaluación, resolvería si la seguía ofreciendo. Eso significaba que ahora yo tenía la comisión más no el cupo.

A mi regreso, el Consejo Superior me manifestó que la comisión debía usarla o perderla y que no me la podían guardar; y la salida que me indicaron era la de buscar otra Universidad que comenzara “ya o ya” una Maestría en Filosofía. Allí comencé una maratón contra el tiempo.

Comunicándome por teléfono a larga distancia y por telegramas (no había internet ni celular), pude contactarme con la única Institución que iba a comenzar Maestría a mediados de febrero y que estaba casi culminando proceso de admisión: la Universidad de Santo Tomás de Aquino de Bogotá (U.S.T.A). La Maestría era en “Filosofía Latinoamericana”.

Un marxista entre dominicos

Alcancé la admisión y me trasladé de mala gana a la USTA, para no perder la comisión que, de pronto, nunca más me volverían a otorgar. Antes había tenido que explicar en la entrevista de rigor el por qué me había decidido por su opción de estudios postgraduales. Pero terminaron por aceptarme, quizá por mis circunstancias apremiantes, ser el único costeño y el último aceptado.

Estuve tres años en el altiplano y no me arrepiento. De

la promoción fui el primero en graduarme y con tesis laureada. Mis primeras disputas con los profesores a nivel de discusiones en clases, en las cuales salí perdiendo, me obligaron a estudiar con más seriedad, profundidad y rigor. No solo de Marx vive el hombre en Filosofía, me enseñaron. Había muchos otros pensadores, que yo ignoraba, con ópticas diferentes e igualmente interesantes a las de Marx, y que no eran excluyentes del pensamiento universal.

Pero había más: me descubrieron el pensar latinoamericano —que tenía tanto o más valor que el europeo—, iniciando desde los mitos amerindios de nuestras culturas. Entonces supe por Antonio Casso, filósofo mexicano, que la historia de la filosofía entre nosotros no era “eco y sombra del pensar y actuar europeo” como decía Hegel, sino que aquí había transcurrido de modo totalmente diferente. Aquí, la Filosofía no se ha dado a través de tratados sistemáticos como en el Viejo Mundo, sino envuelta en formas religiosas, artísticas, literarias, políticas, ideológicas, etc, y que de lo que se trataba, era de develar el carácter de esas ideas e ir configurando nuestra propia Filosofía. La cual históricamente ha sido de resistencia y que apunta o debe convertirse en idearios de liberación. Ese encuentro con la USTA para mí fue revelador, aunque yo en ese momento no lo consideraba así, muy a pesar de ser conocedor de sus planteamientos generales. Aclaro:

En 1980, a nombre del Taller filosófico Thales de Mileto, participé en el I Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana organizado por la USTA en los 400 años de su fundación, 1580-1980. ¡Nada más, imagínense una biblioteca de 400 años! (hoy de 440 años, dado que es el primer claustro universitario fundado en Colombia). En ese Congreso, y después en los sucesivos (se celebran cada dos años), me entrevisté con Enrique Dussell, Pablo Guadarrama, Miró Quezada, Gustavo Gutierrez, Leopoldo Zea y otros grandes filósofos de América latina, amén de los renombrados colombianos Guillermo Hoyos y Daniel Herrera, por un lado, y Rubén Sierra, Rafael Carrillo, Ramón

Pérez, Rubén Jaramillo, Adolfo León Gómez, Aurelio Díaz, etc., Estos filósofos colombianos con los que entablé relaciones serían decisivos en la aprobación del futuro Programa de Filosofía, que yo ya tenía claro y entre cejas que debía crearse en el seno de la Universidad del Atlántico.

Viacrucis de un Programa

El 31 de octubre de 1986 me entregaron con honores el diploma de Magíster en Filosofía Latinoamericana en el Aula Magna de la USTA y a los dos días me reintegré como docente. En diciembre nombraron al Dr. Ernesto Camargo Ciódaro como Rector. Nuestra empatía, personal, intelectual y académica fue total.

Al año siguiente, se realizaba en Popayán el IX Foro Nacional de Filosofía, en el cual fui ponente con un trabajo que titulé Sobre la necesidad de un Programa de Filosofía en la Universidad del Atlántico, que contó con el respaldo unánime de las delegaciones de todas universidades, trayéndome la sede del X Foro para Barranquilla, como ya anticipé.

Realmente el programa estaba listo y recogía y asimilaba las experiencias y currículos de los pregrados más significativos del país (públicos y privados). Una comisión conformada por Nelson Barros Cantillo, Julio Núñez Madachí y José Gabriel Coley, firmamos el diseño y la estructura curricular definitiva. A fines de 1987, fui promovido como Vicerrector Académico.

Es importante anotar que, en la rectoría del doctor Camargo cursé el Simposio Permanente sobre la Universidad (IV seminario), equivalente a Maestría, cuyo director era el padre Alfonso Borrero Cabal (S.J.). El programa del Simposio tenía tres ejes fundamentales, filosófico, histórico y administrativo, y era organizado por ASCUN (Asociación Colombiana de Universidades), el ICFES (Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior) y la F.E.S (Fundación

para la Educación Superior).

Sin embargo, cuestiones de orden deontológico que no epistemológico, dieron al traste con la rectoría del doctor Camargo a principios de 1990 y el Programa de Filosofía quedó en ascuas: al Rector que siguió no le gustó la idea del pregrado que ya estaba para su trámite de aprobación en el Consejo Académico, pero no pudo eludir el compromiso adquirido institucionalmente de realizar el X Foro Nacional de Filosofía que se celebraría en junio de ese año y cuyo lema fue “Un recuento de la filosofía con el mar”. Aquí en Barranquilla se volvió a ratificar el respaldo al Programa en un manifiesto firmado por todos los participantes del foro, pero, igual, fue en vano. Yo, evidentemente, había salido de Vicerrector.

Al siguiente Rector (1991) tampoco le dio curso al pregrado, y a cambio me encomendó la tarea de diseñar un proyecto para crear un Instituto de Filosofía que llevaría el nombre de Julio Enrique Blanco, pues la Universidad cumplía el 3 de junio 50 años, y me nombró su Director.

El Instituto contribuyó decisivamente con sus tareas académicas a crear la necesidad de un Programa de Filosofía. La Ley 30 de 1992 le dio vida a la Facultad de Ciencias Humanas en 1994, siendo yo su Decano-Fundador, y estuvo en sus comienzos integrada por el Instituto de Filosofía, el Departamento de Historia y Humanidades, el Departamento de Idiomas y el Museo de Antropología, pero sin ningún programa propio. Éramos solo una facultad de servicios de docentes. (Coley, J. G. 2016).

Por ello desde la decanatura reviví el proyecto archivado del pregrado de Filosofía, el cual por fin se creó formalmente mediante Acuerdo Superior No 012 de 1996, pero no empezó a ofrecerse sino en el segundo semestre de 1997, arrancando actividades el 21 de julio, sin esperar el Código o permiso oficial por parte del ICFES, sino simplemente oficiándoles a través de la Secretaría General de la Universidad de su

creación y la fecha en que se iba a ofertar, inscripciones, admisiones y matrículas.

Esa fue la interpretación que le dimos el Decano y el Vicerrector Académico, profesor Cristóbal Arteta, invocando la Autonomía Universitaria que había sido proclamada por la Constitución Política de 1991, con base en la demanda académica que existía en la Ciudad y la Región, los recursos humanos e infraestructurales de calidad que poseíamos y el apoyo de la comunidad filosófica nacional desde hacía una década.

Habemus Programa

El primer semestre que se admitió fue muy numeroso (104 estudiantes) y hubo necesidad de dividirlo en A y B lo que indicaba que la necesidad existía, dado el ambiente que se había formado por parte del Instituto de Filosofía Julio Enrique Blanco que supo canalizar el auge creciente de esta disciplina en la Ciudad a partir de los años 70 en adelante.

En la medida en que se avanzaba en la carrera, nos fuimos fortaleciendo con docentes propios y con docentes visitantes nacionales e internacionales que regularmente invitábamos e impartían seminarios sobre diferentes tópicos de la filosofía; igual lo hacíamos con la Biblioteca especializada que conformamos y nuestro Centro de documentación de apoyo investigativo.

Pero, comenzando el VIII semestre académico, nos llegó una comunicación perentoria del ICFES donde ponían subjujice todo lo actuado, tachándoseme a mí prácticamente de Decano timador, irresponsable y estafador, porque no teníamos código o permiso oficial para funcionar. Fui llamado a declarar a la Procuraduría y todo apuntaba a mi culpabilidad como determinador.

Nuestro recorrido académico, el reconocimiento social y el clamor nacional ayudaron a fundamentar el porqué

de la decisión de abrir el Programa, respaldada por la interpretación libre de la autonomía universitaria y el poder del saber que había aprendido en el Simposio Permanente sobre la Universidad, que irónicamente también auspiciaba el ICFES. (Coley, J. G. 2016).

La Universidad del Atlántico había tenido hasta entonces cinco rectores filósofos: Julio Enrique Blanco (2 ocasiones), Juan B. Fernández, Carlos J. María y José Joaquín Andrade y ninguno planteó siquiera la intención de crear un programa de Filosofía. Este surgió, pásmense ustedes, en la rectoría (1996-98) de un conservador tradicional y de partido, el Dr. Armando Zabarain. Y gracias a nuestra irreverencia, por supuesto.

Abono que, hacía el año 2001 cuando se presentó la “crisis” por parte del ICFES, el Rector Dr. Ubaldo Enrique Meza gestionó ante el Ministerio de Educación Nacional la convalidación de lo cursado por los estudiantes mediante pruebas, visitas y evaluaciones que practicarían la Universidad Nacional de Colombia, quien con todo el rigor académico las realizó, obteniendo nosotros no solo la aprobación sino la felicitación institucional: **Nuestro programa era digno par de cualquier otro en el país.**

Después vino el código de marras, pero el expediente que buscaba ponerme tras las rejas duró abierto muchos años más. Afortunadamente el ICFES desapareció como policía de la Educación Superior, porque nunca la fomentó, y ahora se dedica solo a hacer exámenes a la enseñanza media. O sea, lo rebajaron.

A pesar de todos estos avatares, nuestro Programa de Filosofía ha pasado los 20 años de existencia, superación y cualificación permanentes y ascendentes. Tanto que contamos con Acreditación de Alta calidad obtenida bajo la decanatura de mí discípulo Fidel Llinás Zurita, actualizándose ya su renovación. Ofrecemos dos Maestrías, una en Epistemología y Filosofía de las Ciencias y otra en

Ética y Política. De sus éxitos y fortalezas no nos cabe duda y en poco tiempo de ellas surgirán los doctorados.

Para completar este acápite, o para continuarlo, he aquí una especie de inventario de nuestros primeros veinte años de existencia nacional e internacional en el mapa filosófico mundial que sigue elaborado por el profesor y PhD Eduardo Bermúdez, a quien agradecemos inmensamente su especial aporte a este libro, que también lo cobija a él y sus enseñanzas, lo mismo que al grupo de investigaciones Holosapiens que acertadamente dirige.

MAPA FILOSÓFICO MUNDIAL

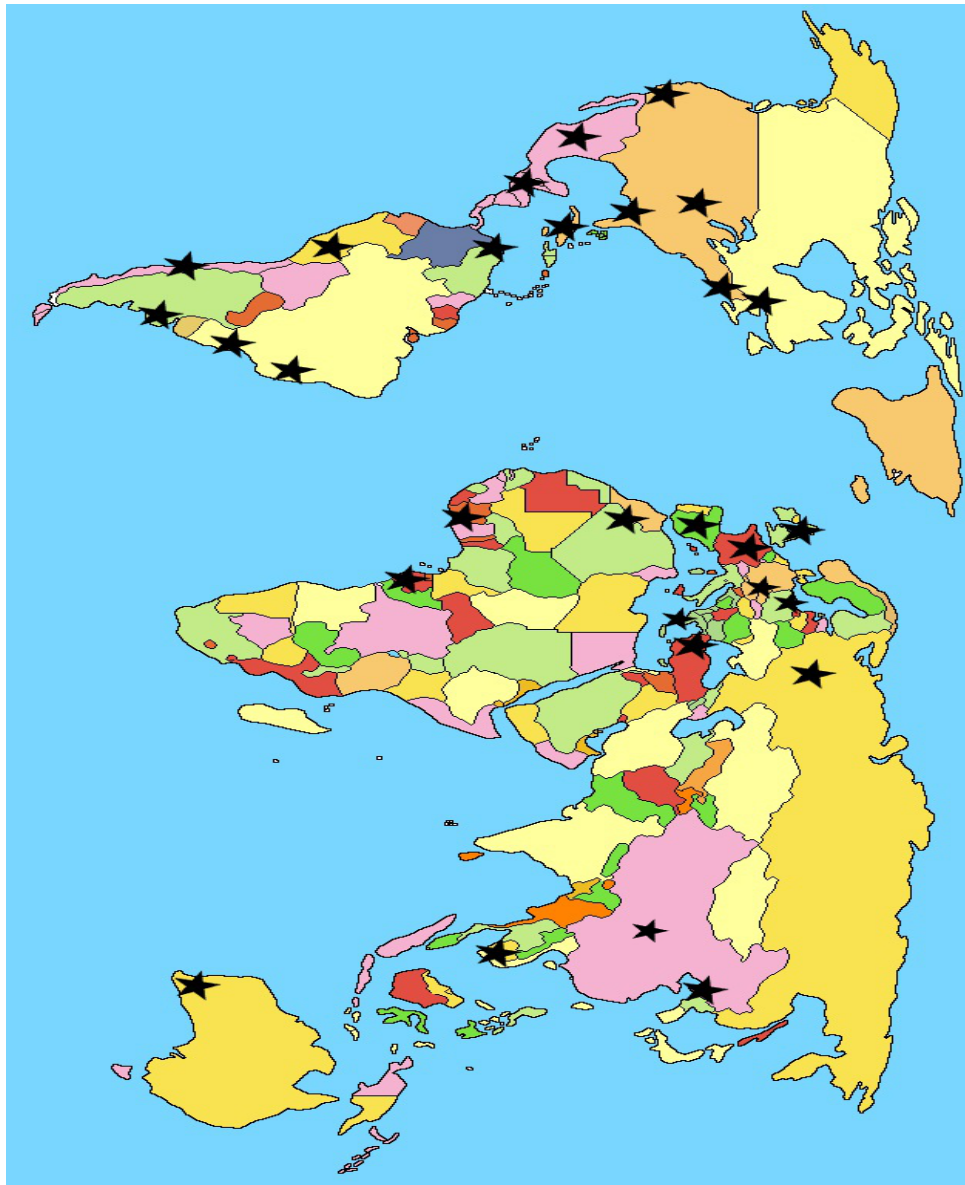


Figura No 2. Mapa Filosófico Mundial

Nota: Las estrellas señalan los diferentes lugares donde nuestro Programa de Filosofía ha hecho presencia académica a nivel mundial.



Figura No 3. Escudo de la Asociación Filosófica Del Caribe Colombiano

CARTA DE UN PROFESOR DE FILOSOFÍA

Nota: Esta carta fue dirigida a una joven que ahora es Doctora en Filosofía y profesora distinguida de nuestro programa. Después que llegó a su destinataria, quise extenderla como mensaje pedagógico al resto de estudiantes y ahora hacerla parte de este libro. He aquí su contenido:

No pretendo en esta misiva rozar siquiera con una coma su actitud, pero alguien, con “desamparo ontológico” como yo, me impulsó a las 11:00 p.m. de nuestro Caribe a decirle cosas, antes de que Usted egrese del Programa de Filosofía, termine su trabajo de grado y tal vez no la vuelva a ver. No tengo sueño, luego escribo.

Esta tarde, al concluir el tema sobre Emil Ciorán, donde Usted brilló con su disertación, se acercó y me dijo que quería preguntarme algo; le manifesté que yo también. Al fin de cuentas la función de la filosofía es interrogar, no responder. Pero después de dialogar sobre su inquietud yo no le dije nada. Ahora, por asociación, el insomnio de Ciorán, igual que el de Drácula, el vampiro, me pertenecen. Más no los maldigo, ni los rechazo, ni he acudido a la oración, pues los tres la detestamos; solo tomé la pluma, que no la computadora para tratar de exorcizar mi locura de hoy.

Mañana será el día dedicado al dios Mercurio, estaré de

asueto y tendré tiempo para dormir muchas horas, en la tranquilidad íntima del ataúd de mi soledad. Si quiere, como descansaba el Conde Vlad de Transilvania, personaje inmortal del novelista inglés Bram Stoker; que no el histórico empalador de Rumania. No por capricho se afirma que la novela es hermana gemela de la historia.

Nunca escribo largo, corrijo mucho y siempre quedo inconforme. En mis cartas íntimas uso papel y bolígrafo, como el poeta José Luis Hereyra, pero él jamás pasa sus poemas en limpio. Todos salen limpios y en limpio de su limpiísima caligrafía. Cuando me atrevo a escribir me cuesta. Soy lento, torpe y perfeccionista. Me es muy difícil comenzar y, después que lo hago, elimino lo que debería continuar en el centro para llegar desastrosamente al final. No quieren creerme, pero es así.

Esta noche decembrina, llena de luna, lobos y locos, vísperas de la novena del Niño Dios, condenado desde su nacimiento a la cruz romana, estoy tratando de curarme de Ciorán. Escucho el ulular del búho que recogería su vuelo al amanecer y, sin embargo, todavía no le he dicho nada.

Precisamente, para no seguir borrando, escribiendo, borrando, y otra vez escribiendo, suprimo lo que podría seguir y deposito en sus ojos estas letras para su razón: ¿Por qué no asiste regularmente al curso? ¿Lo hace deliberadamente? ¿Desdeña mis clases porque no tiene nada que aprender?

Quiero decirle que yo tampoco iba regularmente al salón. En mi época de estudiante fui líder marxista irredento y daba más importancia al compromiso revolucionario que al académico; lo hacía pensando que los profesores no tenían nada para enseñarme si yo poseía los programas, la bibliografía y la guía de los compañeros sobre lo que había que hacer. Así comenzó mi formación autodidáctica en Filosofía. Y discernía y discurría y decidía según mi liberum arbitrium; pero respondía por las evaluaciones de los maestros, por las actividades políticas y hasta por

mi seguridad personal. Me creía suficiente, pero estaba equivocado.

Usted dirá: ¿A qué se deberá esta inusual trilla vesánica? Le aclaro:

Cuando desde muy joven me dediqué al “oficio” de la Filosofía como docente (recuerde que la Filosofía nació como magisterio) quería que todos mis alumnos fueran “filósofos”. Pero mis cátedras las regentaba en otras carreras y eran “relleno curricular”, como llaman. Las atendían en serio muy pocos ganándome la animadversión. Más adelante entendí que debía ofrecerme exclusivamente a los “muy pocos”, no a la mayoría cuadrículada que estaban huecos y solo ocupaban sillas, pero no bastó.

Entonces concentré esfuerzos por fundar un programa profesional de Filosofía en la Universidad del Atlántico donde todos mis discípulos estuvieran puntuales, interesados y enamorados de Sophya. Y se creó, incluso contra del Estado, como Usted sabe. Pero, ¡qué desilusión! Dentro del programa al que yo le había insuflado vida, siguen siendo todavía poquitos los que realmente se subsumen en esta disciplina de la razón. Son tan intermitentes que no los puedo asir, igual que un trozo de música, el agua entre los dedos, o su asistencia a clases.

Es posible que yo no tenga qué enseñarle. Que Usted lee lo que quiere por fuera, sin el condicionamiento de ningún profesor, formándose aparte, como en afecto me lo ha demostrado. Si, la Filosofía es especial y espacialmente solitaria. No de masas. Menos de rebaño.

Infiero que por ello decidió tomar sola la garrocha de la sabiduría y saltar libremente sobre todos. Pero de alguna si manera asistiera más regularmente a clases pienso que, igual que yo, Usted hubiera podido ser mejor. Es lo único que me motivó a escribir esta epístola, aunque no le niego que con la magistral exposición de esta tarde, a través de sus

labios, Ciorán volvió a lastimarme. Pero algo le faltó...

Desesperado porque Usted comprenda el por qué del por qué, y porque ya se acerca la aurora que espanta la felicidad de los noctámbulos, me despido, con todo respeto,

Su profesor de filosofía.

José Gabriel Coley
Barranquilla, diciembre de 2011

**ANEXO NO 1: EL MITO DE LA CAVERNA
(REPÚBLICA, VII)**

El libro VII de la República comienza con la exposición del conocido mito de la caverna, que utiliza Platón como explicación alegórica de la situación en la que se encuentra el hombre respecto al conocimiento, según la teoría del conocimiento explicada al final del libro VI, ilustrada mediante la alegoría de la línea.

El mito de la caverna

I —Y a continuación —seguí—, compara con la siguiente escena el estado en que, con respecto a la educación o a la falta de ella, se halla nuestra naturaleza.

Imagina una especie de cavernosa vivienda subterránea provista de una larga entrada, abierta a la luz, que se extiende a lo ancho de toda la caverna, y unos hombres que están en ella desde niños, atados por las piernas y el cuello, de modo que tengan que estarse quietos y mirar únicamente hacia adelante, pues las ligaduras les impiden volver la cabeza; detrás de ellos, la luz de un fuego que arde algo lejos y en plano superior, y entre el fuego y los encadenados, un camino situado en alto, a lo largo del cual suponte que ha sido construido un tabiquillo parecido a las mamparas que se alzan entre los titiriteros y el público, por encima de las cuales exhiben aquellos sus maravillas.

—Ya lo veo —dijo—Pues bien, ve ahora, a lo largo de esa paredilla, unos hombres que transportan toda clase de objetos, cuya altura sobrepasa la de la pared, y estatuas de hombres o animales hechas de piedra y de madera y de toda clase de materias; entre estos portadores habrá como es natural, unos que vayan hablando y otros que estén callados.

—¡Qué extraña escena describes —dijo— y extraños prisioneros!

ANEXOS

—Iguales que nosotros —dije—, porque, en primer lugar, ¿crees que los que están así han visto otra cosa de sí mismos o de sus compañeros sino las sombras proyectadas por el fuego sobre la parte de la caverna que está frente a ellos?

—¿Cómo —dijo—, si durante toda su vida han sido obligados a mantener inmóviles las cabezas?

—¿Y de los objetos transportados? ¿No habrán visto lo mismo?

—¿Qué otra cosa van a ver?

—Y si pudieran hablar los unos con los otros, ¿no piensas que creerían estar refiriéndose a aquellas sombras que veían pasar ante ellos?

—Forzosamente.

—¿Y si la prisión tuviese un eco que viniera de la parte de enfrente? ¿Piensas que, cada vez que hablara alguno de los que pasaban, creerían ellos que lo que hablaba era otra cosa sino la sombra que veían pasar?

—No, ¡por Zeus! —dijo.

—Entonces no hay duda —dije yo— de que los tales no tendrán por real ninguna otra cosa más que las sombras de los objetos fabricados.

—Es enteramente forzoso —dijo.

—Examina, pues —dije—, qué pasaría si fueran liberados de sus cadenas y curados de su ignorancia, y si, conforme a naturaleza, les ocurriera lo siguiente. Cuando uno de ellos fuera desatado y obligado a levantarse súbitamente y a volver el cuello y a andar y a mirar a la luz, y cuando, al hacer todo esto, sintiera dolor y, por causa de las chiribitas, no fuera capaz de ver aquellos objetos cuyas sombras veía antes, ¿qué

crees que contestaría si le dijera de alguien que antes no veía más que sombras inanes y que es ahora cuando, hallándose más cerca de la realidad y vuelto de cara a objetos más reales, goza de una visión más verdadera, y si fuera mostrándole los objetos que pasan y obligándole a contestar a sus preguntas acerca de qué es cada uno de ellos? ¿No crees que estaría perplejo y que lo que antes había contemplado le pareciera más verdadero que lo que entonces se le mostraba?

—Mucho más —dijo.

II. —Y si se le obligara a fingir su vista en la luz misma, ¿no crees que le dolerían los ojos y que se escaparía, volviéndose hacia aquellos objetos que puede contemplar, y que consideraría qué estos, son realmente más claros que los que le muestra?

—Así es —dijo.

—Y si se lo llevaran de allí a la fuerza —dije—, obligándole a recorrer la áspera y escarpada subida, y no le dejaran antes de haberle arrastrado hasta la luz del sol, ¿no crees que sufriría y llevaría a mal el ser arrastrado, y que, una vez llegado a la luz, tendría los ojos tan llenos de ella que no sería capaz de ver ni una sola de las cosas a las que ahora llamamos verdaderas?

—No, no sería capaz —dijo—, al menos por el momento.

—Necesitaría acostumbrarse, creo yo, para poder llegar a ver las cosas de arriba. Lo que vería más fácilmente serían, ante todo, las sombras; luego, las imágenes de hombres y de otros objetos reflejados en las aguas, y más tarde, los objetos mismos. Y después de esto le sería más fácil el contemplar de noche las cosas del cielo y el cielo mismo, fijando su vista en la luz de las estrellas y la luna, que el ver de día el sol y lo que le es propio.

—¿Cómo no?

—Y, por último, creo yo, sería el sol, pero no sus imágenes reflejadas en las aguas ni en otro lugar ajeno a él, sino el propio sol en su propio dominio y tal cual es en sí mismo, lo que él estaría en condiciones de mirar y contemplar.

—Necesariamente —dijo.

—Y después de esto, colegiría ya con respecto al sol que es él quien produce las estaciones y los años y gobierna todo lo de la región visible, y que es, en cierto modo, el autor de todas aquellas cosas que ellos veían.

—Es evidente —dijo— que después de aquello vendría a pensar en eso otro.

—¿Y qué? Cuando se acordará de su anterior habitación y de la ciencia de allí y de sus antiguos compañeros de cárcel, ¿no crees que se consideraría feliz por haber cambiado y que les compadecería a ellos?

—Efectivamente.

—Y si hubiese habido entre ellos algunos honores o alabanzas o recompensas que concedieran los unos a aquellos otros que, por discernir con mayor penetración las sombras que pasaban y acordarse mejor de cuáles de entre ellas eran las que solían pasar delante o detrás o junto con otras, fuesen más capaces que nadie de profetizar, basados en ello, lo que iba a suceder, ¿crees que sentiría aquel nostalgia de estas cosas o que envidiaría a quienes gozaran de honores y poderes entre aquellos, o bien que le ocurriría lo de Homero, es decir, que preferiría decididamente “trabajar la tierra al servicio de otro hombre sin patrimonio” o sufrir cualquier otro destino antes que vivir en aquel mundo de lo opinable?

—Eso es lo que creo yo —dijo—: que preferiría cualquier otro destino antes que aquella vida.

—Ahora fíjate en esto —dijo—: si, vuelto el tal allá abajo,

ocupase de nuevo el mismo asiento, ¿no crees que se le llenarían los ojos de tinieblas, como a quien deja súbitamente la luz del sol?

—Ciertamente —dijo.

—Y si tuviese que competir de nuevo con los que habían permanecido constantemente encadenados, opinando acerca de las sombras aquellas que, por no habersele asentado todavía los ojos, ve con dificultad -y no sería muy corto el tiempo que necesitara para acostumbrarse-, ¿no daría que reír y no se diría de él que, por haber subido arriba, ha vuelto con los ojos estropeados, y que no vale la pena ni aun de intentar una semejante ascensión? ¿Y no matarían; si encontraban manera de echarle mano y matarle a quien intentara desatarles y hacerles subir?

—Claro que sí —dijo.

III. Pues bien —dije—, esta imagen hay que aplicarla toda ella, ¡oh amigo Glaucón!, a lo que se ha dicho antes; hay que comparar la región revelada por medio de la vista con la vivienda-prisión y la luz del fuego que hay en ella, con el poder del sol. En cuanto a la subida al mundo de arriba y a la contemplación de las cosas de este si las comparas con la ascensión del alma hasta la. Región inteligible no errarás con respecto a mi vislumbre, que es lo que tú deseas conocer, y que solo la divinidad sabe si por acaso está en lo cierto. En fin, he aquí lo que a mí me parece: en el mundo inteligible lo último que se percibe, y con trabajo, es la idea del bien, pero, una vez percibida, hay que colegir que ella es la causa de todo lo recto y lo bello que hay en todas las cosas que mientras en el mundo visible ha engendrado la luz y al soberano de esta, en el inteligible es ella la soberana y productora de verdad y conocimiento, y que tiene por fuerza que verla quien quiera proceder sabiamente en su vida privada o pública.

También yo estoy de acuerdo —dijo—, en el grado en que

puedo estarlo.

Según la versión de la República de J.M. Pabón y M. Fernández Galiano, Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1981 (3a edición)

ANEXO NO 2: ¿QUÉ ES LA ILUSTRACIÓN?

Immanuel Kant
1784¹

La ilustración es la liberación del hombre de su culpable incapacidad. La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía de otro. Esta incapacidad es culpable porque su causa no reside en la falta de inteligencia sino de decisión y valor par a servirse por sí mismo de ella sin la tutela de otro. ¡Sapere aude! ¡Ten el valor de servirte de tu propia razón!: he aquí el lema de la ilustración.

La pereza y la cobardía son causa de que una tan gran parte de los hombres continúe a gusto en su estado de pupilo, a pesar de que hace tiempo la Naturaleza los liberó de ajena tutela (**naturaliter majorennnes**), también lo son que se haga tan fácil para otros erigirse en tutores. ¡Es tan cómodo no estar emancipado! Tengo a mi disposición un libro que me presta su inteligencia, un cura de almas que me ofrece su conciencia, un médico que me prescribe las dietas, etc., etc., así que no necesito molestarte. Si puedo pagar no me hace falta pensar: ya habrá otros que tomen a su cargo, en mi nombre, tan fastidiosa tarea. Los tutores, que tan bondadosamente se han arrogado este oficio, cuidan muy bien que la gran mayoría de los hombres (y no digamos que todo el sexo bello) considere el paso de la emancipación, además de muy difícil, en extremo peligroso. Después de entontecer sus animales domésticos y procurar cuidadosamente que no se salgan del camino trillado donde los metieron, les muestran los peligros que les amenazarían caso de aventurarse a salir de él. Pero estos peligros no son tan graves pues, con unas cuantas caídas aprenderían a caminar solitos; ahora que, lecciones de esa naturaleza, espantan y le curan a cualquiera las ganas de nuevos ensayos.

Es, pues, **difícil** para cada hombre en particular lograr salir de esa incapacidad, **convertida casi** en segunda naturaleza.

Le ha cobrado afición y se siente realmente incapaz de servirse de su propia razón, porque nunca se le permitió intentar la aventura. Principios y fórmulas, instrumentos mecánicos de un uso o más bien abuso, racional de sus dotes naturales, hacen veces de ligaduras que le sujetan a ese estado. Quien se desprendiera de ellas apenas si se atrevería a dar un salto inseguro para salvar una pequeña zanja, pues no está acostumbrado a los movimientos desembarazados. Por esta razón, pocos son los que, con propio esfuerzo de su espíritu, han logrado superar esa incapacidad y proseguir, sin embargo, con paso firme.

Pero ya es más fácil que el público se ilustre por sí mismo y hasta, si se le deja en libertad, casi inevitable. Porque siempre se encontrarán algunos que piensen por propia cuenta, hasta entre los establecidos tutores del gran montón, quienes, después de haber arrojado de sí el yugo de la tutela, difundirán el espíritu de una estimación racional del propio valer de cada hombre y de su vocación a pensar por sí mismo. Pero aquí ocurre algo particular: el público, que aquellos personajes uncieron con este yugo, les unce a ellos mismos cuando son incitados al efecto por algunos de los tutores incapaces por completo de toda ilustración; que así resulta de perjudicial inculcar prejuicios, porque acaban vengándose en aquellos que fueron sus sembradores o sus cultivadores. Por esta sola razón el público solo poco a poco llega a ilustrarse. Mediante una revolución acaso se logre derrocar el despotismo personal y acabar con la opresión económica o política, pero nunca se consigue la verdadera reforma de la manera de pensar; sino que, nuevos prejuicios, en lugar de los antiguos, servirán de riendas para conducir al gran tropel.

Para esta ilustración no se requiere más que una cosa, **libertad**-, y la más inocente entre todas las que llevan ese nombre, a saber: libertad de hacer **uso público** de su razón íntegramente Mas oigo exclamar por todas partes: ¡Nada de razones! El oficial dice: ¡no razones, y haz la instrucción! El funcionario de Hacienda: ¡nada de razonamientos!, ¡a

pagar! El reverendo: ¡no razones y cree! (solo un señor en el mundo dice: **razonad todo** lo que queráis y sobre lo que queráis pero ¡obedeced!) Aquí nos encontramos por doquier con una limitación de la libertad. Pero ¿qué limitación es obstáculo a la ilustración? ¿Y cuál por el contrario, estímulo? Contesto: el uso público de su razón le debe estar permitido a todo el mundo y esto es lo único que puede traer ilustración a los hombres; su **uso privado** se podrá limitar a menudo estrictamente, sin que por ello se retrase en gran medida la marcha de la ilustración.

Entiendo por uso público aquel que, en calidad de **maestro**, se puede hacer de la propia razón ante el gran público del mundo de lectores. Por uso privado entiendo el que ese mismo personaje puede hacer en su calidad de **funcionario**. Ahora bien; existen muchas empresas de interés público en las que es necesario cierto automatismo, por cuya virtud algunos miembros de la comunidad tienen que comportarse pasivamente para, mediante una unanimidad artificial, poder ser dirigidos por el Gobierno hacia los fines públicos o, por lo menos, impedidos en su perturbación. En este caso no cabe razonar, sino que hay que obedecer. Pero en la medida en que esta parte de la máquina se considera como miembro de un ser común total y hasta de la sociedad cosmopolita de los hombres, por lo tanto, en calidad de **maestro** que se dirige a un público por escrito haciendo uso de su **razón**, **puede** razonar sin que por ello padezcan los negocios en los que le corresponde, en parte, la **consideración** de miembro pasivo. Por eso, sería muy perturbador que un oficial **que recibe** una orden de sus superiores se pusiera a argumentar en el cuartel sobre la **pertinencia** o utilidad de la orden: tiene que obedecer. Pero no se le puede prohibir con **justicia que**, en calidad de entendido, haga observaciones sobre las fallas que descubre en el servicio **militar** y las exponga al juicio de sus lectores. El ciudadano no se puede negar a contribuir con los impuestos que le corresponden; y hasta una crítica indiscreta de esos impuestos, cuando tiene que pagarlos, puede ser castigada por escandalosa (pues podría provocar la resistencia general).

Pero ese mismo sujeto actúa sin perjuicio de su deber de ciudadano si, en calidad de experto, expresa públicamente su pensamiento sobre lo inadecuado o injusticia de las gabelas. Del mismo modo, el clérigo está obligado a enseñar la doctrina y a predicar con arreglo al credo de la Iglesia a que sirve, pues fue aceptado con esa condición. Pero como doctor tiene la plena libertad y hasta el deber de comunicar al público sus ideas bien probadas e intencionadas acerca de las deficiencias que encuentra en aquel credo, así como el de dar a conocer sus propuestas de reforma de la religión y de la Iglesia. Nada hay en esto que pueda pesar sobre su conciencia. Porque lo que enseña en función de su cargo, en calidad de ministro de la Iglesia, lo presenta como algo a cuyo respecto no goza de libertad para exponer lo que bien le parezca, pues ha sido colocado para enseñar según las prescripciones y en el nombre de otro. Dirá: nuestra Iglesia enseña esto o lo otro; estos son los argumentos de que se sirve. Deduce, en la ocasión, todas las ventajas prácticas para su feligresía de principios que, si bien él no suscribiría con entera convicción, puede obligarse a predicar porque no es imposible del todo que contengan oculta la verdad o que, en el peor de los casos, nada impliquen que contradiga a la religión interior. Pues de creer que no es este el caso, entonces sí que no podría ejercer el cargo con arreglo a su conciencia; tendrá que renunciar.

Por lo tanto, el uso que de su razón hace un clérigo ante su feligresía, constituye un **uso privado**; porque se trata siempre de un ejercicio doméstico, aunque la audiencia sea muy grande; y, en este respecto, no es, como sacerdote, libre, ni debe serlo, puesto que ministra un mandato ajeno. Pero en calidad de doctor que se dirige por medio de sus escritos al público propiamente dicho, es decir, al mundo, como clérigo, por consiguiente, que hace un **uso público** de su razón, disfruta de una libertad ilimitada para servirse de su propia razón y hablar en nombre propio. Porque pensar que los tutores espirituales del pueblo tengan que ser, a su vez, pupilos, representa un absurdo que aboca en una

eterización de todos los absurdos.

Pero ¿no es posible que una sociedad de clérigos, algo así como una asociación eclesiástica o una muy reverenda **classis** (como se suele denominar entre los holandeses) pueda comprometerse por juramento a guardar un determinado credo para, de ese modo, asegurar una suprema tutela sobre cada uno de sus miembros y, a través de ellos, sobre el pueblo, y para eternizarla, si se quiere? Respondo: es completamente imposible. Un convenio semejante, que significaría descartar para siempre toda ilustración ulterior del género humano, es nulo e inexistente; y ya puede ser confirmado por la potestad soberana, por el Congreso, o por las más solemnes capitulaciones de paz. Una generación no puede obligarse y juramentarse a colocar a la siguiente en una situación tal que le sea imposible ampliar sus conocimientos (presuntamente circunstanciales), depurarlos del error y, en general, avanzar en el estado de su ilustración. Constituiría esto un crimen contra la naturaleza humana, cuyo destino primordial radica precisamente en este progreso. Por esta razón, la posteridad tiene derecho a repudiar esa clase de acuerdos como celebrados de manera abusiva y criminal.

La piedra de toque de todo lo que puede decidirse como ley para un pueblo, se halla en esta interrogación ¿es que un pueblo hubiera podido imponerse a sí mismo esta ley? Podría ser posible, en espera de algo mejor, por un corto tiempo circunscrito, con el objeto de procurar un cierto orden; pero dejando libertad a los ciudadanos, y especialmente a los clérigos, de exponer públicamente, esto es, por escrito, sus observaciones sobre las deficiencias que encuentran en dicha ordenación, manteniéndose mientras tanto el orden establecido hasta que la comprensión de tales asuntos se haya difundido tanto y de tal manera que sea posible, mediante un acuerdo logrado por votos (aunque no por unanimidad), elevar hasta el trono una propuesta para proteger a aquellas comunidades que hubieran coincidido en la necesidad, a tenor de su opinión más ilustrada, de una reforma religiosa, sin impedir, claro está, a los que así

lo quisieren, seguir con lo antiguo. Pero es completamente ilícito ponerse de acuerdo ni tan siquiera por el plazo de una generación, sobre una constitución religiosa inconstitucional, que nadie podría poner en tela de juicio públicamente, ya que con ello se destruiría todo un período en la marcha de la humanidad hacia su mejoramiento, período que, de ese modo, resultaría no solo estéril sino nefasto para la posteridad.

Puede un hombre, por lo que incumbe a su propia persona, pero solo por un cierto tiempo, eludir la ilustración en aquellas materias a cuyo conocimiento está obligado; pero la simple y pura renuncia, aunque sea por su propia persona, y no digamos por la posteridad, significa tanto como violar y pisotear los sagrados derechos del hombre. Y lo que ni un pueblo puede acordar por y para sí mismo, menos podrá hacerlo un monarca en nombre de aquel, porque toda su autoridad legislativa descansa precisamente en que asume la voluntad entera del pueblo en la suya propia, si no pretende otra cosa, sino que todo mejoramiento real o presunto sea compatible con el orden ciudadano, no podrá menos de permitir a sus súbditos que dispongan por sí mismos en aquello que crean necesario para la salvación de sus almas; porque no es ésta cuestión que le importe, y sí la de evitar que unos a otros se impidan con violencia buscar aquella salvación por el libre uso de todas sus potencias. Y hará agravio a la majestad de su persona si en ello se mezcla hasta el punto de someter a su inspección gubernamental aquellos escritos en los que sus súbditos tratan de decantar sus creencias, ya sea porque estime su propia opinión como la mejor, en cuyo caso se expone al reproche: *Caesar non est supra grammaticos*, ya porque rebaje a tal grado su poder soberano que ampare dentro de su estado e ldespotismo espiritual de algunos tiranos contra el resto de sus súbditos.

Si ahora nos preguntamos: ¿es que vivimos en una época ilustrada? La respuesta será: no, pero sí en época de ilustración. Falta todavía mucho para que, tal como están las cosas y considerados los hombres en conjunto, se hallen

en situación, ni tan siquiera en disposición de servirse con seguridad y provecho de su propia razón en materia de religión pero ahora es cuando se les ha abierto el campo para trabajar libremente en ese empeño, y percibimos inequívocas señales de que van disminuyendo poco a poco los obstáculos a la ilustración general o superación, por los hombres, de su merecida tutela. En este aspecto nuestra época es la época de la ilustración o de la época de Federico.

Un príncipe que no considera indigno de sí declarar que reconoce como un **deber** no prescribir nada a los hombres en materia de religión y que desea abandonarlos a su libertad, que rechaza, por consiguiente, hasta ese pretencioso sustantivo de **tolerancia**, es un príncipe ilustrado y merece que el mundo y la posteridad, agradecidos, le encomien como aquel que rompió el primero, por lo que toca al Gobierno, las ligaduras de la tutela y dejó en libertad a cada uno para que se sirviera de su propia razón en las cuestiones que atañen a su conciencia. Bajo él, clérigos dignísimos, sin mengua de su deber ministerial, pueden, en su calidad de doctores, someter libre y públicamente al examen del mundo aquellos juicios y opiniones suyos que se desvíen, aquí o allá, del credo reconocido; y con mayor razón los que no están limitados por ningún deber de oficio. Este espíritu de libertad se expande también por fuera, aun en aquellos países donde tiene que luchar con los obstáculos externos que le levanta un Gobierno que equivoca su misión. Porque este único ejemplo nos aclara cómo en régimen de libertad nada hay que temer por la tranquilidad pública y la unidad del ser común. Los hombres poco a poco se van desbastando espontáneamente, siempre que no se trate de mantenerlos, de manera artificial, en estado de rudeza.

He tratado del punto principal de la ilustración, a saber, la emancipación de los hombres de su merecida tutela, en especial por lo que se refiere a cuestiones de religión; pues en lo que te añade a las ciencias y las artes los que mandan ningún interés tienen que ejercer tutela sobre sus súbditos y, por otra parte, hay que considerar que esa tutela religiosa

es, entre todas, la más funesta y deshonrosa. Pero el criterio de un jefe de Estado que favorece esta libertad va todavía más lejos y comprende que tampoco en lo que respecta a la **legislación** hay peligro porque los súbitos hagan uso **público** de su razón, y expongan libremente al mundo sus ideas sobre una mejor disposición de aquella, haciendo una franca crítica de lo existente; también en esto disponemos de un brillante ejemplo, pues ningún monarca se anticipó al que nosotros veneramos.

Pero solo aquel que, esclarecido, no teme a las sombras, pero dispone de un numeroso y disciplinado ejército para garantizar la tranquilidad pública, puede decir lo que no osaría un Estado libre: **irazonad todo lo que queráis y sobre lo que queráis pero obedeced!** Y aquí tropezamos con un extraño e inesperado curso de las cosas humanas; pues ocurre que, si contemplamos este curso con amplitud, lo encontramos siempre lleno de paradojas. Un grado mayor de libertad ciudadana parece que beneficia la libertad espiritual del pueblo pero le fija, al mismo tiempo, límites infranqueables; mientras que un grado menor le procura el ámbito necesario para que pueda desenvolverse con arreglo a todas sus facultades. Porque ocurre que cuando la Naturaleza ha logrado desarrollar, bajo esta dura cáscara, esa semilla que cuida con máxima ternura, a saber, la inclinación y oficio del **libre pensar** del hombre, el hecho repercute poco a poco en el sentir del pueblo (con lo cual este se va haciendo cada vez más capaz de la **libertad de obrar**) y hasta en los principios del Gobierno, que encuentra ya compatible dar al hombre, que es algo más que una **máquina**, un trato digno de él.

ANEXO NO 3: CARTA A UN ESTUDIANTE DE FILOSOFÍA

Rafael Gutiérrez Girardot

Friburgo de Brisgovia, julio de 1954.

Bien, y no vamos a comenzar con la cuestión de la esencia de la filosofía. No vamos a dedicarle ni una sola línea a este problema, porque precisamente de este campo de discusiones es del que nos interesa salir. Y por lo demás, usted sabe, nosotros sabemos, en qué consiste eso que se llama filosofía. La cuestión de las esencias y las existencias, de las substancias y los accidentes, de las categorías y de sus leyes es cosa que usted tiene en los libros, en las historias de la filosofía, en los manuales de divulgación, los textos didácticos para uso de seminaristas y profesores de enseñanza secundaria.

Usted no tiene, en cambio, en ningún libro de estos, la figura viva de la filosofía, la filosofía puesta en marcha. ¿Pero no llevamos la cosa demasiado lejos diciendo que esto de las esencias y las existencias, de las substancias y los accidentes, de las categorías y de sus leyes, es cuestión de unos cuantos manuales? ¿Dónde se queda entonces tanta y tan enorme producción sobre estos problemas? ¿Dónde se queda la filosofía occidental, desde Aristóteles hasta Nicolai Hartmann? Preguntémonos, más bien, si la contribución de los filósofos, de los grandes filósofos, ha consistido en la elaboración de estos conceptos- digamos mejor, de estas construcciones, de estos sistemas-. ¿De qué sirve todo esto?.

Evidente: para pensar Usted piensa con conceptos nacidos de toda esta tradición. Usted piensa con las palabras, substancia y accidente, espíritu absoluto y ser-para-si, Usted ve -o cree ver- categorías en el mundo, Usted, nosotros todos, manejamos estos conceptos, son el instrumental de la filosofía, y, si Usted quiere, de la vida cultural.

Entre las cuestiones que se plantearon con la entrada del

positivismo, una que apasionó fue la del progreso en la filosofía. Cerca de cincuenta o cien definiciones de la filosofía, es decir, cerca de cincuenta o cien determinaciones del objeto de la filosofía, de sus límites, de sus posibilidades -todas distintas-, ¿no conducían a la idea de que la filosofía es un caos que no sabe ni lo que quiere ni lo que es? Nicolai Hartmann resolvió el problema, y perdóneme Usted, que todo esto lo escriba con tan poco rigor-; después de todo estamos charlando. Y charlar en serio es algo que tiene tanto interés, y quizá más que escribir con el llamado rigor, pues, al cabo, se ponen unas cuantas cosas en claro, o por lo menos lo que se dice da qué pensar diciendo que en la historia de la filosofía lo permanente son los problemas, en tanto que los sistemas son <<los castillos de naipes del pensamiento>> Y antes Hegel había dicho, en el prólogo a la Fenomenología del espíritu, que la variedad de sistemas constituye una serie de momentos necesarios en el que se desarrolla la verdad.

Y preguntémonos ahora: ¿Hemos de aceptar los términos en que están formulados estos problemas, es decir, hemos de suponer, por una parte, que, evidentemente, hay que salvar el reproche que se le hace a la filosofía –o que se le hizo de la disparidad de concepciones de sí misma, y por otra, hemos de aceptar que estos son problemas reales, es decir, que es evidentemente un problema filosófico, el problema del progreso en la filosofía?.

Dejemos aquí, y demos otro salto. ¿Con qué se ocupa el filósofo? Si no ha de ser con las cuestiones de la substancia y el accidente y con la justificación de la Filosofía, es decir, sino ha de ser con las cuestiones de la tradición filosófica, ¿Con qué entonces? ¿Hay que romper, quizá, con todo, y comenzar en cero? Y no piense Usted aquí en la duda metódica de Descartes, pues esta pregunta no <<pone entre paréntesis>>, sino que el comenzar en cero supone una <<destrucción>> en sentido heideggeriano.

La filosofía es, ante todo, y fundamentalmente, pensar. ¿Y pensamos acaso cuando exponemos el problema de la

substancia en Santo Tomás, cuando hacemos una exposición del pensamiento de Sartre, cuando, tomando de aquí y de allá, elaboramos una teoría como quien fabrica una casa sobre el ser?

Volvamos ahora al segundo párrafo de nuestra carta. ¿Qué quiere decir que la filosofía tenga necesidad de justificarse, y, sobre todo, que tenga que buscar la misma vestidura de exactitud que lleva la ciencia? ¿Por qué el reproche? En estos tiempos ha sido costumbre hablar de crisis. La filosofía entra en crisis, Europa entra en crisis, -no parece sino que en el diccionario la palabra crisis estuviera escrita con las letras mayúsculas y que las que buscan en él sonidos brillantes, llamativos, no encontraran otra-. Porque la verdad es que no se sabe todavía cuándo y por qué no se sabe todavía cuándo y por qué una ciencia o un país, o una nación o un continente entra en crisis. Solo por los síntomas, por los aparentes síntomas de descomposición se habla de tal cosa.

No nos ocupemos, empero, de esta cuestión, que no viene al caso. Si se dice que la filosofía está en crisis no es porque, según dicen, haya <<perdido la mitad>> o se haya vuelto contra Dios o de espaldas a Dios, o porque predique una moral nueva, que no concuerda hasta en lo último con la anterior. Desde el punto de vista de la llamada «historia de las ideas», esto puede ser o no ser verdad. Desde el punto de vista de la filosofía, estos juicios están fuera de consideración porque son extrafilosóficos. No, la filosofía está en crisis-y esto quiere decir que ha llegado a un callejón sin salida-. Quizá sea mejor decir que los filósofos han sido puestos en crisis, que ellos han sido puestos ante un callejón sin salida o predicado algo. A la filosofía no le corresponde predicar nada, y la pérdida del punto medio está por debajo de ella. No hay punto medio en filosofía. Es “esto o lo otro”, es hacer una filosofía, un pensar o un no hacer nada, un jugar a los castillos de naipes del pensamiento. El que esto lo hayamos descubierto ahora, en estos últimos años, es cosa que se debe a dos grandes pensadores: Xavier Zubiri y Martin Heidegger.

Si, a la filosofía no le corresponde ocuparse ni con las substancias ni con los accidentes ni se trata en ella de su justificación; a la filosofía le corresponde pensar, y la cuestión de los accidentes y del espíritu absoluto, del ser-para-si o de las leyes categoriales, es cuestión que puede venir por añadidura, es decir, no es objeto primero y primario de la filosofía. En ella se trata de pensar.

¿Qué quiere decir entonces, para qué está ahí la tradición filosófica? En este comenzar en cero, en esta nada en que han puesto a la filosofía ¿qué hay que hacer? La destrucción, en sentido heideggeriano, no significa ni mucho menos que no haya que tener en cuenta esta tradición, ni tampoco que haya necesidad de refutarla (la labor favorita de cierto número neoescolásticos). La destrucción es asunción, consunción, esto es, hay que asumir esta tradición. Y esto, pues, no es tarea de los historiadores de la filosofía; esto es tarea que Usted no encuentra echar en ninguna parte; es tarea que a Usted y a nosotros nos toca hacer, a Usted solo. Heidegger dice, en su libro reciente, *Qué significa pensar*, que para aprender a pensar hay que desaprender, es lo primero que debe hacerse, si en verdad se quiere filosofar.

Desaprender, justamente estos problemas del mundo real y del realismo, del idealismo y de los neokantismos, de las evoluciones de los pensadores (de las biografías intelectuales, pues, que no son en ninguna manera pensar), de las metafísicas ejemplaristas y no ejemplaristas, de estos juegos de palabras y de estas colecciones amontonadas de citas sobre la substancia y la metafísica medieval. Un pensador -y ya la palabra trae todo el peso de lo que ello significa- no sé matrícula en aquella o en esta filosofía. Un pensador piensa, simplemente, y es él mismo, porque se atreve a intentar la aventura de desaprender y de pensar sobre las cosas mismas que están en el mundo. No piense Usted tampoco - Usted es una persona joven y no va a pensar que aquí se trata del sentido común- que aquí se habla de realismo o de fenomenología. Con Heidegger hay que decir que a la filosofía corresponde devolver a las palabras

su fuerza originaria. Y con Husserl, que la filosofía insiste en cuestión de palabras. Solo que las palabras están en las cosas; la fuerza originaria de las palabras la tienen en lo que ellas son, en lo que las cosas son, quiero decir.

¿Pero no se trata justamente en la filosofía de averiguar lo que estas cosas son, es decir, no es cuestión de los filósofos preguntar por el ser de las cosas? ¿no es evidente, entonces, que solo podemos averiguar lo que las cosas son, solo cuando las nombramos, y que los nombres, las palabras que están en las cosas se hacen accesibles a nosotros solo cuando sabemos lo que las cosas son? Una cosa es tal, un cántaro es un cántaro -y volvemos a mencionar a Heidegger- cuando su calidad de tal, cuando su “totalidad”, que diría Zubiri, no se ve turbada y perturbada por la representación de la ciencia. Cuando al hablar de un cántaro se habla de ese que está allí puesto sobre una mesa, y no de la composición química de sus elementos, del peso que tiene o de la forma y la materia de que está compuesto. Y esto es precisamente un salto a la cosa -en-sí, a la tierra de que está hecho el cántaro, es decir, al cuerpo de la tierra en el que vivimos y morimos. Un salto dado desde un lugar más allá de nosotros, desde un topos uranus en el que el mundo no es el mundo, sino una composición de categorías y leyes, de esencias y existencias. Si la tarea fundamental de la filosofía consiste en pensar y preguntar lo que es el ser, este ser hemos de encontrarlo-si es encontrable- aquí en la tierra, desde nuestra calidad de mortales en él es que hay en cada cosa, en la cosa simple y sencillamente.

Pero no dejaremos sin respuesta el significado de esta crisis de la filosofía de que estábamos hablando. Mírela Usted de alguna manera, mírela Usted a su manera, sospeche algo de ella. Sin duda alguna, las historias de la filosofía le van a dar cuenta detallada de lo que esta significa. Le podrán dar tantas cuentas como historias de la filosofía hay, como «escuelas» hay. Unas le dirán que ha sido la historia que ha encontrado, la historia olvidada, la que la ha producido. Otras, le dirán que ha sido la ciencia. Otras, que ha sido

la filosofía misma la que se ha vuelto sobre sus principios, pues esa es su ocupación. Todo eso puede ser verdad, quizá verdad a medias. ¿Pero no cree Usted también que ha sido el poco pensar, que ha sido la falta de este pensar lo que la ha dejado sin tierra en que asentarse?; ¿No cree Usted que ha seguido el camino más fácil, el de fabricar filosofías e que la ha llevado al abismo? El que digamos que Zubiri y Heidegger han puesto a los filósofos en un callejón sin salida no quiere decir que hayan superado a los otros filósofos y a los otros sistemas. Simplemente los han puesto ante este callejón, porque uno y otro han hecho notar que estamos en tal desvío, que estamos entre tal abismo, y que el camino que hay que seguir no es el que se ha seguido desde un buen tiempo a esta parte.

El camino que hay que seguir es el de poner los pies sobre la tierra, el de devolverles a las cosas su calidad de cosas, su <<talidad>>. Hay quienes escriben un libro sobre el hombre a base del concepto de intencionalidad –mientras Zubiri hace un curso sobre lo que el hombre es, materia, biología, psiquismo animal, alma: una unidad indisoluble no una serie de estratos superpuestos y coordinados. Estar acostumbrados a especular sobre las cosas: tal es la esencia de la filosofía del presente. ¿No es un callejón sin salida para estos que así filosofan ponerlos ante las cosas, es decir, exigirles una mirada distinta?

Se supone que si Usted se dedica a la filosofía es porque Usted se siente atraído por las cosas, porque su mirada se dirige a las cosas, sin que Usted pueda ni siquiera evitarlo, lista suposición encierra la afirmación de que es Usted solo el que quiero pensar. La atracción la siente Usted, no se la dan los libros solamente. ¿Cómo conciliar entonces esta soledad, que es también siempre un comenzar en cero, con la tradición filosófica del accidente? La soledad no quiere decir rechazo, como la destrucción tampoco significa menosprecio.

Usted está a solas con los filósofos y con las cosas, es decir,

Usted dialoga con ellos y con ellas. Y en este diálogo Usted es un interlocutor, no solo un oyente. Usted también habla. Lo que usted destruye en este diálogo es la imagen que le han dado de los filósofos y la imagen que los filósofos le han dado de las cosas. Usted no recibe esa imagen, Usted habla con ellos sobre las cosas, Usted discute -discusión en el buen sentido de la palabra, no pues, en sentido de intención de refutar- Discutir es preguntar y responder, no tratar de refutar. Pero esto supone el trato directo con los filósofos. Tanto como este trato, debe Usted intentar la discusión, el diálogo. Me parece que más allá no puede irse, quiero decir, creo que determinar las formas de este diálogo es poco menos que imposible. Los filósofos le dicen a Usted algo o no le dicen nada. Y para que le digan a Usted, no hace falta prepararse con ejercicios; hace falta simplemente escuchar, saber escuchar.

¿Y cómo se está en este trato con los filósofos? ¿No es de Aristóteles, Platón, San Agustín, Kant, Hegel y Husserl de donde ha salido esta imagen de las cosas de que hablamos? ¿Pero por qué tiene Usted que aceptar esto? Si Usted no los ha escuchado, ¿por qué decir que efectivamente eso es lo que han dicho? En medio de tantas cosas por ellos dichas está quizá este poner los pies en la tierra, que otros no se han atrevido o no han querido ver. Todo gran filósofo tiene solo una gran idea. No la reduzca a una serie de escalones o a un sistema de palabras. Busque Usted mismo la idea.

Un Aristóteles único no va a encontrar usted. Va a encontrar, si, un Aristóteles aproximado, por eso no lo puede usted juzgar mientras no se haya dado cuenta Usted mismo mientras no haya tratado Usted mismo, a Aristóteles. Vea Usted: hasta hace bastante, el Aristóteles que se tenía como definitivo era el de Brentano. El de Ross vino a reemplazarlo. Jaeger pareció acabar con todos estos y establecer de una vez por todas el verdadero Aristóteles. Pero llega Heidegger y renueva la imagen -renueva a Aristóteles.- en sus seminarios, y de los Aristóteles anteriores queda apenas muy poco. Brocher rehace, a base de estos seminarios,

un nuevo Aristóteles y H. Weiss lo complementa -¿Dónde queda entonces Aristóteles?-. Pese a que los filósofos así son siempre interpretados, conservan, se conservan, tales como ellos son. Pero eso lo tiene Usted en los libros aristotélicos, no en las interpretaciones. No pierda usted el tiempo leyendo monografías sobre tal o cuál filósofo. Ese tiempo lo puede Usted emplear mejor aprendiendo griego, alemán, francés, o lo que sea necesario para acercarse a los filósofos.

Después, es muy posible que Usted no esté enterado sobre el último libro traducido sobre Hegel, pero es muy posible que Usted esté enterado de Hegel. El Hegel que Usted conoce a través de Hegel mismo, varía a medida que Usted profundice y amplíe sus lecturas de Hegel, su trato personal con él. El Hegel que Usted conoce a través de una interpretación, varía a medida que varían las nuevas interpretaciones. Las obras sobre Hegel pueden servirle de ayuda a la lectura de Hegel, cuando ellas le resuelven un problema filológico -y por este lado es por el que hay un nuevo Aristóteles, más limpio en el texto, es decir, de texto mejor establecido-, pero no cuando le resuelven un problema filosófico. Porque quizá este problema es un problema para un profesor de Filosofía, en tanto que para Usted intentar la aventura de pensar en grande no es tal. La filosofía, entendida como pensar, es pues una gran aventura, Es una aventura en que siempre se está al borde del abismo, entre el fracasar y el lograr algo. Es una aventura de cuyo fracaso o cuyo éxito usted no puede saber nada. Lo único que puede hacer es decidirse a emprenderla. Y entonces, en cuanto Usted se haya decidido, lleva asegurada la mitad del éxito. Porque la decisión supone que usted se siente capaz de emprenderla. Solo le queda la permanente fidelidad al pensar. Decisión y fidelidad le piden a Usted otra clase de instrumentos, distintos de los que usted ha manejado hasta ahora. Decisión y fidelidad le piden a Usted, contacto directo y constante con los filósofos. Y no hay que hacerse problema de cuáles son los grandes filósofos.

Todos lo saben muy bien: Parménides, Heráclito. Aristóteles

y Platón; Santo Tomás y San Agustín; Descartes, Kant Hegel...; lleguemos hasta Heidegger y Zubiri. Ya tiene Usted un plan de lectura, un primer contacto con la filosofía; allí puede Usted ver a la filosofía puesta en marcha. En el diálogo con estos pensadores, en sus esfuerzos por llegar a la altura, encontrará Usted el camino. Siga Usted por él; Usted lo ha buscado y lo ha encontrado. A usted le toca seguirlo. Pero este buscar, este encontrar, requieren paciencia y fuerza para no dejarse seducir por todo ese mar de ambiciones, orgullo, en fin, por todo eso que se puede reunir en dos títulos: nombradía, y letras de imprenta. No se deje seducir por la vida social de la filosofía -por las sociedades, las conferencias, los congresos-, y si es inevitable llevarla, llévela, pero no crea que por eso ha entrado Usted en la filosofía. Nada tan repugnante a la filosofía como esta inautenticidad que rodea esos hechizos.

ANEXO NO 4: ELOGIO DE LA DIFICULTAD²

Estanislao Zuleta

La pobreza y la impotencia de la imaginación nunca se manifiestan de una manera tan clara como cuando se trata de imaginar la felicidad. Entonces comenzamos a inventar paraísos, islas afortunadas, países de cucaña. Una vida sin riesgos, sin lucha, sin búsqueda de superación y sin muerte. Y por tanto también sin carencias y sin deseo: un océano de mermelada sagrada, una eternidad de aburrición. Metas afortunadamente inalcanzables, paraísos afortunadamente inexistentes.

Todas estas fantasías serían inocentes e inocuas, si no fuera porque constituyen el modelo de nuestros anhelos en la vida práctica. Aquí mismo, en los proyectos de la existencia cotidiana, más acá del reino de las mentiras eternas, introducimos también el ideal tonto de la seguridad garantizada, de las reconciliaciones totales, de las soluciones definitivas. Puede decirse que nuestro problema no consiste solo ni principalmente en que no seamos capaces de conquistar lo que nos proponemos, sino en aquello que nos proponemos: que nuestra desgracia no está tanto en la frustración de nuestros deseos, como en la forma misma de desear. Deseamos mal. En lugar de desear una relación humana inquietante, compleja y perdible, que estimule

² Conferencia leída por Estanislao Zuleta el viernes 21 de noviembre de 1980 en el acto en el que la Universidad del Valle le concedió el Doctorado Honoris Causa en Psicología, como reconocimiento a sus méritos académicos e intelectuales. Esta versión ha sido tomada de: El elogio de la dificultad y otros ensayos. Novena edición. Hombre nuevo editores y Fundación Estanislao Zuleta. Medellín 2005, pp. 13-18.

Agradecemos muy especialmente a Yolanda Rodríguez de la Fundación Estanislao Zuleta por permitirnos la reimpresión de esta conferencia.

nuestra capacidad de luchar y nos obligue a cambiar, deseamos un idilio sin sombras y sin peligros, un nido de amor y por lo tanto, en última instancia un retorno al huevo.

En vez de desear una sociedad en la que sea realizable y necesario trabajar arduamente para hacer efectivas nuestras posibilidades, deseamos un mundo de satisfacción, una monstruosa sala-cuna de abundancia pasivamente recibida. En lugar de desear una filosofía llena de incógnitas y preguntas abiertas, queremos poseer una doctrina global, capaz de dar cuenta de todo, relevada por espíritus que nunca han existido o por caudillos que desgraciadamente sí han existido. Adán y sobre todo Eva, tienen el mérito original de habernos liberado del paraíso nuestro pecado es que anhelamos regresar a él. Desconfiemos de las mañanas radiantes en las que se inicia un reino milenar. Son muy conocidos en la historia, desde la Antigüedad hasta hoy, los horrores a los que pueden y suelen entregarse los partidos provistos de una verdad y de una meta absolutas, las iglesias cuyos miembros han sido alcanzados por la gracia -por la desgracia- de alguna revelación.

El estudio de la vida social y de la vida personal nos enseña cuán próximos se encuentran una de otro la idealización y el terror. La idealización del fin, de la meta y el terror de los medios que procurarán su conquista.

Quienes de esta manera tratan de someter la realidad al ideal, entran inevitablemente en una concepción paranoide de la verdad; en un sistema de pensamiento tal, que los que se atrevieran a objetar algo quedan inmediatamente sometidos a la interpretación totalitaria: sus argumentos no son argumentos sino solamente síntomas de una naturaleza dañada o bien máscaras de malignos propósitos. En lugar de discutir un razonamiento se le reduce a un juicio de pertenencia al otro -y el otro es, en este sistema, sinónimo de enemigo- o se procede a un juicio de intenciones. Y este sistema se desarrolla peligrosamente hasta el punto en que ya no solamente rechaza toda oposición, sino también

toda diferencia: el que no está conmigo está contra mí, y el que no está completamente conmigo, no está conmigo. Así como hay, según Kant, un verdadero abismo de la razón que consiste en la petición de un fundamento último e incondicionado de todas las cosas, así también hay un verdadero abismo de la acción, que consiste en la exigencia de una entrega total a la “causa” absoluta y concibe toda duda y toda crítica como traición o como agresión.

Ahora sabemos, por una amarga experiencia, que este abismo de la acción, con sus guerras santas y sus orgías de fraternidad, no es una característica exclusiva de ciertas épocas del pasado o de civilizaciones atrasadas en el desarrollo científico y técnico; que puede funcionar muy bien y desplegar todos sus efectos sin abolir una gran capacidad de inventiva y una eficacia macabra. Sabemos que ningún origen filosóficamente elevado o supuestamente divino, inmuniza a una doctrina contra el riesgo de caer en la interpretación propia de la lógica paranoide que afirma un discurso particular -todos lo son- como la designación misma de la realidad y los otros como ceguera o mentira.

El atractivo terrible que poseen las formaciones colectivas que se embriagan con la promesa de una comunidad humana no problemática, basada en una palabra infalible, consiste en que suprimen la indecisión y la duda, la necesidad de pensar por sí mismo, otorgan a sus miembros una identidad exaltada por la participación, separan un interior bueno -el grupo- y un exterior amenazador. Así como se ahorra sin duda la angustia, se distribuye mágicamente la ambivalencia en un amor por lo propio y un odio por lo extraño y se produce la más grande simplificación de la vida, la más espantosa facilidad.

Y cuando digo aquí facilidad, no ignoro ni olvido que precisamente este tipo de formaciones colectivas, se caracterizan por una inaudita capacidad de entrega y sacrificios: que sus miembros aceptan y desean el heroísmo, cuando no aspiran a la palma del martirio. Facilidad, sin

embargo, porque lo que el hombre teme por encima de todo no es la muerte y el sufrimiento, en los que tantas veces se refugia, sino la angustia que genera la necesidad de ponerse en cuestión, de combinar el entusiasmo y la crítica, el amor y el respeto.

Un síntoma inequívoco de la dominación de las ideologías proféticas y de los grupos que las generan o que someten a su lógica doctrinas que les fueron extrañas en su origen, es el descrédito en que cae el concepto de respeto. No se quiere saber nada del respeto, ni de la reciprocidad, ni de la vigencia de normas universales. Estos valores aparecen más bien como males menores propios de un resignado escepticismo, como signos de que se ha abdicado a las más caras esperanzas.

Porque el respeto y las normas solo adquieren vigencia allí donde el amor, el entusiasmo, la entrega total a la gran misión, ya no pueden aspirar a determinar las relaciones humanas. Y como el respeto es siempre el respeto a la diferencia, solo puede afirmarse allí donde ya no se cree que la diferencia pueda disolverse en una comunidad exaltada, transparente y espontánea, o en una fusión amorosa.

No se puede respetar el pensamiento del otro, tomarlo seriamente en consideración, someterlo a sus consecuencias, ejercer sobre él una crítica, válida también en principio para el pensamiento propio, cuando se habla desde la verdad misma, cuando creemos que la verdad habla por nuestra boca; porque entonces el pensamiento del otro solo puede ser error o mala fe; y el hecho mismo de su diferencia con nuestra verdad es prueba contundente de su falsedad, sin que se requiera ninguna otra.

Nuestro saber es el mapa de la realidad y toda línea que se separe de él solo puede ser imaginaria o algo peor: voluntariamente torcida por inconfesables intereses. Desde la concepción apocalíptica de la historia, las normas y las leyes de cualquier tipo son vistas como algo demasiado abstracto

y mezquino frente a la gran tarea de realizar el ideal y de encarnar la promesa; y por lo tanto solo se reclaman y se valoran cuando ya no se cree en la misión incondicionada.

Pero lo que ocurre cuando sobreviene la gran desidealización no es generalmente que se aprenda a valorar positivamente lo que tan alegremente se había desechado o estimado solo negativamente; lo que se produce entonces, casi siempre, es una verdadera ola de pesimismo, escepticismo y realismo cínico. Se olvida entonces que la crítica a una sociedad injusta, basada en la explotación y en la dominación de clase, era fundamentalmente correcta y que el combate por una organización social racional e igualitaria sigue siendo necesario y urgente. A la desidealización sucede el arribismo individualista que además piensa que ha superado toda moral por el solo hecho de que ha abandonado toda esperanza de una vida cualitativamente superior.

Lo más difícil, lo más importante, lo más necesario, lo que todos modos hay que intentar, es conservar la voluntad de luchar por una sociedad diferente sin caer en la interpretación paranoide de la lucha. Lo difícil, pero también lo esencial, es valorar positivamente el respeto y la diferencia, no como un mal menor y un hecho inevitable, sino como lo que enriquece la vida e impulsa la creación y el pensamiento, como aquello sin lo cual una imaginaria comunidad de los justos cantarían el eterno hosanna del aburrimiento satisfecho. Hay que poner un gran signo de interrogación sobre el valor de lo fácil; no solamente sobre sus consecuencias, sino sobre la cosa misma, sobre la predilección por todo aquello que no exige de nosotros ninguna superación, ni nos pone en cuestión, ni nos obliga a desplegar nuestras posibilidades.

Hay que observar con cuánta desgraciada frecuencia nos otorgamos a nosotros mismos, en la vida personal y colectiva, la triste facilidad de ejercer lo que llamaré una no reciprocidad lógica; es decir, el empleo de un método explicativo completamente diferente cuando se trata de dar cuenta de los problemas, los fracasos y los errores propios y

los del otro cuando es adversario o cuando disputamos con él. En el caso del otro aplicamos el esencialismo: lo que ha hecho, lo que le ha pasado es una manifestación de su ser más profundo; en nuestro caso, aplicamos el circunstancialismo, de manera que aun los mismos fenómenos se explican por las circunstancias adversas por alguna desgraciada coyuntura. Él es así; yo me vi obligado. Él cosechó lo que había sembrado; yo no pude evitar este resultado.

El discurso del otro no es más que un síntoma de sus particularidades, de su raza, de su sexo, de su neurosis, de sus intereses egoístas; el mío es una simple constatación de los hechos y una deducción lógica de sus consecuencias. Preferiríamos que nuestra causa se juzgue por los propósitos y la adversaria por los resultados.

Y cuando de este modo nos empeñamos en ejercer esa no reciprocidad lógica que es siempre una doble falsificación, no solo irrespetamos al otro, sino también a nosotros mismos, puesto que nos negamos a pensar efectivamente el proceso que estamos viviendo. La difícil tarea de aplicar un mismo método explicativo y crítico a nuestra posición y a la opuesta no significa desde luego que consideremos equivalentes las doctrinas, las metas y los intereses de las personas, los partidos, las clases y las naciones en conflicto. Significa por el contrario que tenemos suficiente confianza en la superioridad de la causa que defendemos, como para estar seguros de que no necesita, ni le conviene esa doble falsificación con la cual, en verdad, podría defenderse cualquier cosa.

En el carnaval de miseria y derroche propios del capitalismo tardío se oye a la vez lejana y urgente la voz de Goethe y Marx que nos convocaron a un trabajo creador, difícil, capaz de situar al individuo concreto a la altura de las conquistas de la humanidad. Dostoyevski nos enseñó a mirar hasta dónde van las tentaciones de tener una fácil relación inter humana: van solo en el sentido de buscar el poder, ya que si no se puede lograr una amistad respetuosa en una empresa común

se produce lo que Bahro llama intereses compensatorios, la búsqueda de amos, el deseo de ser vasallos, el anhelo de encontrar a alguien que nos libere de una vez por todas del cuidado de que nuestra vida tenga un sentido. Dostoyevski entendió, hace más de un siglo, que la dificultad de nuestra liberación procede de nuestro amor a las cadenas. Amamos las cadenas, los amos, las seguridades porque nos evitan la angustia de la razón.

Pero en medio del pesimismo de nuestra época se sigue desarrollando el pensamiento histórico, el psicoanálisis, la antropología, el marxismo, el arte y la literatura. En medio del pesimismo de nuestra época surge la lucha de los proletarios que ya saben que un trabajo insensato no se paga con nada, ni con automóviles ni con televisores; surge la rebelión magnífica de las mujeres que no aceptan una situación de inferioridad a cambio de halagos y protecciones; surge la insurrección desesperada de los jóvenes que no pueden aceptar el destino que se les ha fabricado. Este enfoque nuevo nos permite decir como Fausto:

“También esta noche, Tierra, permaneciste firme. Y ahora renaces de nuevo a mi alrededor. Y alientas otra vez en mi la aspiración de luchar sin descanso por una altísima existencia”.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles. (1977). *Obras*. Aguilar, Madrid.
- Bergua, J. (1986). *Las religiones americanas precolombinas*. Madrid.
- Burckhardt, J. (2005). *Historia de la cultura griega*. Vol. I. Barcelona.
- Buxton, R. (1994). *La imaginación griega*. Cambridge University Press.
- Cassierer, E. (1990). *Antropología filosófica*. México. F.C.E.
- Chantraine, P. (1968). *Diccionario etimológico de la lengua griega*. Paris.
- Cicerón, M.T. (1982). *Obras*. Biblioteca Clásica. Madrid.
- Coley, J. G. (2016). *Cátedra Universitaria*. Ed. Universidad del Atlántico. Barranquilla.
- Copleston, F. (1984). *Historia de la filosofía*. Ariel. Barcelona.
- DRAE (2013). Madrid.
- Diógenes, L. (1962). *Vidas de Filósofos ilustres. Obras Maestras*. Barcelona.
- Dodds, E. (1981). *Los Griegos y lo Irracional*. Alianza Universidad. Madrid.
- Elíade, M. (1999). *El mito del eterno retorno*. Alianza Ed. Madrid.
- Ernout, A y Meillet, A. (1959). *Diccionario etimológico de la lengua latina*. Paris.

- Escalante, A. (2004). *El negro en Colombia*. Ed. Antillas. Barranquilla.
- Esquilo. (1989). *Tragedias*. Cátedra. Madrid.
- Eurípides. (1998). *Tragedias*. Cátedra. Madrid.
- Ferrater, J. (1994). *Diccionario de Filosofía. 4 tomos*. Ariel Barcelona.
- Gardner, H. (1999). *La inteligencia reformulada*. Paidós. Barcelona.
- Gil, Numas A. (1994). *Reportaje a la Filosofía, T. II* Ed. Punto inicial. Bogotá.
- Gorgias. (1974). *Fragmentos*. Aguilar. Buenos Aires.
- Guthrie, W. K. C. (1962). *Historia de la filosofía griega*. Cambridge.
- Hyland, D. (1975). *Los orígenes de la filosofía en el mito y los presocráticos*. Ed. Ateneo, Buenos Aires.
- Heródoto. (1998). *Los Nueve Libros de Historia*. Lumen. Barcelona.
- Herrera, D. (1993). *La filosofía en la Costa Caribeña*. Ed. USTA, Bogotá.
- Hesíodo. (1975). *Teogonía, Trabajos y Días*. Brugera. Barcelona.
- Homero. (1983). *Odisea*. Editorial Nacional. Madrid.
- Homero. (1991). *Iliada*. CSIC. Madrid.
- Kant, E. (1994). *Qué es la ilustración*. Alianza Ed. Madrid
- Kautsky, K. (1960). *Orígenes y fundamentos del cristianismo*. Ed. Progreso. Moscú.
- Kirk, G.S. (1968). *Los poemas de Homero*. Paidós. Buenos Aires.
- La Biblia (1980). Zamora Editores. Bogotá.
- Las Casas (1968). *Obras escogidas*. Madrid.
- Lehman, H. (1980). *Las culturas precolombinas*. Eudeba
- Lévi – Strauss, C. (1990). *Mito y significado*. Alianza. Madrid.

- León M. (1983). *El pensamiento prehispánico*. UNAM.
- Loríte, J. (1984). *La voz del mito*. USTA. Bogotá.
- Martín, M. (2007). *Análisis histórico y conceptual de las relaciones entre la Inteligencia y la Razón*. U. de Malaga.
- Marx y Engels. (1979). *Obras escogidas*. Ed. Progreso. Moscú.
- Miranda, A. (1986). *Mitos y leyendas de la antigua Grecia*. Instituto cubano del libro. La Habana.
- Ortega y Gasset, J. (1995). *El tema de nuestro tiempo*. Madrid.
- Platón (1977). *Obras*. Aguilar. Madrid.
- Popol Vuh (2007). *Artemis*. C. de Guatemala.
- Reale y Artiseri. (1988). *Historia del pensamiento filosófico y científico tomo I, Herder*. Barcelona.
- Sahagún, F (2011). *Historia general de las cosas de la Nueva Granada*. Red Ediciones. Bogotá.
- Savala, S. (2005). *Filosofía de la conquista*. Fundación Biblioteca Ayacucho. Lima.
- Sofista. (1996). *Testimonio y fragmentos*. Gredos. Madrid.
- Sófocles. (1985). *Tragedias*. Edaf. Madrid.
- Teofrastró. (1982). *Obras*. Biblioteca Clásica. Madrid.
- Varios. (1975). *Crónicas de indias*. Ed. El Ancora. Bogotá.
- Varios. (1984). *Las razas humanas*. Instituto Gallach. Madrid.
- Vasconsellos, J. (1980). *La raza cósmica*. Ed. F.C.E.
- Vernant, J.P. (1973). *Mito y pensamiento entre los griegos*. Aguilar. Buenos Aires.
- Verneaux, R. (1975). *Textos de los grandes filósofos de la Edad antigua*. Herder. Barcelona.
- Walter, O. (2007). *Teofanía*. Ed. Sexto piso. Buenos Aires.



BREVE RESEÑA DEL AUTOR Y LA OBRA



José Gabriel Coley es profesor titular de la Universidad del Atlántico, Decano fundador de la Facultad de Ciencias Humanas y creador del programa de Filosofía. Este libro es un testimonio del ejercicio de la cátedra Introducción a la Filosofía que ha regentado durante 40 semestres académicos ininterrumpidos; y que se publica en homenaje al programa con el motivo de su vigésimo aniversario. Es un legado intelectual para estudiantes y estudiosos de la Filosofía en general, además de un rescate histórico de la evolución de las ideas y actividades filosóficas en Barranquilla, desde el filósofo Julio Enrique Blanco a principios del siglo XX hasta la creación, desarrollo y acreditación del programa de Filosofía y sus posgrados en el Alma Mater del Caribe colombiano.

PROLEGÓMENOS A LA FILOSOFÍA

-LECCIONES PARA ACUSMÁTICOS-

Grupo de investigaciones Cronotopías
Editorial: Universidad del Atlántico

ISBN: 978-958-5131-68-2



9 789585 131682